


Jazmín®

# Compromiso sorpresa

Ally Blake

Cotilleos en la Oficina

# Compromiso Sorpresa

# Ally Blake

## 2° Serie Multiautor Cotilleos en la Oficina

**Compromiso Sorpresa (10.05.2006)**
**Título Original:** The Shock Engagement (2005)
**Serie Multiautor:** **2º Cotilleos en la Oficina**
**Editorial:** Harlequín Ibérica
**Sello / Colección:** **Jazmín 2033**
**Género:** Contemporáneo
**Protagonistas:** Harry Buchanan y Emma Radfield
***Argumento:***

***Todo el mundo hablaba de su compromiso… un compromiso que ella deseaba que se hiciese realidad…***

*Los compañeros de trabajo de Emma se quedaron de piedra cuando se enteraron de que iba a casarse con el guapísimo y millonario empresario Harry Buchanan. Lo que ellos no sabían era que Harry y Emma habían sido muy amigos de niños… y que su compromiso no era más que una mentira. Con esa farsa Harry podría escapar de una absurda competición para descubrir al hombre más guapo y, a cambio, él la ayudaría a no perder el empleo. El problema era que Emma llevaba años soñando con casarse con Harry, por lo que fingir que era su prometida, bailar con él, besarlo… se estaba convirtiendo en una tortura. Especialmente cuando la verdad era que se estaba enamorando perdidamente de él.*

# Capítulo 1

NOCHE DE CHICAS CON
CUANDO HARRY ENCONTRÓ A SALLY

*—¡Claro! ¡Intenta decirle a mi Harry que los hombres y las mujeres no pueden ser sólo amigos! –exclamó Emma, lanzando una palomita de maíz al televisor.*

EMMA se había quedado adormilada frente a la pantalla del ordenador en su despacho. Sus ojos se encontraron entre la multitud que había en la sala. La mirada de Emma se quedó atrapada en aquel chico de tez morena, barba de tres días y ojos traviesos. Cuando él la respondió con una sonrisa, creyó desvanecerse.

Se despertó sobresaltada. Se había quedado adormilada mientras trabajaba, y al abrir los ojos se encontró con unas estrellas que flotaban en la pantalla. Le resultaba difícil volver a la realidad, pero se estiró y arrastró el ratón con la intención de regresar al trabajo que había dejado a medias, antes de haber caído en aquel sueño maravilloso.

Emma estaba trabajando en una pieza de animación para el proyecto del concurso «El hombre más atractivo de Australia» organizado por la revista Flirt. Diseños WWW ya había creado con anterioridad la explosiva página web de la revista, que para la gala de premios del concurso les había encargado una presentación dinámica por ordenador. El problema de Emma era que estaba trabajando en la página de uno de los nominados, quien curiosamente tenía la tez morena, barba de tres días y unos ojos traviesos que la hacían desvanecerse.

El soltero en cuestión era Harry Buchanan, el creador de Harold's House, un portal de Internet de gran éxito creado especialmente para niños. Harry era además el mejor amigo de Emma desde la infancia. Ella llevaba años ocultándole un secreto: estaba completamente enamorada de él. Emma llevaba todo el día absorta en sus fantasías porque Harry llegaba aquella misma tarde a Melbourne para su visita anual.

Emma fijó la mirada en la pantalla y vio su reflejo. Se acababa de cortar el pelo, llevaba una melena rubia con algunas mechas y el flequillo recto. En comparación con la piel dorada de Harry ella parecía muy pálida y su mirada era de lo más inocente en contraste con la energía sexual que desprendían los ojos de él.

Se acercó más a la pantalla. Aquel día tenía los ojos muy enrojecidos. La noche anterior había estado tan nerviosa que había decidido buscar algún entretenimiento entre su enorme colección de películas de DVD. Quizás quedarse hasta la una de la madrugada

viendo Love Story no hubiese sido la mejor idea porque ni siquiera con el lápiz de ojos blanco había sido capaz de disimular las ojeras. Cerró aquella página con la intención de aterrizar en el mundo real y olvidarse de Harry hasta que llegara.

Abrió el archivo donde guardaba a Blondie, el dibujo animado de una niña delgada con coleta y grandes ojos azules. Era la presentadora que había creado para conducir el concurso en la página web de Flirt y también estaría presente la noche de la gala. Blondie estaba situada en la esquina de la pantalla y sonreía o se desmayaba cada vez que surgía un nuevo candidato. Emma quería sacar algunas copias de las distintas posturas y expresiones de su animación para la muestra que tenían con el equipo de Flirt al día siguiente, así que tomó su carpeta rosa y se fue volando a la fotocopiadora. Por supuesto, antes se pasó por la cocina de la oficina para recoger un café y unas galletas, y así recuperar fuerzas.

Mientras se servía su café doble se sorprendió tarareando la canción de Love Story. ¡Maldición! Iba a estar canturreándola el resto del día.

De repente su jefa entró en la habitación como un torbellino. Era una mujer inteligente e irritable conocida como la feroz Raquel.

— ¡No me vengas con esa basura! —chilló Raquel al desafortunado que estaba al otro lado del teléfono. Abrió la nevera e inspeccionó su interior como si estuviera buscando allí la solución a su problema.

Emma permaneció discretamente en un rincón de la sala mientras tomaba su café. No quería ser víctima de uno de los indiscriminados ataques de rabia de su jefa.

— ¡Soluciónalo ahora mismo o eres hombre muerto! —exclamó, colgando el teléfono. Cerró la nevera de un portazo y, sólo entonces, pareció darse cuenta de la presencia de Emma—. Señorita Radfield. Supongo que tu pequeño dibujo animado está ya listo para la reunión final con Flirt de mañana, ¿verdad?

—Todo listo, no te preocupes —contestó, mostrando la carpeta rosa.

—Tiene que salir a la perfección. Nada puede ir mal. Nada —insistió mientras una gota de sudor recorría su frente. Era obvio que algo le preocupaba.

—Raquel, todo está perfecto —prometió Emma con un tono de voz tranquilizador—. Todo el mundo ha hecho un gran trabajo para esta campaña. El equipo de Flirt va a estar encantado.

La mirada gélida de Raquel dejó claro que no creía una sola de sus palabras, pero Emma confiaba plenamente en el éxito de aquella campaña. Tan sólo tenía que ultimar la presentación.

— ¿Te gustaría ver una copia? —preguntó Emma.

— ¡No! Estoy demasiado ocupada. Pero considéralo una prioridad.

Nunca se sabe, quizás algún día necesites una buena referencia de Flirt... —contestó mientras salía por la puerta. Antes de que Emma tuviera tiempo de pestañear, ya no se distinguía la silueta de Raquel entre la multitud.

« ¿Qué ha querido decir? ¿Referencias? ¿Algún día?», pensó Emma.

Antes de que pudiera comprender las extrañas palabras de Raquel, Emma escuchó la señal de su móvil. Tecleó para leer el mensaje que había recibido. Era de Tahlia, su mejor amiga y la gurú de ventas de Diseños WWW.

*Em, ¿ha llegado ya el hombre más atractivo de Australia?*

A Emma se le escapó una sonrisa. Era una auténtica mujer del siglo veintiuno, así que fue capaz de contestar al mensaje mientras bebía su café y caminaba hacia la sala de reprografía, sin tirar ni una gota de la bebida ni cometer una sola errata.

*Todavía no T & no lo llames así que se lo va a tener aún más creído*

En segundos obtuvo una respuesta.

*No sabía que te gustaran los chicos creídos...*

Emma envió el último mensaje.

*Ten cuidado o voy a bajar a darte un coscorrón con esa nueva grapadora tamaño industrial que tanto te gusta*

Emma entró en la sala de reprografía silbando la canción de Love Story. Allí se encontró con Penélope, la ayudante de Raquel, agachada sobre una de las máquinas.

— ¡Buenos días, Penny! —saludó Emma.

Penélope se dio la vuelta, con la mano en el corazón. Recogió sus papeles y se fue corriendo como un animal asustado. Seguramente trabajar al lado de Raquel convertía a cualquiera en un manojo de nervios. Emma se dirigió a la fotocopiadora que Penélope había dejado libre. Cuando levantó la tapa se encontró con una hoja de papel. Se dirigió hacia la puerta pero ya no había rastro de Penélope.

Revisó la hoja para ver si era algo relevante o si lo podía tirar a la basura. Con tan sólo leer las primeras líneas, se dio cuenta de que aquel documento era importante.

—Oh, cielos... —dijo, llevándose la mano a la boca. Era una carta de los abogados de Raquel. Diseños WWW había sido demandado y había mucho dinero en juego. Aquello explicaba los rumores en los pasillos a cerca de los problemas de la empresa de aquellas últimas semanas.

Raquel estaba excesivamente dedicada y entregada a la empresa. Tanto, que tenía una estrategia especial para ciertas «misiones especiales». Animaba a sus abejas obreras a investigar absolutamente todo acerca de los eventuales clientes con el objetivo de pescarlos. Ella pensaba que ésa era la labor propia de un relaciones públicas, peros

sus abejas obreras lo consideraban esclavitud. El punto clave era que la estrategia había funcionado, al menos hasta aquel momento. Keely, la tercera mosquetera del trío de amigas y la genial diseñadora de páginas web del equipo, había conocido a su prometido Lachlan en una de aquellas «misiones especiales».

Pero aquella vez parecía que la estrategia había fallado. Raquel había presionado en exceso con la intención de conseguir realizar y dirigir la página web personal de un magnate de los medios de comunicación. Había enviado a uno de sus perritos falderos para que lo siguiera y tras mucho escarbar había descubierto que el magnate tenía una querida. La esposa del magnate también lo había averiguado y había interpuesto una demanda de divorcio contra él. Había mucho dinero en juego. En el proceso, las investigaciones de Raquel se habían descubierto y el magnate la había demandado.

— ¡Oh, cielos! ¡Oh, cielos! —dijo Emma en voz alta.

Las piezas encajaban. Ni los rumores en los pasillos, ni el comentario de Raquel sobre las referencias ni los malos presentimientos que Tahlia había tenido eran infundados. Por no hablar de la expresión del rostro de Penélope aquella mañana...

Necesitaba sentarse y recapacitar así que decidió no hacer las fotocopias. Metió la controvertida carta en su carpeta rosa y se encaminó hacia su oficina. Tiró lo que le quedaba de café, guardó el móvil en su cinturón y se metió un caramelo de menta en la boca.

— ¡Emma espera! —dijo Chrystal, la recepcionista de Diseños WWW. Era una mujer con pronunciadas curvas, grandes tirabuzones caoba y labios pintados de color rojo brillante—. Tienes un visitante; lo he llevado a tu oficina, espero que no te importe. Aunque habrías hecho un favor a cualquiera entreteniéndote un poco más en volver. ¡Está estupendo! —añadió, besándose los dedos.

Emma miró atentamente a Chrystal tratando de descifrar sus palabras. Aún estaba sumida en pensamientos sobre juicios y amenazas, pero todo se aclaró al reconocer la voz que provenía de su oficina. Era una voz experimentada y alegre, con la que llevaba soñando despierta todo el día.

—Ésa no puede ser mi pequeña Emma Radfield, ¿verdad?

Emma entró en la oficina y se encontró, apoyado sobre la mesa, a un tipo estupendo de metro ochenta vestido con una chaqueta desgastada de cuero y unos vaqueros caídos.

— ¡Harry!

— ¡Ven aquí guapetona!

Ella no necesitó que se lo dijera dos veces, dejó la carpeta sobre una silla y se lanzó a sus brazos. Pudo reconocer un olor fresco y masculino, el olor de Harry.

— ¡Has llegado pronto! —exclamó. Su sonrisa evidenciaba que

estaba encantada de verlo.

—Estás distinta —dijo él, levantándola en volandas—. Pero no sé exactamente en qué has cambiado.

«Muy observador», pensó Emma irónicamente. « ¿Quizás en que antes llevaba el pelo por la cintura y ahora llevo melena? ¿Los michelines que han desaparecido por practicar el Método Pilates? ¿O que he cambiado mi uniforme de chicazo de vaqueros y camiseta por un traje de chaqueta negro que parece hecho a medida? Pero no hay manera, porque para ti sigo siendo la pequeña Emma Radfield».

—Creo que en realidad no estás tan cambiada, habrá sido un efecto de la luz —añadió Harry. No obstante, Emma percibió en su expresión que había notado la diferencia, aunque ignoraba qué opinión le merecía.

—Bueno, ¿cómo está, señor jefe ejecutivo? No sabía si ibas a tener tiempo de venir ahora que tienes tanto éxito.

—Ya me conoces. Soy gentil, amable y capaz de compartir mi tiempo.

—Pero no hiciste un hueco para venir a mi fiesta sorpresa de cumpleaños...

—Lo intenté, nena. De verdad que lo intenté. Pero... las circunstancias me lo impidieron. Ahora aquí me tienes, dispuesto a disfrutar contigo los días libres que me he podido tomar —contestó tras hacer una mueca de dolor.

— ¿Tenías un plan mejor?

—Visitar las playas de Acapulco, conocer a las chicas del lugar...

— ¡Qué dura es la vida!

—No te lo puedes ni imaginar —repuso, sonriendo. Emma sabía que había algo de verdad en sus palabras. Harry todavía no tenía treinta años y ya había creado Harold's House, una obra maestra del siglo veintiuno, un portal de referencia. ¿Cuál será el siguiente paso del ingenioso joven Buchanan? Ésa era la pregunta que estaba en boca de todo el mundo implicado en el mundo de Internet—. No sabes cuánto te he echado de menos, pequeña.

—Yo también te he echado de menos —contestó Emma con un nudo en la garganta.

Harry la abrazó de nuevo y la levantó como si fuera una muñeca, en vez de una joven animadora digital que medía un metro sesenta y cinco centímetros. Emma estaba flotando en el aire entre los brazos de Harry y, sin querer, una de sus piernas golpeó una silla, que se cayó al suelo montando un gran estruendo.

La puerta de su despacho se abrió de golpe y una cara conocida se asomó.

— ¿Qué demonios está pasando aquí? —preguntó Keely.

Emma contuvo una carcajada. Keely estaba embarazada de seis

meses, una gran noticia, pero a medida que avanzaba en su estado andaba más despistada. Siempre olvidaba el lápiz detrás de su oreja y, en aquel momento, llevaba varios enredados en el pelo. Parecía una papelería ambulante. Keely rodeó su tripa redondeada con los brazos mientras Emma se soltaba del abrazo de Harry y estiraba su traje. Harry trató de esconderse detrás de ella.

—Bueno, Harry, ésta es Keely Rhodes. Keely, éste es Harry Buchanan.

—Encantada de conocerte —respondió Keely. En realidad, su expresión de sorpresa delataba a Emma, quien no veía el momento de echar a su entrometida amiga.

—Nos prometiste que nos avisarías en cuanto llegara —susurró Keely entre dientes señalando al móvil—. Con un mensaje hubiera bastado, no hacía falta que rompieras ningún mueble en un arranque de pasión.

Emma dirigió su mirada hacia Harry, quien estaba levantando la silla completamente ajeno a la conversación.

—Aunque, la verdad sea dicha, ahora entiendo por qué has estado tan pillada todos estos años. Merece la pena, Em —reconoció Keely.

—Estás comprometida —le recordó Emma.

—Que esté comprometida no quiere decir que esté tan ciega como para no poder apreciar el encanto de un chico guapo.

—Vete ahora mismo —exigió Emma.

Keely fue obediente, pero antes de que se marchara Harry se acercó para darle la mano.

—Es un placer conocerte por fin.

Emma se contuvo mientras Keely miraba a Harry de arriba abajo, repasando su pelo más bien largo, la vieja chaqueta de cuero y los vaqueros desgastados. Era, sin lugar a dudas, un verdadero australiano.

—Te aseguro, Harry, que el placer es mío.

Harry sonrió, estaba muy acostumbrado a ser el centro de atención entre mujeres. Su sonrisa hacía que todas cayeran rendidas a sus pies. Harry puso su mano en la cintura de Emma, quien estuvo a punto de pegar un salto, a pesar de que ya estaba entrenada para controlar sus instintos cuando él estaba cerca. Sabía que sus caricias eran completamente inocentes. Harry apoyó la barbilla en el nombro de Emma, de tal modo que ella podía sentir su respiración.

—Así que vosotras, ¿compartís secretos y lápiz de labios? ¿Vais juntas a comprar lencería atrevida?

Emma le dio un codazo en las costillas y él se quejó.

—Keely, ya te darás cuenta de que a menudo es mejor ignorarlo —dijo Emma.

—Eso es amor —susurró Harry en su oído.

—Keely, ya sé que todavía no son ni las cinco, pero, ¿te importaría no decir nada si salgo hoy un poco antes?

—Le diré a la feroz Rottweiler que te has ido a comprar pinceles o algo así. Vete y llévate a este hombre a casa —contestó Keely guiñándole un ojo.

—Em, ya has escuchado a esta señorita, larguémonos de aquí —añadió Harry.

—Nos vemos —dijo Keely al salir por la puerta. Emma se dio cuenta de que Harry había respondido a su amiga con otro guiño.

—Está comprometida, ligón.

—Eso quiere decir que no está casada —repuso él con ojos traviesos.

—Pero, como es obvio, va a tener un bebé —dijo, pellizcándolo en el brazo para tratar de soltarse de su abrazo.

Emma fue a su mesa de trabajo para revisar que todo estuviera en orden. Los lápices en su bote, los papeles en su sitio. Le faltaba sacar las copias de Blondie para la presentación con Flirt, pero eso podía esperar.

—Em, puedo recogerte en un rato si no has terminado —le ofreció Harry.

Ella negó con la cabeza; podía dejarlo para otro momento. Además bastaba con que Harry estuviera cerca para que se anulara toda la información de su cerebro. O casi toda, porque aún se acordaba de los desagradables descubrimientos de aquella mañana.

Pensó por un momento enviar la noticia a Tahlia y Keely, pero no quería preocuparlas. Le faltaba información y todavía no había hecho todo lo que estaba en su mano. Estaba acostumbrada a asumir toda la responsabilidad ella sola.

— ¡Emma! —dijo él para llamar su atención. Ella parpadeó.

—Perdona, Harry. Ya termino —contestó, volviéndose para mirarlo. Estaba apoyado sobre la puerta esperándola con los brazos cruzados. Se recogió el pelo mientras él la miraba sonriendo.

Los cabellos de Harry, dorados por el sol, estaban despeinados y sus ojos almendrados eran capaces de hacer sonreír a cualquiera. Estaba tan atractivo que Emma tuvo que apartar la vista.

Apagó el ordenador, tomó su maletín y metió dentro la carpeta rosa. Ya estaba preparada para volar al lado de Harry.

—Vámonos, estas paredes se me están viniendo encima —dijo Harry.

—Pero si sólo llevas diez minutos dentro.

—Mmm, demasiado tiempo —contestó, mirándola a los ojos.

Algo en aquel tono de voz hizo dudar a Emma sobre si había querido decir que hacía demasiado tiempo desde que no veía el sol o desde que habían estado separados. En cualquier caso estaba feliz de

tenerlo tan cerca.

De camino al ascensor, Emma pudo adivinar, por el revuelo que se estaba levantando a su paso, que Harry estaba lanzando sonrisas por doquier.

¿Gentil? ¿Amable? ¿Compartiendo su tiempo libre? Por supuesto, pero bien que estaba disfrutando de las sonrisas de las chicas de la oficina.

Llegaron al ascensor, y en cuanto Emma presionó el botón para llamarlo, las puertas se abrieron de par en par. Allí estaba Tahlia, quien se arregló el pelo y se estiró el traje. Emma supo que Keely ya la había informado de todo y se cruzó de brazos.

—Qué sorpresa encontrarte aquí —dijo Emma.

—Ah, sí. Keely me ha prestado su grapadora industrial —dijo, mostrando la máquina— y me acaba de mandar un correo electrónico pidiéndomela urgentemente.

—Tahlia Moran, me gustaría presentarte a mi viejo amigo Harry Buchanan —dijo Emma después de haber dudado en si castigar a su amiga y no presentarle a Harry. Tahlia estuvo a punto de hacer una reverencia.

—Harry, primero quiero felicitarte por el enorme éxito que está teniendo Harold's House. Es un magnífico ejemplo de que aún se puede innovar en este campo. Ha sido una idea brillante crear un buscador de Internet exclusivamente dirigido a menores de dieciocho años.

Emma no pudo evitar sonreír. Tahlia era un encanto. También era una gran profesional y estaba muy implicada en Diseños WWW. Su tarea como Directora de Ventas la convertía en la cara pública de la empresa. Emma se preguntó qué podría pasar si las amenazas contra la compañía iban realmente en serio.

A pesar de que Tahlia nunca había estado envuelta en una de las «misiones especiales» de Raquel, seguramente un gran escándalo repercutiría negativamente en su carrera.

Harry saludó a Tahlia con la cabeza pero no dijo nada. Resultaba extraño en un hombre que solía disfrutar de los elogios de las mujeres. Pero parecía que le superaban las alabanzas a su trabajo y a su éxito. Resultaba adorable.

—Nos vemos, T —dijo Emma, entrando en el ascensor.

—Pásalo bien, Emma —aconsejó Chrystal, asomada por fuera del mostrador. Llevaba un gran escote que dejaba ver su sujetador—. ¡Y no hagas nada que yo no haría!

Por fin Emma tomó a Harry de la mano y lo empujó dentro del ascensor. Trató de disimular su rubor ante el consejo de Chrystal Si lo seguían, Emma y Harry iban a tener que vivir una experiencia salvaje.

# Capítulo 2

NOCHE DE CHICAS CON
LA PRINCESA PROMETIDA

*— ¿Tal y como ella desee? Esa princesa no tiene ni idea de lo afortunada que es —dijo Keely—. La cosa más romántica que me dijo mi primer novio fue: ¿Qué quieres ver en la tele?*

FINALMENTE Emma consiguió salir del edificio de oficinas de Diseños WWW. Pasaron junto al río, dejando atrás unos bares y restaurantes que estaban entonces de moda. Doblaron la esquina y atravesaron un laberinto de coches, alejándose de las oficinas.

La carta que había encontrado seguía en la mente de Emma y dudó en si comentarle algo a Harry. Pero era una carta privada que ni siquiera ella debería de haber leído, así que decidió guardarse la información y no complicar a nadie más en aquel asunto.

— ¿Dónde me llevas con tanta prisa? —preguntó Harry—. ¿Nos dirigimos hacia los matorrales por alguna razón en especial?

—Más quisieras —respondió, aflojando el paso, ya que acababan de salir del campo de visión de las miradas curiosas apostadas en las ventanas de la oficina. Emma divisó un banco en el parque y condujo a Harry hasta él. Se sentaron, y ella dejó el maletín a sus pies.

—Bueno, ahora déjame que te mire —dijo Harry, tomando sus manos y mirándola detenidamente—. Veamos cómo ha crecido mi pequeña princesa.

Emma miró a su mejor amigo. Era la persona que mejor la conocía en el mundo. El dueño de su corazón durante más de una década. Harry la seguía mirando con sus ojos almendrados y una sonrisa confiada en el rostro. Emma tuvo que retirar la mirada para disimular la emoción que estaba sintiendo al verlo de nuevo. Sus ojos se fijaron en el juego de luces y sombras que se dibujaba en el suelo, mientras esperaba los comentarios de Harry acerca de las arrugas y demás señales del paso del tiempo.

—Estás espectacular, princesa —fue todo lo que dijo Harry.

La intensidad de su voz, hizo que Emma se volviera a mirarlo. Pero todo debía de haber sido fruto de su imaginación, porque Harry sonreía orgulloso. Era la sonrisa propia de un hermano mayor.

—Muy sofisticado —comentó Harry, tomando un mechón entre sus dedos de la media melena rubia de Emma. Le dio un pequeño tirón antes de deslizar su mano.

—Tú no has cambiado nada. Juraría que llevas exactamente la misma ropa que la última vez que te vi hace un año.

Harry miró al suelo y sonrió. Abrió la solapa de su chaqueta y dejó a la vista la camiseta blanca que se ajustaba a su impresionante pecho.

—Creo que tienes razón —contestó.

—Nunca entenderé cómo te las apañas vistiendo de esa forma.

—Todavía no he recibido quejas de ninguna señorita —repuso, sonriendo de oreja a oreja.

—Yo soy una señorita, así que apunta la primera queja. Por favor, deja que te lleve de compras un día de éstos —suplicó Emma.

—Claro que sí —aceptó, agradecido—. Ahora que eres tan sofisticada quizá me puedas enseñar algo.

— ¿Estás insinuando que nunca te he enseñado nada? —preguntó Emma. Harry se encogió de hombros.

—Bueno, tú eres más joven que yo, y menos experimentada. ¿Cuál sería la ventaja de tener amigos mayores si no te pudieran explicar cómo funciona el mundo?

—Por favor —contestó en tono de burla—, ¿a qué me has enseñado tú, a parte de a meterme en problemas?

— ¿Moi? —preguntó, extrañado.

— ¿Necesitas una lista? De acuerdo, podría seleccionar alguna de las aventuras del verano en el que cumplí quince años, pero prefiero recordarte que fuiste tú quien me enseñaste a hacerle un puente a una moto cuando tenía diecinueve años. Y cuando nos conocimos me regalaste una manzana roja que acababas de robar del árbol del vecino.

—Había caído en tu jardín —se defendió Harry.

— ¡El árbol estaba a casi trescientos metros de nuestra valla! Tan sólo un huracán hubiera podido arrastrar la manzana hasta allí.

—De acuerdo. Reconozco que soy una mala influencia. ¿Me marcho ahora cabizbajo y avergonzado, para no deshonrarte?

Emma se asustó. No quería bromear con ese tema. Tomó su mano y la sujetó con fuerza.

—No digas eso ni en broma, Buchanan.

La sonrisa de Harry cambió y Emma se dio cuenta de que los sonidos del parque habían desaparecido. Aquella mirada tan sincera hizo que Emma pensara cosas raras. Aún albergaba la secreta esperanza de que Harry algún día la viera como algo diferente a una hermana pequeña. Él apretó su mano.

—Por mucho que lo intentaras, no te podrías librar de mí— contestó, guiñándole un ojo.

De repente los sonidos del parque volvieron a surgir. Las hojas se arremolinaban, los pájaros piaban y los coches pasaban por una carretera cercana.

— ¿Has venido conduciendo desde… desde donde sea que vengas? —preguntó Emma, soltándose de sus manos.

—He venido en moto. He pasado por la casa de tus padres de camino a tu oficina, pero no había nadie.

—Están fuera.

— ¿Fuera? —repitió Harry completamente sorprendido—. Pero supongo que estarán de vuelta para el sábado, ¿no?

Aquel sábado. La visita anual de Harry siempre coincidía con aquella fecha. Emma negó con la cabeza.

—No van a estar. Se han marchado a un merecido descanso de dos meses en el Gran Arrecife Coralino.

Emma observó la reacción de Harry, quien no terminaba de creerse lo que acababa de escuchar. Estaba más enfadado de lo que ella había previsto. Tenía el ceño fruncido y la expresión de su cara se ensombreció. Estaba intentando controlar la angustia.

— ¿De quién... de quién fue la idea? —preguntó finalmente.

—Mía y suya. No recuerdo bien. Una noche habíamos estado comentando que hacía mucho tiempo que no se tomaban los dos juntos unas largas vacaciones. Así que les compré unos billetes de avión como regalo de aniversario de bodas. Ellos propusieron marcharse en estas fechas y ni se me ocurrió sugerirles que lo pospusieran.

Emma pensaba que aquella decisión había sido lógica y demostraba una gran valentía. Sus padres habían escogido no estar en la ciudad aquel preciso sábado y con ello habían dejado claro que, a pesar del pasado, eran capaces de seguir adelante. Emma estaba demasiado orgullosa de ellos como para que la cara de Harry la convenciera de otra cosa.

Emma quiso cambiar de conversación y dar un paseo.

—Bueno, querido niño, ya que parece que el objetivo principal de tu visita se ha venido abajo, tendré que adelantarte una sorpresa —dijo Emma, reuniendo valor.

— ¿Una sorpresa? —preguntó Harry, tomando el maletín de ella del suelo.

—Una gran sorpresa —declaró, dirigiéndose hacia la calle donde los esperaba la moto exclusiva de Harry.

Emma se puso un casco y abrochó el cierre de seguridad. Harry ató el maletín y arrancó la moto con la habilidad de un experto. Ella se montó detrás de él y lo abrazó por la cintura. Para Emma, aquél era el mejor lugar del mundo. Harry se volvió mientras acariciaba el brazo que lo agarraba.

— ¿Dónde vamos, princesa?

—A St. Kilda.

— ¿Qué hay en St. Kilda?

—Mi gran sorpresa. Me he independizado. Tengo mi propio apartamento y, esta vez, te vas a quedar conmigo.

Harry condujo los cinco kilómetros por encima del límite de

velocidad permitida. No quería perder ni un segundo. A pesar de que había llevado a Emma en moto miles de veces, aquella ocasión se sentía diferente. A pesar de su chaqueta de cuero y de la camiseta de ella, podía sentir la presión de sus pechos contra su espalda. Nunca antes habían estado simultáneamente en su cabeza las palabras «Emma» y «pechos» juntas.

Era obvio que la pequeña Emma ya no era tan pequeña. De la noche a la mañana, la que había sido como su hermana, se había convertido en mujer. Tenía que decir adiós a la adorable niña de pelo largo y ojos azules brillantes que siempre lo había buscado como guía, ya fuera para sus dudas vocacionales, ya fuera para las amorosas. En su lugar, se hallaba una mujer de su tiempo que tenía un brillo especial en la mirada. Un brillo que nunca antes Harry había podido apreciar. ¿Sería sabiduría? ¿Madurez? ¿O experiencia? Se asustó de sus pensamientos y trató de dejarlos a un lado.

Lo cierto era que, ya que sólo se veían de año en año, se lo debería de haber imaginado. Emma había sido una niña bonita. Lo suficientemente bonita como para que él no se hubiese sentido con el derecho a mirarla con deseo y siempre hubiera intentado obviar su belleza. Él había sido testigo de los cambios de Emma, pero nunca había querido ser consciente de ellos. Pero en aquel momento podía sentir el calor del cuerpo de ella abrazándolo y además la estaba conduciendo a su apartamento. Un apartamento donde vivía sola y donde él iba a dormir aquella semana.

Se sorprendió al sentirse tan agitado. Ella tenía... tenía veinticuatro años. Ya tenía edad de tener su propia casa. Ya había desempeñado el papel de buena hija durante demasiado tiempo. Había hecho compañía a sus padres y había llegado a resolver problemas que ellos nunca supieron que habían existido. Si había algo que caracterizara a Emma, era que siempre estaba dispuesta a ayudar a los demás. Sistemáticamente anteponía los intereses de otros a los suyos propios. A pesar de la expresión de normalidad con la que le había dado la noticia, Harry sabía que a ella también le agobiaba que sus padres estuvieran tan lejos en aquellas fechas. Pero Emma nunca les llevaba la contraria.

Emma tocó suavemente el hombro de Harry cuando llegaron a un edificio rojo de cuatro plantas que estaba a dos calles de la playa. Emma se bajó de la moto y Harry pudo sentir el aire fresco en su espalda. Tomó el maletín y su chaqueta de cuero, y siguió a Emma hasta el portal. Su mirada iba registrándolo todo, incluso el suave balanceo de las caderas de Emma, cubiertas por una tela tan ajustada que, más que tapar, insinuaba. Emma se volvió hacia él cuando llegó a lo más alto de la escalera y había introducido la llave en una cerradura.

— ¿Estás preparado? —preguntó.

La sonrisa radiante de Emma no le transmitía ninguna tranquilidad. Era una sonrisa juvenil y tierna que le recordaba que estaba con su amiga de toda la vida. La pequeña Emma. La dulce Emma. La princesa Emma. La niña a la que había regañado cuando la había pillado fumando a los quince años. La niña que siempre estaba dispuesta a hacer lo que él le pidiera. Pero en aquel momento, le estaban entrando ganas de pedirla algo demasiado delicado.

—Preparado y listo.

—Bueno, no te emociones mucho porque es muy pequeño. Pero si te emocionas no te contengas, porque aunque sea pequeño, a mí me encanta —dijo excitada—. Perdona, anda, pasa ya.

Abrió la puerta y como si fuera una maestra de ceremonias lo invitó a pasar. Las paredes estaban recién pintadas. El sofá blanco y los muebles oscuros parecían nuevos. Pero, en cuanto entró en el apartamento, lo que más llamó la atención de Harry fue la estantería que cubría toda una pared llena de cintas de DVD. Había suficientes películas como para montar un videoclub.

Se acercó para mirarlas. Una chica divertida, Cómo robar un millón, El quinto elemento... Eran todas películas románticas. Una sonrisa se dibujó en el rostro de Harry. Había comedias, tragedias, películas de acción, pero absolutamente todas eran románticas. Era la colección más adecuada para la dulce Emma.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó ella, impaciente por saber la opinión de su amigo.

— ¿Son tuyas todas estas películas?

—No, si te parece he ido alquilándolas una a una y nunca las he devuelto —contestó con los brazos en jarras—. Por supuesto que son mías. Bueno, ¿qué te parece?

—Es un apartamento con mucho encanto.

—Eso está mejor —repuso, soltando las llaves sobre la mesa del recibidor.

Emma estaba canturreando la canción de una película para adolescentes que una vez había obligado a ver a Harry. Entró en una habitación que había a la derecha mientras él la seguía con prudencia.

—Vamos, tortuga. El tour sólo dura treinta segundos aunque te empeñes en mirar debajo de los cojines o en abrir todos los armarios —dijo, asomándose al pasillo.

Harry hizo lo que le habían pedido y se reunió con ella en el dormitorio. Ni rastro de los osos de peluche ni de los encajes rosas de la antigua habitación en casa de sus padres. Los muebles eran oscuros y la ropa de cama color café. La primera palabra que vino a la mente de Harry fue: tentador. Se asomó pero, por supuesto, no llegó a entrar. Emma se quitó la chaqueta y la lanzó sobre la cama. Llevaba una

camisa blanca que se ajustaba perfectamente a sus curvas. Harry nunca se había dado cuenta de que tuviera una cintura tan estrecha, acentuada por el contraste con la zona, no precisamente estrecha, superior. Harry desvió la mirada hacia el techo.

— ¿Qué andas buscando ahí arriba?

—Telas de araña en las esquinas —contestó Harry, improvisando.

—Harry, ya sabes que soy una maniática de la limpieza —contestó, no sin antes echar un vistazo al techo para asegurarse. Harry sonrió. Le resultaba muy fácil engañarla, seguramente porque se conocían desde hacía más de una década.

De repente un recuerdo vino a la mente de Harry. El recuerdo de la tarde en que se conocieron. Él había regresado con Jamie a casa de éste después de un entrenamiento de fútbol. Su amigo, como de costumbre, lo había retado para que subiera al árbol de sus vecinos y robara una de sus preciadas manzanas. Harry había aceptado instantáneamente y había regresado con tres manzanas. La sonrisa de Jamie había dejado ver que asumía su derrota. Desde aquel momento habían forjado una fuerte amistad. Antes de que hubieran llegado a la puerta de la casa de Jamie, apareció una niña rubia con el pelo largo hasta la cintura y aparato de ortodoncia en los dientes. Sus ojos eran de color azul brillante y tenía las manos sobre las caderas.

— ¡Llegas tarde! ¡Mamá te va a matar! —chilló.

Jamie pasó como un rayo al lado de la niña, haciendo que su pelo flotara en el viento.

—Ñoña, éste es Harry. Harry, ésta es mi hermana Emma. Tiene once años pero quisiera tener veintiuno —había dicho Jamie antes de dirigirse a la nevera para inspeccionarla.

—Tú no vienes a nuestro colegio —había dicho Emma a Harry en un tono acusatorio que casi lo hizo reír.

—No. Juego al fútbol con tu hermano.

—Lo siento por ti —repuso, con cara de desprecio al referirse a su hermano.

Harry todavía podía recordar que había sentido la necesidad de impresionarla. Aquella niña le había parecido diferente a las dóciles chicas de su escuela, a las que solía impresionar con sus hazañas. Con las tres manzanas se había puesto a hacer malabares, dejando caer dos de ellas en su camiseta y recibiendo la tercera en la boca. Tras pegarla un buen mordisco se la había lanzado a Emma, quien tras mirarla en sus pequeñas manos, también la había mordido y se había metido dentro dejando la puerta abierta para que él pasara. Aquélla había sido la primera vez que Emma lo había invitado a entrar en su casa y en su vida. En la vida de Jamie. En la casa de Jamie...

Harry tomó aire para tratar de olvidar los sofocantes recuerdos. Emma lo miraba en silencio, con los ojos brillantes de siempre,

aunque una perfecta aplicación de rimel ensalzaba sus negras pestañas. La impresionante belleza de aquellos ojos azules nunca había eclipsado la inteligencia aguda de su amiga, quien era consciente de lo que su mirada era capaz de provocar en un hombre. Harry se dio cuenta de que lo que estaba sintiendo se llamaba atracción. Dio un paso hacia delante para escapar de aquella situación.

—Entonces, ¿cuál es mi habitación? Espero que esté decorada con pieles de leopardo y una alfombra de pelo largo.

Emma señaló a la habitación que estaba al otro lado. Tenía una cama pequeña, una colcha rosa, cortinas de flores y una cajonera llena de pegatinas en las que se podía leer «Yo amo a Robbie Williams». Era obvio que Emma había trasladado los muebles de su dormitorio de la casa de sus padres.

—Hay menos piel de leopardo de lo que yo me imaginaba —bromeó Harry. Aceleró el paso al sentir que ella lo seguía de cerca. Podía oler su perfume. Pero no duró mucho el deleite, ya que Emma le dio una palmada en la espalda de las que dejaban marca.

—Todavía no he tenido tiempo para decorar esta habitación —dijo mientras señalaba a los muebles—. Armario, cajonera y una cajita para que guardes todos tu papeles.

Harry no supo a qué se estaba refiriendo hasta que metió la mano en el bolsillo y sacó un montón de trozos de papel. Siempre apuntaba las ideas que se le ocurrían para su portal de Internet en el primer papel que estuviera a mano: servilletas, papeles de periódico...

Dejó los papeles en la caja y se sintió mucho más ligero.

—Te quedas en casa, ¿verdad? —preguntó Emma.

Harry pudo apreciar en su tono de voz lo mucho que significaba para ella, así que no tuvo más opción que aceptar. Se acercó a Emma, quien se acurrucó apoyando la cabeza en su pecho.

—Por supuesto que me quedo, princesa. Por ti haría cualquier cosa.

Harry tenía que contarle algo. Se separó de Emma y la invitó a tomar asiento en el borde de la cama. La mirada de ella le inspiraba tanta confianza que cedió a la tentación de acariciar su pelo, sintiendo la suavidad de aquellos cabellos entre sus dedos.

—Em —inició, tomando distancia de nuevo—, ya que estoy siendo tan generoso contigo dejando que me hospedes esta semana, te tengo que pedir un favor.

—Dispara.

« ¿Cómo empezar? ¿Cómo se lo pido? Éste es tan buen lugar como otro cualquiera», pensó Harry mientras caminaba intranquilo.

—Hace seis meses, un caballero me denunció de haber plagiado la idea de Harold House's de él.

— ¡Pero si tú no has plagiado nada! Yo estaba presente cuando esa idea nació. ¿No te acuerdas? —repuso Emma, exaltada.

—Claro que me acuerdo, cielo. Pero parece que cuando ganas dinero y tienes éxito atraes a quienes te envidian. No obstante, la demanda nunca llegó a los tribunales porque no tenía fundamento, pero sí que tuvo bastante publicidad, y una mujer, que pensaba que me habían tratado injustamente, comenzó a interesarse por mí y a enviarme correos electrónicos a la dirección de Harold's House.

Emma le tomó la mano y lo obligó a sentarse junto a ella para que dejara de caminar. Notó cómo él apretaba su mano.

—Cuando los mensajes fueron demasiados, fui informado. En aquel momento ya habían comenzado las cartas de amor escritas a mano y perfumadas, los regalos y todo tipo de recuerdos que iba comprando en el camino desde Sidney a mí. Finalmente me encontró en Alice Springs —relató. Harry miró a Emma con cara de duda. No estaba seguro de hasta dónde quería contar.

—Continúa, Harry, por favor.

Harry se encogió de hombros tratando de reunir las fuerzas necesarias para contar lo ocurrido.

—El núcleo duro de mi equipo creativo había venido a Alice Springs a pasar una semana para respirar la atmósfera del lugar y para pensar en las novedades que quería introducir en la página. Una noche, que fuimos a cenar a un restaurante, la mujer me encontró. Yo compartía mesa con Rikki, una de las redactoras publicitarias. En cuanto la mujer nos vio, se dirigió hacia Rikki y la agarró del pelo levantándola del asiento. Entonces, comenzó a golpearla. Nos pilló tan de sorpresa que tardamos unos instantes en reaccionar. Cuando pudimos sujetarla ya le había roto una costilla.

— ¡Por Dios, Harry! —exclamó Emma aterrorizada, pensando que aquella mujer obsesionada aún podía estar en algún lugar vigilando a Harry. O planeando hacerle algún daño. Los puños de sus manos se cerraron instintivamente mientras pensaba en qué le haría a esa mujer si tocaba a su amigo—. ¿Dónde está esa mujer ahora?

—La policía la detuvo en Alice Springs. Resultó ser una perseguidora en serie. Anteriormente había seguido a un jugador de fútbol en Nuevo Gales del Sur y había llegado a secuestrar a su novia. Ahora está entre rejas y la gente que me rodeáis estáis de nuevo a salvo.

Harry apretó su mano y Emma se sintió aliviada.

—Y ¿qué hay de Rikki?

—Está mucho mejor. Y, aunque no te lo creas, sigue trabajando para mí —contestó.

Emma aún tenía una última duda.

— ¿Era tu... estáis tú y Rikki... juntos? —preguntó finalmente. Él

negó con la cabeza y Emma se sintió doblemente aliviada.

—No, nunca. Pero la mujer estaba tan obsesionada que eso careció de importancia.

—Harry, ¿cómo has podido no contármelo en todo este tiempo? Se supone que eres mi mejor amigo y no me has dejado ayudarte en esos momentos tan difíciles.

— ¿De qué iba a servir molestarte, Em? Prefería que tu cabecita estuviera llena de buenos pensamientos. A veces es mejor no saber.

— ¡Por favor! Yo hubiera preferido saberlo para poder ayudarte.

Una sonrisa triste se dibujó en el rostro de Harry.

—Tengo que asumirlo, Em. No traigo buena suerte a la gente a la que importo.

— ¡A esa mujer no le importabas!

—A ella no. Pero sí a otras.

Emma sabía exactamente a quién se estaba refiriendo. A Jamie. Aquella idea era ridícula. Se sorprendió de que todavía estuviera tan marcado por aquella experiencia.

—Lo que te acabo de contar explica por qué no vine a tu fiesta sorpresa de cumpleaños, Em. Keely me buscó para invitarme. Pero cuando todo esto ocurrió, tuve que desechar la idea de venir. Por nada en el mundo te pondría en peligro —declaró Harry.

Emma sabía que le decía la verdad. Aunque resultara irónico, él no había acudido a su fiesta de cumpleaños para protegerla. Aquélla había sido una más de las ocasiones en las que él le había roto el corazón a pesar de que su intención hubiese sido cuidarla.

—Ahora viene el favor que quiero pedirte —prosiguió Harry—. Supongo que sabes que he sido nominado para el concurso de «El Mejor Soltero de Australia», o algo así.

Emma sonrió. Harry ni tan siquiera sabía el nombre del concurso más sonado del país.

—Bueno, en alguna ocasión me han dicho que puedo estar bastante atractivo si la luz es la adecuada.

Emma volvió a sonreír. A ella no le hacía falta ni luz ni un concurso para afirmar que era realmente atractivo. Una mirada suya bastaba para que a Emma le diera un vuelco el corazón.

—No es eso, Buchanan. Seguro que hasta a alguien cegado por el sol, le pareces muy atractivo. La cuestión es que Diseños WWW está muy implicada en el concurso.

—Lo sé. Y por eso espero que puedas ayudarme.

— ¿Estás hablando en serio? —preguntó, sorprendida.

—Completamente en serio. Desde que ocurrió todo lo que te he contado no he concedido ninguna entrevista y quiero seguir así. Sobretodo no quiero aparecer en un foro en el que se me trata como un objeto... de interés para las mujeres. Harold's House puede

sobrevivir sin que yo sea la cabeza visible. Así que si pudieras hacer algo, limpio y rápido, para sacarme de la lista de candidatos, te lo agradecería.

En aquel momento, Emma, además de conocer el futuro incierto de su empresa, iba a tener que poner en peligro el acuerdo firmado con Flirt. Pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Por supuesto que voy a ayudarte, Harry. Haría cualquier cosa por ti.

# Capítulo 3

NOCHE DE DOMINGO. RITUAL DE TAHUA:
MR DARCY Y UN DAIQUIRI

*— ¿Es una verdad universal que todos los hombres solteros y ricos buscan esposa? Me gustaría que Jane Austen viniera aquí en persona y me lo dijera a la cara —dijo Tahlia cerrando y escondiendo el libro de Orgullo y Prejuicio debajo del almohadón del sofá—aguantando casi diez segundos sin volverlo a abrir.*

EMMA dejó que Harry deshiciera su equipaje. Cuando escuchó el sonido de la ducha, decidió cambiarse de ropa y ponerse unos vaqueros. Se sentó al borde de la cama. En la parte de arriba sólo llevaba puesto el sujetador. Su mirada estaba perdida en el techo, mientras sus neuronas trataban de asimilar la nueva avalancha de información que se le había venido encima en las dos horas anteriores. Tenía que pensar en soluciones.

Harry no quería tener nada que ver con el concurso y tenía buenas razones para ello. Emma se preguntaba cómo se las iba a arreglar para poder sacarlo de la lista de candidatos. Las reglas del campeonato estaban claras. Los editores de la revista hacían una selección inicial de candidatos y eran los lectores quienes elegían al ganador. Los nominados no tenían que hacer nada, ni tan siquiera tenían que aparecer en la gala de entrega de premios, aunque casi todos habían confirmado ya su asistencia. No se le ocurría ninguna forma en la que sacarlo de la lista sin hacer trampas. Los únicos requisitos que los chicos tenían que reunir eran ser atractivos y estar solteros. Harry se adaptaba perfectamente a ese perfil.

El teléfono móvil de Emma comenzó a sonar. La melodía de Copacabana, que para ella era la canción más romántica que jamás se hubiese escrito, no paró de sonar hasta que descolgó.

— ¿Aloha?

—Aloha —respondió Keely desde el otro lado de la línea telefónica.

— ¿Estamos rompiendo algún momento especial? —preguntó Tahlia, insinuante. Emma se dio cuenta de que era una llamada para tantear cómo le estaban yendo las cosas con Harry.

—Pero bueno, ¿qué os habéis pensado? —dijo Emma, recostándose en la cama—. Se está dando una ducha y…

—Ahí tienes tu gran oportunidad —la interrumpió Keely, emocionada—. Entra a esa ducha con él. ¡Mojado y desnudo como está, no podrá escaparse!

Emma y Tahlia se quedaron en silencio, estupefactas.

— ¿Estás bromeando? —consiguió preguntar finalmente Emma.

—Bueno, reunirte con él en la ducha con un poco de agua y jabón podría ser una manera de hacerle saber que estás locamente enamorada de él.

—Claro, desde luego que le iba a quedar claro. Pero seguro que lo asustaría tanto que, antes de que el sol se ponga, estaría en la otra punta del país —repuso Emma.

—Vale —reconoció Keely—. Pero quiero que sepas que nos tienes aquí para lo que necesites: consejos, abrazos, chocolatinas y los ánimos para que te decidas a decírselo. Es lo mejor que puedes hacer por ti. Te lo aseguro.

Las neuronas de Emma comenzaron a tranquilizarse. Charlar con sus amigas siempre le sentaba bien. Le daban buenas ideas, y las necesitaba para saber cómo acercarse más a Harry. No iba a ser un camino fácil y necesitaba su apoyo moral.

—Chicas, tengo algo importante que contaros. Tenemos que encontrar una manera de sacar a Harry del concurso de Flirt —dijo Emma, y las puso al corriente de los últimos sucesos que le había contado su amigo.

— ¡Vaya, Emma! No tenía ni idea. Eso explica por qué finalmente no vino a tu cumpleaños. El pobre chico te estaba protegiendo de las garras de su perseguidora. ¡Qué tierno!

—El caso es que creo que se me ha ocurrido una solución, pero necesito vuestra ayuda —dijo Emma.

—No sé por qué, pero tengo un mal presentimiento —comentó Tahlia.

—Porque te da miedo que algo pueda poner en peligro tus posibilidades de promocionar, Tahlia —le soltó Keely—. Venga, T. Estoy preparada, Em. ¿Qué quieres que hagamos?

—Voy a sugerirle a Harry que nos comprometamos —dijo Emma después de una larga inspiración. El silencio fue absoluto—. Sólo temporalmente, con el objetivo de que no reúna las condiciones para ser candidato. Chicas, ¿puedo pediros que le digáis a quien os pregunte que Harry y yo llevamos meses teniendo una relación a distancia, que estamos locamente enamorados y que esto se venía venir?

— ¿Y tú que sacas de todo esto? —preguntó finalmente Tahlia.

—Ayudar a un amigo que me necesita —respondió Emma.

—Un amigo por el cual, si te lo pidiera, te tirarías por un puente —recordó Keely—. Em, ¿estás segura de que esta vez no te estás arriesgando demasiado?

—Chicas, la idea ha sido mía, no suya. Ni siquiera estoy segura de que él vaya a aceptar. No se me ocurre ninguna otra forma de ayudarlo y creo que ya ha sufrido bastante. ¿Puedo contar con vuestra ayuda?

—Por supuesto, bonita —accedió Tahlia—. Pero que sepas que estaremos ahí para rescatarte con un millón de chocolatinas cuando toda esta farsa termine y Harry desaparezca de nuevo.

Emma escuchó un crujido en la línea telefónica.

— ¿Qué es ese ruido? —preguntó.

—Es una onza del chocolate del que estábamos hablando, tenía que probarlo antes de ofrecérselo a mis amigas. Está muy bueno —aseguró Keely con la boca llena.

—Chicas, ¿no se supone que tendríais que estar trabajando? —preguntó Emma.

— ¿Y qué se supone que tendrías que estar haciendo tú? —repuso Keely.

—Entendido —dijo Emma. Se dio cuenta de que la ducha había dejado de sonar—. Os tengo que dejar. Nos vemos mañana por la mañana.

— ¿Desayuno en la cafetería de Sammy? —preguntó Tahlia.

—Claro. A la hora de siempre.

— ¡Sé fuerte! —chilló Keely.

—Gracias, chicas —dijo Emma antes de colgar.

En ese instante llamaron suavemente a la puerta. Emma pegó un salto y se puso rápidamente una camiseta blanca.

— ¿Sí?

Harry abrió la puerta y asomó la cabeza. Estaba cubierto sólo de cintura para abajo con una toalla.

— ¿Qué tal un paseo por la playa? He estado lejos de la costa demasiado tiempo. Creo que la mitad del polvo del Norte acaba de quedarse en tu ducha.

A Emma le faltaron las palabras al ver el torso desnudo de Harry. ¿Por qué le había pedido que se quedara en su casa? Lo conocía lo suficiente como para saber que se comportaba con esa naturalidad hasta en casa de sus amigos. Aquel chico no tenía vergüenza. Emma no entendía cómo había podido suponer que podía pasar una semana entera bajo el mismo techo que Harry sin sufrir un ataque de nervios.

Iba a hacerlo. Tenía que hacerlo. Había llegado el momento en su vida de hacer algo respecto a aquel enamoramiento adolescente. Keely y Tahlia tenían razón. O le decía lo que sentía, y lo que había sentido durante años, o no iba a poder evitar lanzarse a sus brazos. Pero todavía no sabía de qué forma declararse.

—Vale. Vístete y nos vamos.

Harry cerró la puerta y Emma se tiró boca abajo sobre la cama. No soportaba aquel estado.

Las familias estaban regresando del trabajo y de la escuela a sus hogares mientras Emma y Harry paseaban por el camino que rodeaba la playa de St. Kilda.

Harry había cambiado sus viejos vaqueros y la chaqueta por una camiseta de manga larga y unas bermudas. Sus chanclas estaban todavía manchadas con el polvo rojizo característico del interior de Australia.

Emma tomó una concha de la arena y jugueteó con ella mientras caminaban.

—Entonces, ¿has estado en Alice Springs todo este tiempo? —preguntó Emma

—Últimamente sí.

— ¿Y antes?

—Por ahí.

—Tú siempre estás por ahí. ¿No puedes ser un poco más preciso? ¿Quizás en alguna ciudad con nombre?

—Kakadu —repuso Harry, encogiéndose de hombros.

— ¿Sí? Lo debería de haber adivinado. La gama de los colores de Harold's House es la misma que la del paisaje de esa zona.

Kakadu era un Parque Nacional situado en el norte de Australia. Era un bosque que contenía toda una gama de verdes vivos y tenía muchas zonas sombrías, que le daban cierto aire misterioso. Emma pensaba que los diseñadores de la página de Internet habían conseguido reflejar su magia a la perfección.

— ¿Visitas a menudo la página de Harold's House! —preguntó Harry, acercándose a Emma para darle un suave golpe con la cadera. Ella tiró la concha y dejó que la arena se deslizara entre sus dedos.

— ¿Qué quieres decir? —contestó, devolviéndole el golpe—. Por supuesto que la visito a menudo, es lo primero que aparece en mi ordenador cuando me conecto a la red.

—Qué bien —agradeció Harry. Se mordió el labio.

Emma se dio cuenta de que Harry se había emocionado. Era obvio que no sospechaba la gran influencia que tenía sobre ella.

— ¿Está muy cotizado un prodigio informático como tú en Kakadu?

—Desafortunadamente, parece que sí. Pasé una semana de tranquilidad antes de que un periódico local me descubriera. Pero el octavo día, me llegó un aluvión de peticiones de trabajo, ofertas de promociones y… y otro tipo de ofrecimientos.

«Mejor no saber nada», pensó Emma.

—Estuve a punto de aceptar convertirme en representante de una agencia inmobiliaria.

— ¿En serio? —preguntó Emma. Harry se paró en seco.

—Pues claro que no. Y si me vuelves a preguntar si voy en serio, te voy a agarrar y te voy a llevar al agua para comprobar si está tan fría como parece.

Emma lo miró fijamente. Por un momento, tuvo ganas de tentar a

la suerte, pero al comprobar que Harry estaba preparado para atacar en cualquier momento y desistió. Sabía de sobra que Harry nunca amenazaba en vano.

—Vale, vale. Lo siento. Sólo quería saber cuál va a ser el próximo invento del brillante niño Buchanan.

—No te hagas ilusiones. Ahora tengo suficiente con concentrarme en Harold's House. Ya es suficiente con dirigir a un representante, a un gerente y a unos cuarenta empleados diseminados por toda Victoria. El portal está creciendo día a día de forma exponencial. Es un monstruo mucho mayor de lo que había previsto.

Emma sabía que él nunca había comprendido los motivos de tanto éxito, pero ella sí que lo sabía. Todo su arrojo, su locura, sus esfuerzos por forjarse una carrera, finalmente habían dado su fruto y su éxito estaba siendo estratosférico porque trabajaba con el corazón. El lenguaje descarado, los impresionantes paisajes australianos como telón de fondo y un diseño en constante evolución estaban muy relacionados con el carácter de aquel joven de piel dorada.

— ¿En serio? —preguntó, desafiante. Harry no tardó en reaccionar.

—Muy bien, nena. Lo has vuelto a hacer —repuso volviéndose hacia ella con una sonrisa radiante.

Emma se puso a chillar y a correr a toda velocidad, pero Harry la alcanzó. La agarró por la cintura y sus intentos por escapar fueron vanos. Con un movimiento rápido la subió sobre su espalda mientras ella pataleaba tratando de soltarse.

—Harry, bájame o te daré una patada donde más te duela —chilló.

—No. Estabas avisada, princesa. Te vas a dar un buen baño.

Llegaron a la orilla de la playa. Emma se dio cuenta de que el agua ya mojaba los pies de Harry.

—Venga, Harry. Te estoy dando alojamiento y comida esta semana. ¿Así es como me lo agradeces? —argumentó ella. Harry vaciló y Emma supo que lo tenía en el bote—. Si me bajas te prometo que no volveré a poner en cuestión tu seriedad.

—Vale, pero me voy a encargar de que cumplas tu palabra, pequeña —contestó, dejándola en el suelo.

Emma aterrizó y se encontró cuerpo a cuerpo frente a él. Una de sus manos estaba sobre un hombro de Harry y la otra en su cuello. Las manos de él descansaban sobre la cintura de Emma. La brisa marina despeinaba el cabello de Harry. Una sonrisa iluminaba su cara mientras la miraba.

—Aunque parece que ya no eres mi pequeña, ¿verdad?

El corazón de Emma latía con tanta fuerza que tuvo miedo de que Harry pudiera sentirlo también. Él tomó un poco de distancia y las

manos de Emma se deslizaron por su pecho. Era el momento perfecto para un beso, pero ellos no eran una pareja como las demás.

— ¡Pesas mucho Emma! Has engordado por lo menos cinco kilos desde la última vez que te llevé a hombros —dijo, soltándose de su abrazo para masajearse la espalda.

A Emma le dolía que no fueran una pareja normal. Eran Harry y Em, los dos niños terribles, la pareja de colegas que se conocían tan bien que uno podía terminar las frases del otro. Para que Harry tuviera otra visión no bastaba con un corte de pelo, un apartamento nuevo y la brisa marina. Trató de encajar su decepción e hizo lo posible para seguirle la broma.

—Tenía catorce años la última vez que me subiste a hombros.

—Bueno… —dudó Harry con una sonrisa que estuvo a punto de cortar la respiración de Emma—. Obviamente ha pasado demasiado tiempo. De ahora en adelante, trataré de hacerlo con más frecuencia.

Cuando estaba con Harry, Emma se sentía como si estuviera en el barco pirata de un parque de atracciones. Un instante era su pequeña amiga y al instante siguiente recibía una de sus seductoras sonrisas. El se acercó y le dio un pellizco en la tripa. Le encantaba flirtear. Siempre había sido así. Emma estaba jugando con fuego y lo sabía.

— ¡Para ya!

—Tan sólo estaba comprobando dónde habían ido a parar los nuevos kilos.

—Han ido a parar al sitio adecuado —repuso resuelta mientras sacaba pecho.

Si ella hubiese sido cualquier otra chica él hubiera paseado su mirada detenidamente. Pero Harry se limitó a sonreír un instante y la miró a la cara.

Emma no podía soportar por más tiempo aquel intercambio de indirectas. Agarró a Harry por el brazo y lo condujo hacia unas rocas que había al final de la arena.

—Venga, niño, creo que necesitas sentarte un rato. El cansancio te está haciendo decir cosas que no piensas.

A pesar del sol, el suelo estaba frío, pero a Emma le sentó muy bien. Enterró los pies en la arena dorada y un frescor le subió por las piernas. Durante unos minutos se mantuvieron en silencio, disfrutando del atardecer sobre las aguas tranquilas de la Bahía de Puerto Phillip.

—Esto es nuevo —dijo Harry, señalando al segundo dedo del pie derecho de Emma, donde ella se había puesto un pequeño anillo.

—Fue un regalo de cumpleaños. ¿Te gusta? —preguntó, plantándole el pie delante de la nariz. Él lo empujó.

—Pareces una paloma mensajera —respondió, tomando su tobillo y dándole un suave masaje de forma casual.

El cosquilleo que recorrió el cuerpo de Emma no era, sin embargo,

en absoluto casual. Fingió que necesitaba estirarse y retiró el pie de las manos de Harry para colocarlo, inocentemente, junto al otro.

— ¿Quién te lo regaló? —preguntó él.

—Alguien conocido.

— ¿Qué tipo de conocido? —pregunto Harry. Quizás estuviese celoso. El corazón de Emma latió con más fuerza.

—Fue un regalo de Tahlia.

— ¿Quién es exactamente? ¿La soltera?

—Sí —murmuró—. Pero no te hagas ilusiones. No hay secretos entre Keely, Tahlia y yo. Saben demasiado sobre ti como para que te sientas cómodo con ellas.

Harry tiritó de forma exagerada, burlándose. Volvió a reinar el silencio.

— ¿Has pensado algo más...? —preguntó Harry.

—Hablando de Keely y de Tahlia —dijo Emma justo en el preciso instante en el que Harry había comenzado su pregunta. Los dos se callaron y se echaron a reír.

—Las señoritas primero, por favor —insistió él. Emma cambió de postura.

—Vale. Creo que se me ha ocurrido una solución para tu problema, pero no estoy muy segura de que vaya a convencerte. ¿Estás preparado?

—Estoy preparado —repuso, mirándola con tal encanto que Emma temió no encontrar las palabras adecuadas.

En lo más profundo de su corazón, su gran sueño había sido estar comprometida con Harry. Desde hacía muchos años, desde que jugaba con sus muñecos Ken y Barbie y escuchaba el disco de su madre de Barry Manilow, siempre había esperado que aquel momento llegara. Pero nunca se lo había imaginado así. Emma se preguntó si, proponiéndole aquella locura a Harry, no estaría echando por la borda su deseo más preciado. Pero ¿qué otra cosa podía hacer? Harry estaba en una situación desesperada y parecía que ella era la única que podía ayudarlo. No tenía elección.

— ¿Qué podemos hacer para sacarme de este atolladero? —preguntó Harry.

—Harry, tienes que conseguir una prometida.

Emma se calló, esperando una carcajada, su rostro lívido, o verlo marcharse corriendo. Sin embargo, él la miró detenidamente mientras analizaba la idea.

—Si estoy comprometido, entonces ya no puedo estar nominado. ¡Ja! ¡Eres brillante! —exclamó mientras la agarraba por los hombros. Le dio un sonoro beso en la mejilla, pero cuando se separó Emma detectó en su mirada algunas dudas.

—Pero ¿con quién podría comprometerme para tan poco tiempo?

Tendría que ser alguien que no se hiciera ilusiones pero que, a la vez, la historia resultase creíble hasta que dure el tinglado. Por lo menos hasta el sábado.

La mirada de Harry se perdió en la distancia, sus ojos almendrados brillaban como el oro con el reflejo del sol sobre el océano. Emma esperaba paciente a que dedujera la segunda parte del plan. La parte más arriesgada.

Harry todavía abrazaba sus hombros cuando la miró de nuevo. Emma se dio cuenta de que él ya había llegado a la respuesta correcta. Harry tragó saliva y su mirada hambrienta devoró el rostro de Emma.

—Em, princesa. Siento tener que pedírtelo pero, ¿crees que...?

—Pues claro, zoquete —dijo ella. No soportaba verlo tan apurado —. Es lo único que podría tener sentido. Keely y Tahlia nos seguirán el juego con la historia que inventemos y será pan comido.

—Entonces, ¿tú y yo...? —insinuó Harry. Emma asintió.

—Hasta el sábado por la noche, estamos comprometidos. Si te parece bien.

Harry sonrió de aquella forma que sólo él sabía hacerlo. Aquella sonrisa radiante y feliz hacía temblar a Emma, quien solía recrearla en sus fantasías. Él la abrazó con fuerza.

—Gracias, Em. Me has salvado la vida. Si hay cualquier cosa que yo pueda hacer para devolverte el favor...

Emma estaba disfrutando la calidez del abrazo y era reticente a separarse. Pero tenía que decirle algo más. Algo que no había compartido con sus amigas y que, si contaba con él, nunca tendría que decirles. Con gran esfuerzo se deshizo de aquellos maravillosos brazos.

—Ahora que lo dices... —comenzó a decir Emma. La mirada de Harry pasó de ser radiante a perspicaz.

—Venga, estoy preparado. ¿Cuál es tu tarifa, princesa? ¿Dinero? ¿Joyas? ¿Masaje en los pies todos los días durante un año?

La propuesta de los masajes estuvo a punto de ser la elegida. Pero tenía otra oferta prioritaria que plantearle.

—Nada de eso, Buchanan. Es algo infinitamente más delicado y más importante para mí. Esta mañana he tenido una conversación muy extraña con mi jefa y creo que Diseños WWW tiene serios problemas.

— ¿Te informó ella?

—En realidad, no. Raquel, habitualmente, es bastante bruta, y esta mañana me ha dado un amable consejo que me ha hecho sospechar más que cualquiera de sus gritos. Después me he encontrado una prueba evidente, una carta de los juzgados. Raquel está teniendo serios problemas con la empresa.

— ¿Has hablado con las chicas de esto?

—No quiero preocuparlas.

—Claro, tú nunca quieres preocupar a nadie. ¿Qué puedo hacer para ayudar? —preguntó Harry, atentamente.

—He estado pensando y sólo se me ha ocurrido una cosa que esté en mi mano para mejorar la situación de la empresa. Sería conseguir la alianza del portal más importante ahora mismo en la red.

En ese instante Harry dejó de asentir. Sabía exactamente a qué se estaba refiriendo. Él ya no era sólo Harry Buchanan. Era el niño prodigio creador de Harold's House.

—He estado pensando que WWW podría ayudar a mantener Harold's House. Me has contado que se ha convertido en algo demasiado grande para tu equipo. Lo llevo pensando toda la tarde. La última planta de nuestro edificio está vacía ahora mismo. Podríamos limpiarla y arreglarla. Allí tendríais espacio privado y a la vez el apoyo de un equipo excelente de diseñadores. ¿Por qué no? Todos saldríamos ganando.

—De acuerdo —aceptó Harry de inmediato.

— ¿De verdad? —chilló Emma, abrazándolo.

—Claro. ¿Por qué no? Nunca hemos tenido una sede central. Cada uno está trabajando en un sitio distinto y Southbank es un lugar tan bueno como otro cualquiera. Hay cerca lugares para ir a comer, está en la ciudad, cerca del estadio de fútbol de Docklands... —contestó.

«Además, estamos en tan buen momento que no importa mucho dónde esté nuestra sede», pensó Harry en silencio.

Emma se lanzó hacia él y lo tiró. Él la abrazó, como había hecho miles de veces. Pero de nuevo tenía una sensación extraña. El pelo de Emma olía a albaricoque y el roce de la piel de su mejilla contra su barba de tres días era muy agradable. En consecuencia, se separó de ella.

—Está bien. Démonos la mano para sellar este acuerdo. Si te conviertes en mi prometida, yo trasladaré mi sede al edificio de Diseños WWW. Me parece una operación de negocios justa, precisamente ahora que los dos nos necesitamos. Es como si el destino lo hubiese querido —declaró Harry.

«Yo siempre he pensado que el destino nos uniría», pensó Emma.

—De acuerdo. Seguro que todo va bien —contestó ella algo turbada.

¿Seguro que todo va bien? ¿Con quién estaba bromeando? Acababa de convertirse en la prometida de Harry para sacarlo del concurso. Si algún día se enteraba su jefa, se enfadaría y se lo podría hacer pasar muy mal tanto a ella como a sus amigas. Se sentía como uno de esos artistas de circo que hacían girar sus platos sobre palos afilados. Tenía que mantener todos sus platos en movimiento, o éstos caerían al suelo y se quedaría sólo con una vajilla rota entre las manos.

Los platos todavía parecían estar girando en el sentido adecuado. Incorporar Harold's House a la empresa iba a servir de ayuda. Todo iba bien. Al final todas las piezas encajarían.

Una pareja apareció en su campo de visión. Emma no pudo evitar echar un vistazo para comprobar la dirección de la mirada de Harry. Como era de esperar, estaba observando sonriente a la parte femenina de la pareja, una morena de sinuosas curvas. Por si no fuera suficiente, silbó de forma casi imperceptible, pero de modo que Emma pudiera escucharlo.

Emma se irrito al comprobar que seguía comportándose como siempre. La conversación que acababan de tener, no cambiaba nada. Ella miró al hombre que acompañaba a la chica morena. Era moreno y musculoso. Objetivamente era atractivo, pero no era su tipo.

—Estoy de acuerdo contigo —dijo Emma, mirando fijamente hacia delante—. Ese hombre es muy guapo.

El comentario surtió el efecto deseado. Harry se volvió hacia ella.

— ¿Así que te gustan los hombres musculosos, pequeña?

—Así es.

Una sonrisa triunfante se dibujó en el rostro de Emma. Observaron a la pareja en silencio. La chica de nariz respingona caminaba dignamente por delante de su galán, quien la seguía haciendo aspavientos. Parecía que le estaba pidiendo disculpas por algo que a ella le había molestado.

—Son justo como yo me imagino a Lola y Tony —dijo Emma cuando la pareja salió de su campo de visión. Harry se dignó a apartar la mirada de la altanera muchacha.

— ¿Quién demonios son Lola y Tony?

—Son de Copacabana.

— ¿Ésa no es la canción de Barry Manilow, que escuchabas constantemente en tus auriculares de pequeña?

—La misma. Tenían una relación tan apasionada que él acabó recibiendo un disparo mientras la defendía —declaró Emma, recostándose sobre las rocas con la mirada perdida en el cielo—. Es tan, tan romántico.

—Pues que te disparen y que te maten no creo que sea algo muy romántico.

—Morir por la persona a la que amas es lo más romántico que hay —defendió Emma. Harry se tumbó a su lado y la miró.

—Por lo poco que recuerdo de esa canción, ella se pasa el resto de su vida emborrachándose y viviendo en el pasado.

—Lo sé. ¿No te parece bonito? —preguntó ella. Si Harry imaginara lo que ella estaba haciendo por él. Estaba poniendo en peligro su corazón roto para ayudarlo—. Eso es lo que se hace por el hombre a quien se ama.

—La verdad, yo creo que es bastante estúpido.

Emma lo miró de reojo. Si no hubiera estado tan insoportablemente guapo con aquella sonrisa a la luz del atardecer, Emma se hubiera echado atrás en el trato. ¡Era tan desagradecido!

—Seguro que tú también lo harías —afirmó finalmente Emma.

—Pero ¿qué se supone que significa?

—Harry, no existe ni una sola fibra de romanticismo en todo tu cuerpo.

—Te tengo que informar que un alto porcentaje de las chicas con las que he salido me han considerado bastante romántico —se defendió él, sacando pecho. Emma se burló.

—El mero hecho de que nombres el alto porcentaje de las mujeres con las que has salido delante de otra mujer, ya demuestra que eres un negado.

—Pero tú no eres otra mujer —dijo con una mirada inocente. Parecía herido.

«Encantador», pensó Emma al escuchar una vez más de su boca las palabras que ella más temía.

—Tienes razón. ¿En qué estaría pensando? Sólo soy tu novia. Nadie en su sano juicio va a tragarse que estamos comprometidos. Toda esta historia se va a venir abajo en el preciso instante en el que tú tengas que contárselo a alguien.

—Em, no digas eso.

Emma lo miró de reojo. Seguía observando a la pareja, pero la expresión de su cara había cambiado. Había algo oscuro y profundo en su maravillosa mirada.

—Tan sólo estoy diciendo la verdad, Harry. Quizás tengamos que buscar otra forma de solucionar nuestros respectivos problemas antes de que los agudicemos en lugar de resolverlos.

—No. Va a funcionar. Te lo voy a demostrar —dijo, poniéndose de pie. Emma le prestó atención y se sentó.

— ¿Cómo?

—Estáte preparada esta tarde a las siete.

— ¿Preparada para qué?

—Tú ponte algo elegante porque te voy a demostrar que estás equivocada.

Aquello fue lo último que dijo Harry antes de marcharse. Cuando había caminado unos metros en la dirección equivocada, se dio la vuelta y se dirigió hacia el apartamento de Emma.

Ella se quedó un poco intrigada sin saber lo que él estaba tramando. Pero sobretodo estaba excitada por que iban a salir juntos y él había prometido mostrar su lado más romántico.

Emma estaba muy confundida, a ratos él era su amigo de siempre, pero en otros momentos lo sorprendía mirándola de una forma muy

especial. ¿Cuál sería el verdadero Harry?

Harry estaba muy confundido.

Caminó de vuelta al apartamento con las manos en los bolsillos. Le dolía la cabeza de tanto pensar.

¿Por qué le habría dicho a su pequeña Emma que iba a comportarse como un novio romántico? Había sido un alarde de hombría, de los que no había vuelto a sufrir desde la adolescencia. Extraño. Todo era muy extraño. Tan sólo llevaba un par de horas en la ciudad y todo le parecía demasiado extraño.

Su vida había cambiado desde la última vez que había visto a Emma. Había sido demandado, perseguido y había logrado un éxito mayor al que jamás hubiese aspirado. Pero si él había cambiado, las transformaciones experimentadas por Emma eran una verdadera revelación. O quizás no, porque seguía siendo la misma niña que él había adorado y protegido como a su propia hermana durante trece años.

Se paró en seco. Trece años. Más de la mitad de la vida de Emma. ¿Había pasado tanto tiempo desde que había asumido el papel de hermano mayor que tanto le enorgullecía?

Volvió la vista atrás y divisó a Emma un par de calles detrás de él. Ella levantó la mano y le saludó coquetamente. O quizás ésa no fuese una forma coqueta de saludar y tan sólo fuese sarcástica.

«Venga, Harry. Relájate. El sábado está a la vuelta de la esquina. Tienes que ser fuerte para poderle facilitar a Emma las cosas esta semana. No crees más problemas de los que ya hay. Tienes que ayudarla a salvar su trabajo. Pásatelo bien con ella. Sácala por la noche. Estilo Harry. Es lo mínimo que debes hacer», se dijo Harry a sí mismo en voz baja.

A pesar de que se había dado cuenta de que la gente lo miraba raro por hablar solo, llegó al apartamento sintiéndose más relajado.

# Capítulo 4

NOCHE A SOLAS.
MARATÓN DE CARY GRANT

*Emma acababa de dejar a uno sus novios pasajeros. Tenía el móvil en una mano y el teléfono de Harry en la otra. Como telón de fondo la película Algo para recordar. Emma deseaba que fuese tan sencillo decir hola.*

A LAS SIETE en punto de la tarde, Emma estaba esperando sentada en el sofá. Había escogido un vestido de color chocolate de manga larga que le llegaba por encima de la rodilla. Era muy escotado y se ajustaba a su figura perfectamente. Llevaba un collar de pequeñas cuentas de color turquesa porque sabía que ese tono realzaba el azul de sus ojos. Impacientes, sus pies se agitaban dentro de unos zapatos de tacón de aguja de color marrón.

— ¿Preparada?

Emma se dio la vuelta y se encontró con que Harry estaba al otro lado del pasillo. Llevaba unos vaqueros limpios, una camiseta negra limpia y su habitual cazadora de cuero de color caramelo. Se había duchado y se había afeitado. Estaba estupendo, se había quitado cinco años de encima. El corazón de Emma latió con fuerza.

Emma se levantó, pero sus piernas temblaban. Él se inclinó para besarla cariñosamente en la mejilla. Ella pudo oler el agradable olor de su jabón y sintió la calidez de su rostro.

Harry estaba realmente atractivo en vaqueros. Emma se sintió de repente ridícula por haberse vestido tan elegantemente, pero se había figurado que aquello iba a ser una verdadera cita.

—Pensaba que ibas a tratar de conquistarme —dijo Emma con los brazos en jarras. Estaba desilusionada.

— ¡Dame una oportunidad!

—Vale, de acuerdo. Perdona —contestó, rindiéndose.

Emma colocó las manos detrás de la espalda fingiendo que esperaba pacientemente. Harry inspiró y la sonrió de manera sensual.

—Estaba a punto de decirte lo increíblemente guapa que estás esta noche —dijo Harry en un susurro. Emma hubiera pensado que era un mero formalismo de no haber sido porque Harry se sonrojó.

— ¿Seguro? —preguntó Emma, tratando de recuperar su tono normal de voz. A Harry se le escapó una sonrisa.

—Sí, pero has tenido que abrir la boca y arruinar el momento.

— ¿Era éste un momento especial? Lo siento, no lo había notado.

Harry miró al suelo.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad? Está bien, no te preocupes. Estoy preparado para el desafío —declaró. Incluso cuando adoptaba la

pose de niño malo, resultaba encantador—. ¿Nos vamos?

Sin saber muy bien hacia dónde se dirigían, Emma aceptó el brazo que le estaba ofreciendo su amigo. Descubrió, una vez más, el olor familiar de su chaqueta de cuero.

—Parece que es hora de irnos —repuso.

Harry quería llevar a Emma a un local que él había frecuentado. Estaba prácticamente seguro de la dirección, pero el aroma delicioso de Emma y el contoneo de sus caderas lo estaban despistando. Apenas sabía en qué ciudad estaba.

Estaba muy guapa tan arreglada. Tan guapa que Harry se preocupó. Si se vestía así cada vez que salía por la noche quizás corriese el peligro de... de resultar atractiva para muchos hombres.

Se le revolvió el estómago. Su instinto de hermano mayor entró en escena. Había desempeñado ese papel durante mucho tiempo y defenderla de otros hombres era parte de él. Sentía el deseo de saltar a la yugular de los nombres con los que se cruzaban que volvían la cabeza para seguir los pasos de Emma.

Respiró aliviado cuando llegaron a la fachada del club. Emma lo miró de forma interrogativa y él asintió sonriendo. A las chicas les gustaba su sonrisa seductora, pero Harry se sintió extraño utilizándola con Emma. Cuando se quiso dar cuenta, la sonrisa se había ido desdibujando hasta desaparecer de su rostro.

«Venga, Harry. Tú puedes hacerlo», se dijo a sí mismo para darse ánimos.

— ¿Es éste el sitio? —preguntó Emma cuando lo vio dudar en las escaleras.

Harry de repente dudaba de si aquel antro estaría a la altura de las circunstancias. Pero no había reservado mesa en ningún otro sitio y con aquella noche tan agradable todo estaría ya ocupado.

—Éste es el sitio —dijo, conduciéndola hacia el interior.

— ¡Hola, Emma! Otra vez por aquí —dijo el gorila que estaba apostado en la puerta.

«Así que conoce el sitio. Es un pequeño contratiempo, las sorpresas son importantes en el romanticismo. Pero no pasa nada, tengo toda la noche por delante», pensó Harry.

—Eh, Mikey —contestó Emma antes de darle un beso en la mejilla —. Quiero presentarte a mi mejor amigo, Harry. Está esta semana en la ciudad.

—Encantado. Pasarlo bien ahí dentro.

El local estaba lleno hasta los topes. Música de los años ochenta atronaba desde cientos de altavoces. Emma se agarró a la mano de Harry mientras éste se abría paso entre la multitud.

—Ven —chilló Emma—. Hay una pequeña sala al fondo que está más aislada.

Harry la siguió mientras atravesaba la pista de baile, parándose a saludar a cada paso. Al menos cuando se detenía, Harry dejaba de ver aquellas caderas contoneándose con soltura al ritmo de la música.

Finalmente llegaron a la sala. Emma se dirigió hacia una mesa que estaba vacía y se sentó en una de las sillas. La luz era tenue y había menos gente. La música retumbaba en las finas paredes, pero al menos ya no tenían que gritarse.

— ¿Qué quieres tomar? —preguntó Harry.

—Sorpréndeme.

—Espérame aquí —dijo Harry, mirándola. Emma asintió como una niña buena.

Harry necesitaba un poco de tiempo a solas en la barra para recuperarse. Había terminado teniendo una cita con la hermana pequeña de su mejor amigo. No era una auténtica cita, aunque el aspecto increíble de Emma le hacía dudar de eso. Era la imitación de una cita para comprobar lo romántico que él podía llegar a ser. Es decir, era la prueba para ver si su interpretación como novio podría llegar a ser creíble. ¡Ja! Él había tenido muchas citas con otras mujeres y en locales mucho peores que aquél.

«Vamos, es Emma. Estás aquí para ofrecerle una conversación entretenida. Eres su animador, un hombre musculoso, eso es todo. Dale todo lo necesario para que se divierta, para que confíe en vuestra amistad y que sepa que puede contar contigo. Ya está, después te marchas, como siempre, a la otra punta del país. Hasta que un día necesites quedarte», se dijo a sí mismo Harry mientras esperaba al camarero.

— ¿Qué quieres tomar? —preguntó un camarero joven.

—Una bolsa de galletas saladas y... —en aquel momento Harry recordó las palabras que le había dicho Emma. «No tienes ni una sola fibra romántica en todo tu cuerpo, Harry». Aquello era un desafío—. Una botella de champán y dos copas. El mejor que tengas.

El camarero sonrió, y Harry se dio cuenta que estaba mirando a Emma.

— ¿Has venido con Em? —preguntó el muchacho.

—Sí. ¿La conoces?

—No tan bien como me gustaría —contestó. Al darse cuenta de con quién estaba hablando, el pobre chico se ruborizó—. Me refiero a que es muy maja. Me habías pedido una botella de espumoso, ¿verdad?

—Y dos copas —respondió Harry, disimulando el nudo en la garganta.

— ¡Ooh! —exclamó Emma cuando lo vio llegar a la mesa—. Galletitas saladas, ¡qué clase! Y una botella entera de champán. ¿Acaso quieres emborracharme?

—Sí.

Emma se quedó callada. Un escalofrío recorrió su cuerpo. Ya casi podía sentir las burbujas corriendo por sus venas.

— ¿Sí? —repitió—. Ésa es, casi, la proposición más romántica que jamás me hayan hecho.

Harry se rió sin apartar la vista de las copas que estaba sirviendo. Le entregó una, llena de burbujas de color ámbar, y tomó la suya.

—Por Terry y Leanne —propuso Harry.

—O te has equivocado y en realidad te refieres a Tony y Lola de Copacabana, o estoy completamente perdida —dijo Emma tras pensar unos instantes.

—Pues por Tony y Lola —corrigió Harry. Sus ojos brillaban de forma traviesa y lo delataban.

Emma brindó con él y tomó un buen trago de champán. Las burbujas le hicieron cosquillas en la garganta. Su excitación iba en aumento. Estaba sentada junto al hombre más guapo del mundo. Se sentía como una espectadora de Harry, deseando al mismo tiempo ser testigo de su próximo movimiento y temiéndolo a la vez.

— ¿Cómo va tu trabajo? —preguntó Harry, haciéndola aterrizar.

— ¿Sin tener en cuenta que puede desaparecer próximamente?

—Sí. Sin tener en cuenta ese pequeño detalle.

—La verdad es que muy bien —dijo tras tomar otro trago y pensar en todas las oportunidades que estaba teniendo de crear animaciones como Blondie.

— ¿Tienes planes de bajar a la Pit bull de su pedestal?

—La Rottweiler.

—Vale. Los dos nos referimos a la furiosa canina con tacones de aguja. No importa la raza.

—Estoy más que contenta haciendo lo que hago ahora, no necesito más.

—De ahí tu deseo de mantener la empresa a flote, cueste lo que cueste.

—Sí. Keely va a disfrutar de su permiso de maternidad cuando nazca el bebé. Pero Tahlia está a punto de promocionar a un puesto importante. Tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para que les vaya bien.

Emma seguía el ritmo de la música con los pies. De nuevo surgió un silencio incómodo. Emma trató de pensar alguna pregunta.

—Ya sé que tu trabajo va de maravilla, pero ¿qué hay de tu vida amorosa? —preguntó sin poder contenerse. Él la atravesó con la mirada y Emma tuvo que beber de su copa para evitar sus ojos.

—Está tranquila —declaró con una voz teñida de preocupación. Emma recordó la desgarradora experiencia que había sufrido al ser perseguido.

— ¿Te tengo que recordar que tú y yo estamos comprometidos? —insinuó, tratando de rescatarlo de sus oscuros recuerdos.

— ¡Por supuesto! —exclamó. Una sonrisa iluminó su rostro ensombrecido—. Tranquila sin contar nuestro compromiso.

—Si ni si quiera tú recuerdas que estás comprometido, ¿cómo esperas que alguien se lo crea? Bueno, se me acaba de ocurrir una forma. ¡Baila conmigo! —propuso Emma.

—No. Yo no bailo.

Emma saltó de su silla.

—Venga. Me encanta esta canción.

Harry señaló hacia la barra con la cabeza.

—El camarero piensa que eres bastante especial. Quizás él quiera bailar contigo.

Emma miró hacia la barra y vio una cara que le sonaba un poco. Lo sonrió levemente y el muchacho se puso rojo y salió corriendo. Harry hizo ademán de marcharse.

—Os puedo dejar a solas, si lo prefieres.

—No, gracias —respondió Emma.

— ¿Estás segura? Puedo acercarme a la barra y decirle que tú también lo amas.

—Harry, estáte quieto —dijo, sujetándolo. Harry obedeció.

—De acuerdo. Pero si en cualquier momento quieres que le diga...

—Sólo quiero una cosa: cállate.

—Vale, vale.

Emma apuró su copa de champán y la volvió a rellenar. Harry a veces era irritante. Ya se le había olvidado lo irritante que podía llegar a ser. Cuando fantaseaba con él, este rasgo de su carácter siempre se esfumaba, pero, sin lugar a dudas, tenía la capacidad de sacarla de quicio.

Emma sintió que algo rozaba su pie y pegó un salto. Entonces se dio cuenta de que había sido el pie de Harry tratando de jugar.

— ¿Qué? —preguntó Harry al verla de pie con la mano en el corazón tratando de calmarse. Emma se sintió avergonzada por su reacción exagerada.

—No juegues a no ser que quieras jugar hasta el final —le soltó.

Harry la miró desconcertado y ella se arrepintió de las palabras que acababa de pronunciar.

—Tienes darme alguna pista antes —dijo Emma para salir del paso. Puso una sonrisa estúpida—. A no ser que quieras que pegue un salto cada vez que me roces. Resultaría sospechoso.

—Creo que tú ya me estás dando alguna pista, ¿no es así?

—Por supuesto. ¿Por qué no? Nuestros pies no tienen que jugar debajo de la mesa, a menos que sea eso lo que queramos hacer. Y ahora ven a bailar con tu chica, ¡por favor!

—Voy a ignorar tus comentarios hasta que no me respondas a esta pertinente pregunta: ¿Qué tal tu vida amorosa?

Emma tomó una galleta salada que crujió en su boca. La sonrisa en su cara desapareció mientras en los labios de Harry se dibujaba una radiante.

— ¿Tan mal va? —insistió Harry. Ella se encogió de hombros.

—Creo que ni mejor ni peor que la de cualquiera. Aunque contemplando tus esfuerzos de esta noche, supongo que va mejor que la tuya.

—Creo que mis esfuerzos han tenido bastantes buenos resultados. Además todavía no han terminado.

Harry en venganza, comenzó a jugar con sus pies de nuevo, pillándola desprevenida. Emma escondió los pies en la parte de atrás de la silla, pero esto no lo desanimó. Se deslizó hacia abajo y alcanzó a atrapar las piernas de Emma. Estaban casi debajo de la mesa.

— ¡Eh, Emma! —exclamó de repente una voz femenina.

Emma volvió la cabeza y vio a Keely acompañada de su novio, Lachlan. Keely estaba muy guapa vestida con una falda lisa y una camisa a juego de seda india, que se ajustaba a su tripa de embarazada.

Simultáneamente, Emma y Harry se sentaron como dos personas adultas. Emma se levantó para saludar, sintiendo cómo el champán se le había subido a la cabeza. Abrazó a Keely y besó a Lachlan en la mejilla.

— ¿Qué hacéis por aquí? Ésta no es vuestra zona favorita de la ciudad —dijo Emma finalmente.

—Vamos al piso de arriba a cenar con los compañeros de la emisora de radio de Lachlan. Es un compromiso. Si queréis os podéis unir a nosotros, sé que voy a estar rodeada por el Padre Jerry y por una loca que dirige el consultorio para mujeres —declaró Keely mientras acariciaba tiernamente su tripa.

—Gracias. Pero creo que nos vamos a volver ya a casa. Ha sido una tarde muy intensa y creo que Harry necesita dormir —contestó Emma. Harry asintió.

—Supongo que el cansancio se me ve en la cara —aceptó Harry. Emma sintió un golpe en la espinilla y supo que tenía que hacer las presentaciones pertinentes.

— Perdona, me he olvidado de presentaros. Lachlan es un eminente psicólogo y tiene su propio programa de radio. Lachlan, éste es mi Harry.

Harry, inmediatamente, se levantó para dar la mano a Lachlan. Emma dudó de si realmente había pronunciado el pronombre posesivo «mi» antes del nombre de su amigo. Deseó que la tierra la tragase en aquel mismo instante.

—Encantado de conocerte, Harry de Emma. Si os apetece, de verdad, estáis invitados a subir. Me libraríais de la compañía del deprimido director de la emisora y de las garras de la recepcionista ninfómana —dijo Lachlan.

—Quizás todas las recepcionistas sean ninfómanas —añadió Keely haciendo referencia a Chrystal, la recepcionista de WWW, quien había tratado de ligar con Lachlan delante de las narices de Keely.

—Esta noche no os acompañaremos. Quizás algún día de esta semana y sin la presencia del director ni la recepcionista —respondió Emma.

—De acuerdo, suena bien. Bueno, tenemos que subir a la cena. Encantado de conocerte Harry. Adiós Emma —repuso Lachlan mientras agarraba la cintura de Keely de forma protectora. Después de despedirse se marcharon abrazados. Se les veía tan enamorados que a Emma casi le dolía verlo.

— ¿Conoces a todo el mundo en esta ciudad? —preguntó Harry.

—Sí, conozco a todo el mundo. Es lo que tiene vivir en el mismo sitio más de un año —le soltó. Cerró los ojos y trató de calmarse. Volvió a abrirlos y sonrió a Harry tratando de pedir disculpas—. Creo que ya está bien de estar gruñona esta noche, lo siento.

—Vale. Tan sólo me gustaría que reconocieras que llevas toda la noche boicoteando mis intentos para demostrarte mi lado romántico. Oye, ¿hay un restaurante en la parte de arriba?

—Uno de los más románticos de la ciudad.

—Esto lo remata. He fallado estrepitosamente —admitió Harry.

—Yo no diría estrepitosamente. No has perdido la dignidad en ningún momento.

—Si tú lo dices —dijo Harry, resignado. La rodeó con su brazo y le dio un beso en la frente. Emma apoyó la cabeza en su pecho, tratando de no deshacerse—. Entonces, ¿qué es lo que ha fallado? Dispara, estoy preparado para escucharlo todo.

—Bueno... —dijo ella, dilatando el momento. Le encantaba verlo revolviéndose y ruborizándose. Él, quien siempre había parecido tener el mundo en sus manos—. Te podrías haber arreglado un poco más.

Harry se miró de arriba abajo, y después la miró a ella.

—Pero yo soy así. Harry es así. No sería yo sin el cuero y sin los vaqueros —declaró. Emma se encogió de hombros—. ¿Preferirías que me hubiera puesto un traje?

—Claro, ¿por qué no?

—Porque no me gustaría parecerme a un ejecutivo estreñido.

Emma lo atravesó con la mirada. Con el pelo alborotado, la piel morena y su carácter alegre, Harry nunca llegaría a parecerse a un ejecutivo.

—No te pido que te parezcas a un ejecutivo... sino que cuides tu

imagen. Realmente, no creo que mis compañeros de trabajo puedan llegar a creer que yo esté con un tipo como tú —dijo Emma, sorprendida ante la actitud reflexiva de Harry.

Se estaba tomando aquellos comentarios en serio. Harry Buchanan, el rompe corazones, estaba escuchando sus consejos. ¡Si él supiera que estaba colada por él aun con esas pintas!

—Son una pareja muy agradable —declaró Harry, refiriéndose a Keely y Lachlan—. Pensaba que Keely ya sabía todo nuestro montaje. ¿Por qué no me has presentado como tu novio? —preguntó en un tono de voz extraño. A Emma le dio la impresión de que estaba decepcionado.

—Keely sólo sabía lo que te iba a proponer. Va a ser muy diferente cuando tengamos que dar la noticia a los desconocidos. Necesitamos perfeccionarlo un poco.

—Tan sólo lo sabe el camarero y se ha sorprendido bastante.

— ¿Le has dicho al camarero que estamos comprometidos? —preguntó Emma. Harry dudó—. Bueno, cuesta decirlo, ¿verdad?

—Todavía no me sale espontáneamente. Por eso estamos aquí ensayando nuestro romance. Esta noche hemos hecho el primer intento, y no estoy dispuesto a tirar ya la toalla.

Emma contuvo una carcajada al recordar la cantidad de noches que se había ido a dormir tranquilizándose con aquella frase en la cabeza, no estoy dispuesta a tirar la toalla. Emma sabía que para que la historia resultara creíble, hacía falta algo más que ensayos. Hacía falta que Harry sintiera por ella lo mismo que ella sentía por él. A pesar de que Harry se jugaba mucho en aquel momento, Emma albergaba serias dudas de que fuese tan buen actor como para parecer enamorado.

—Vamos, Buchanan, es hora de volver a casa.

Emma tomó la mano de Harry y lo guió a través de la multitud que bailaba. Salieron a la calle. Era una noche fría.

—Lo que he comprobado esta noche, es que necesitas ayuda urgente. Bajo mi tutela, podrías convertirte en el hombre más romántico del mundo —afirmó Emma.

—Estás muy segura para ser una niña cuya única respuesta a la pregunta sobre su vida amorosa ha sido masticar una galleta salada.

—Por supuesto que estoy muy segura —repuso Emma. Estaban llegando a su apartamento.

—Entonces, ¿cuál va a ser la metodología que vas a emplear para enseñarme?

—La colección más grande que jamás hayas visto de películas románticas.

*La nieve saltaba al paso de la tabla de snow de Harry mientras bajaba la montaña. El agua en los ojos disminuía su campo de visión. Aquellas dificultades le daban más emoción al descenso. Harry sonrió al acordarse de las palabras que había gritado a su amigo y que aún resonaban en su cabeza: « ¡Te reto!». El desafío retumbaba en la montaña a medida que la carrera avanzaba.*

*Harry se inclinó para alcanzar más velocidad. Había pasado un rato desde que había visto a Jamie por última vez, así que aceleró.*

*Lo último que deseaba era llegar al final de la montaña y encontrarse a su amigo triunfante, ligando con alguna esquiadora rubia, mientras miraba el reloj como si llevara esperándolo todo el día. La bajada comenzó a complicarse. Había muchos baches, lo que le llevó a pensar que el terreno iba a cambiar. ¿Rocas? ¿Árboles? ¿Un desfiladero? Sacó un pie para reducir la velocidad, y se quedó sorprendido porque el paisaje que se encontró se componía de los tres obstáculos. Frenó entre los árboles y pudo divisar una gran roca seguida de un desfiladero.*

*Estuvo a punto de soltar un grito de euforia ante aquel escenario, pero de repente se quedó sin respiración. La visión que tenía ante sus ojos le hizo frenar en seco. Delante de él había un cuerpo. Un cuerpo vestido con un traje de esquiar rojo. Un cuerpo quieto y encogido alrededor de un pino. Harry tragó saliva y comenzó a temblar, mientras su corazón latía cada vez más fuerte. Estuvo a punto de desmayarse.*

*— ¡Jamie! —trató de gritar a pesar de que le faltaban las fuerzas. Sus labios temblaban y un escalofrío heló su corazón.*

*Sus extremidades estaban agarrotadas, pero finalmente consiguió encaminar sus pasos hacia aquel árbol, deseando que Jamie se moviera o emitiera algún sonido. Deseando que todo fuera una broma y que su amigo se diera la vuelta riéndose a carcajadas. Cuando se encontró frente al cuerpo sin vida y se arrodilló para buscarle el pulso. Pero ya no tenía. Jamie se había ido. El chico de la sonrisa radiante que acababa de descender la colina a una velocidad suicida, estaba muerto.*

*Era su mejor amigo.*

*Unas amargas lágrimas rodaron por el rostro helado de Harry. Se quitó las gafas empañadas y las tiró tan lejos como pudo, soltando un grito desgarrador que hizo caer la nieve del árbol que estaba sobre él. No había nadie alrededor. Harry tomó el cuerpo sin vida de su amigo y, despacio, descendió por un camino resbaladizo. Su cabeza iba a toda velocidad. Las horas que quedaban del día iban a ser largas. ¿Qué les iba a decir a sus amigos? ¿Ya los padres de Jamie? ¿Y a la hermana pequeña de Jamie? ¡Oh cielos, Emma!*

*Su corazón se congelaba con cada paso que avanzaba por la fría montaña. El había sido quien había retado a Jamie a descender la montaña. Jamie estaba muerto y era todo culpa suya.*

Harry se despertó sobresaltado.

Se sentó y con los puños se golpeó el pecho, tratando de frenar los latidos acelerados de su corazón. Su cuerpo estaba bañado en sudor. Las sábanas estaban enrolladas en sus piernas temblorosas. Consiguió deshacerse de aquel tejido de algodón rosa y lo lanzó al suelo. Apoyó los pies en el suelo y los codos sobre sus rodillas. Echó un vistazo al reloj. Eran las tres de la mañana. Había conseguido dormir bien tres horas antes de la pesadilla.

Poco a poco se fue tranquilizando y recuperando el aliento. Todo estaba tranquilo. No estaba solo. Estaba en Melbourne. Emma estaba al otro lado del pasillo.

No importaba lo a gusto que pudiera llegar a estar, aquella pesadilla era recurrente. Sobretodo durante aquella semana del año, en la que Harry no soportaba la soledad, a pesar de que fuese lo único que realmente se merecía.

# Capítulo 5

UNA NOCHE VARIOS AÑOS ATRÁS.
EMMA ESCOGE PELÍCULA

*— ¿Entonces, cuando una mujer saca a bailar a un hombre, lo que realmente quiere hacer es bailar el tango pero en horizontal? Bueno, esta información me podría haber ahorrado mucho tiempo —dijo Harry antes de que Emma le lanzara, merecidamente, un cojín a la cabeza. Estaban viendo Dirty Dancing.*

EL MIÉRCOLES por la mañana Emma dejó que Harry durmiera todas las burbujas de la noche anterior. Fue de puntillas hasta su habitación y dejó una nota sobre su chaqueta, citándolo en la oficina más tarde. Sus pies sobresalían de la cama y apenas estaba cubierto por una sábana rosa. Emma no supo si quitarle aquella sábana para descubrir qué se ponía para dormir, o si hacerle cosquillas. Al instante cayó en la cuenta de que si le hacía cosquillas alcanzaría los dos objetivos al mismo tiempo. Fue entonces cuando decidió salir de la habitación.

Se reunió con las chicas en Sammy, una pequeña y curiosa cafetería, rodeada de restaurantes caros.

Para no romper la costumbre, Emma llegó antes de tiempo, Tahlia a la hora en punto y Keely tarde. Venía con las manos cargadas de revistas de bodas y con la Colección de Keely, un álbum de recortes lleno de ideas y notas que había recopilado desde pequeña sobre cómo ser una esposa perfecta.

—Lo siento, lo siento —dijo Keely—. Lachlan no dejaba de entretenerme.

— ¡Oh, Keely, venga! —exclamó Tahlia—. Recuerda que hemos hablado de esto otras veces. Ya tenemos demasiada información.

Keely se encogió de hombros, dejó las revistas sobre la mesa y sujetó a Emma por los hombros.

—No te puedes ni imaginar lo que me costó morderme la lengua anoche. ¿Cómo va tu plan? ¿Estáis Harry y tú comprometidos?

—Lo estamos —declaró Emma tras inspirar profundamente.

Keely extendió los brazos emocionada por la noticia justo cuando Andy, el camarero habitual, llegaba con el desayuno. El pobre Andy de repente se vio cubierto por el yogur, los capuchinos y los zumos recién hechos.

— ¡Oh, Andy, lo siento! —dijo Keely—. Siempre he sido muy patosa, pero con el embarazo mi torpeza no tiene límites.

Las tres chicas trataron de limpiar al camarero con servilletas. Pero en lugar de ayudar parecían estar complicándolo todo más

—Déjelo, señorita Rhodes —dijo Andy, alejándose de aquellas seis

manos—. Ahora les traigo otro desayuno.

—Lo siento. Muchas gracias, Andy.

Cuando se marchó el camarero, las tres amigas se echaron a reír.

—Callaos —chilló Keely—. Si me río más voy a terminar haciéndome pis encima. He perdido el control sobre mi cuerpo. Este bebé me está haciendo perder facultades.

—Hemos debido de parecer tres mujeres desesperadas por tocar al muchacho —dijo Emma mientras se secaba las lágrimas de la risa.

—Es verdad —añadió Tahlia—. Creo que en algún momento le he secado el trasero, y eso que sólo se había tirado el desayuno por delante. ¡Qué triste es lo mío!

—Y ¿qué me decís del «señorita Rhodes»? ¡Como si tuviera diez años más que él!

— ¡Es que casi los tienes! —contestó Emma—. Andy no tiene más de dieciocho o diecinueve años.

—Aunque, la verdad sea dicha, es todo un monumento —confesó Tahlia.

—Sí, pero, cubierto por nuestro desayuno multicolor, parece un monumento de arte contemporáneo —bromeó Emma. Volvieron a echarse a reír, tratando de olvidar sus estómagos hambrientos.

—Bueno, ¿de qué estábamos hablando? —preguntó Tahlia.

—Estábamos hablando e Emma y de su astuta estrategia para comprometerse con el amor de su vida —dijo Keely.

—Keely, sabes que no es así. Sólo le estoy haciendo un favor. No hay nadie en Melbourne que lo conozca mucho, así que no tiene por qué resultar difícil —dijo Emma. Había dejado de reírse y estaba ruborizada.

—Desde luego para él no va a resultar muy difícil. Me pregunto por qué piensa él que haces todo esto. Aunque no le hayas confesado tu amor eterno, el muchacho va a empezar a sospechar —afirmó Keely.

Emma se frotó la frente intentando borrar aquellas preguntas. No les podía contar que Harry había accedido a incorporarse a Diseños WWW. Al menos, no todavía. Eran lo suficientemente listas como para sospechar. Esa noticia tenía que esperar. Lo último que deseaba era que sus estupendas amigas se preocuparan por su empleo. Ella se ocuparía de todo. Emma, la que todo lo suaviza. Emma, la que todo lo arregla. La buena y dulce Emma.

—Tengo un poco de miedo de que todo este chanchullo pueda afectar al concurso Flirt —expuso Emma, tratando de desviar la conversación.

—No te preocupes por la revista —insistió Keely—. Los otros candidatos están muy bien. Aunque hay que reconocer que tu chico hubiera tenido muchas posibilidades.

—No es mi chico —afirmó Emma.

—Por el momento lo es, querida amiga. Está en tu mano el decidir qué hacer con él —dijo Tahlia, tomando su bolso y sacando un trozo de papel. — Anoche, después de que habláramos de tu plan, consulté a las estrellas. Todos los consejos han de ser bienvenidos, ¿verdad? Pues ahí va: Leo. Sabes que no puedes ignorar lo que otros apenas ven. Te encantaría poder cerrar los ojos, la vida sería mucho más sencilla. Pero tu única opción, ahora mismo, es poner las cosas en orden. Parece que tiene sentido. Sigue tu instinto y ayuda a Harry.

Aquellas palabras retumbaron en la cabeza de Emma, pero ella las interpretaba desde un ángulo completamente distinto al de sus amigas. Ayuda a Tahlia. Ayuda a Keely. Ayuda a Diseños WWW. Según Madame Zuta, estaba haciendo lo correcto.

Andy llegó con el nuevo desayuno. Dio un rodeo para evitar a la señorita Rhodes. Las sonrió y se marchó.

—Pongamos las cosas en orden. Lo primero de todo es presentar a Raquel y a Harry. Él llamó ayer a su contacto en Flirt para darle la noticia y prefiero que Raquel se entere por mí, mejor que por el cliente —aclaró Emma.

—Más te vale afilarte las uñas, cariño. Esa mujer es una bestia. Ayer, cuando te marchaste, arrasó toda la oficina con sus gritos anunciando el fin del mundo —comentó Keely.

—Uf —suspiró Tahlia—. Es uno de sus habituales trucos para asustarnos y tenernos a raya. WWW va estupendamente. Esta semana he conseguido dos nuevos peces gordos como clientes.

Emma tuvo que contenerse para no contarles la extraña conversación que había mantenido el día anterior con Raquel. No dijo nada sobre la carta que aún estaba en su carpeta. En aquel momento entró Chrystal, la recepcionista más cotilla y golfa, que llevaba aún puesta la ropa del día anterior.

— ¿Todavía no has ido a casa, Chrystal? —insinuó Keely.

— ¿Estás de broma? —contestó la recepcionista antes de sentarse en una mesa junto a ellas—. Creo que no he dormido ningún martes por la noche desde hace tres años. Es la noche de chicas.

— ¿Has tenido suerte? —preguntó Tahlia.

—Un poco. Bueno, ninguna, la verdad. Pero no importa. Esta noche voy a soñar con el hombre fuerte y grande que me depara el destino —dijo tras un profundo suspiro. Chrystal se levantó de la mesa y se tambaleó sobre sus inmensos tacones.

—Esa mujer tiene un problema muy grande —dijo Keely.

—No sé —admitió Tahlia—. Creo que busca lo que todas buscamos, pero de diferente manera.

Era obvio que a Keely no le convencía ese razonamiento. Emma

percibió un leve matiz de desolación en la voz de Tahlia. Ella misma también conocía la insatisfacción que se sentía cuando todo en la vida indicaba que ya era el momento de que una chica tuviera lo que estaba reservado para ella, pero aquello no llegaba. Emma abrazó a su amiga.

—Tahlia, Tahlia, siempre tan sensible.

—Y yo, ¿qué soy?, ¿la insensible? —preguntó Keely, asomándose por encima de una de sus revistas.

—Tú eres la que ya está comprometida, así que no cuentas —replicó Emma.

Keely parecía dispuesta á contraatacar, pero cayó en la cuenta de que Emma tenía razón.

—Soy la que está comprometida. Realmente comprometida. A veces no me puedo creer que haya tenido tanta suerte —declaró Keely. Emma y Tahlia se revolvieron en sus asientos—. Chicas, creo que he encontrado el traje.

La mente de Emma estaba dividida, por un lado estaba feliz de verla contenta, pero por otro lado sentía envidia por el enamoramiento recíproco de Lachlan y su amiga.

— ¿Qué traje? —preguntó, despistada.

—El traje. Mi traje de boda —repuso Keely.

—Ya sabemos que te refieres al traje de boda, pero queremos que nos enseñes cuál es —dijo Tahlia, no sin antes haber pellizcado a Emma en el brazo para que reaccionara.

Emma se recostó en la silla y se resignó al placer de tener una nueva conversación sobre tules y satén, aun sabiendo que luego le remordería la conciencia. Le encantaba discutir sobre cuánto dinero se podía una gastar en unos zapatos que sólo se utilizaban una vez en la vida. Siempre tenía resaca el día de después porque dudaba de si alguna vez ella tendría suerte en el amor.

Una hora después, Emma y Harry esperaban a Raquel en el despacho de Penélope, su secretaria.

— ¡Emma! Qué alegría verte. Raquel no tardará en llegar —había dicho Penélope al verlos llegar.

—Eso seguramente querrá decir que tendremos que esperar un buen rato —explicó Emma a Harry—. Es conocida por hacer esperar a la gente para demostrar lo importante que es.

Emma guiñó un ojo a Penélope, quien le devolvió una sonrisa y asintió. Emma se sentó y cayó en la cuenta de que incluso Penélope, con lo tímida que era y a pesar de su defecto en el habla, había logrado tener un novio muy atractivo. Emma no se explicaba cómo la secretaria podía seguir trabajando para Raquel sin que le saliera un sarpullido o sin aficionarse a la bebida.

En cuanto Penélope abandonó el despacho un momento, Emma

aprovechó para introducir la carta en la pila de papeles que tenía sobre la mesa. Si Raquel se hubiera enterado de que esa carta había salido de aquel despacho, habría destrozado a la pobre secretaria. Dejar la carta en su sitio, significaba para Emma, tener un platillo volante menos del que preocuparse.

Harry parecía un gato encerrado en un garaje. Estaba enredando con las hojas de una palmera que había en un gran tiesto, después observó el río Yarra a través de la ventana mientras jugaba con unos papeles de notas.

—Me estás poniendo nerviosa. ¿No te puedes estar quieto? —le dijo.

—La verdad es que no. Estarme quieto es lo que me pone nervioso, así que supongo que a uno de los dos le toca ponerse de los nervios. ¿Puedes ser tú?

Se miraron y saltaron chispas.

La voz rota de Raquel sonó por el interfono de la mesa de Penélope.

—Penny, dile a la señorita Radfield que tiene dos minutos.

A pesar de que Penélope no había regresado, Emma se dirigió al despacho de Raquel, no sin antes instruir a Harry.

—Quédate ahí —ordenó, señalándolo con su índice. Harry rugió como un cachorro y Emma entró en el despacho con una sonrisa.

— ¿Qué quiere, señorita Radfield? Estoy muy ocupada.

Emma dejó de sonreír. Sabía que en cuanto informara a su jefa de la noticia, ésta la iba a tratar con el respeto que se merecía.

—Tengo buenas noticias, Raquel.

—Si me vas a contar que has decidido darle un nuevo nombre al color rojo, del cual abusas tanto en tus dibujitos, no me interesa.

Emma pensó seriamente en marcharse de aquel despacho. Pero entonces pensó en la boda de Keely y en su bebé. Pensó también en la promoción que tanto se merecía Tahlia. Tenía que quedarse.

—No se trata de un nuevo nombre para el rojo, sino de que he conseguido convencer a Harry Buchanan para que Harold's House se incorpore a Diseños WWW.

El rostro de Raquel palideció. Se quedó sin habla. Emma empezó a emocionarse al darse cuenta de que su plan de rescate podía llegar a ser más importante de lo que ella se había imaginado. Quizá su estrategia salvara a la empresa.

— ¿Quieres decir que se instalen aquí?

—Creo que eso nos beneficiaría.

—Pero no tenemos espacio para un cliente tan grande —objetó Raquel. Para ser una mujer en apuros, no estaba siendo fácil hacerle un favor.

—Yo había pensado en la planta de arriba.

— ¿En ese vertedero? —preguntó, horrorizada. Emma contó hasta diez.

—Si no recuerdo mal, está lleno de muebles viejos y de trastos. Con una buena limpieza y una mano de pintura lo transformaremos en un espacio fantástico donde puedan tener privacidad. Además, nuestro equipo de ventas y los creativos tendrían cerca al cliente.

Raquel asentía al escucharla. Estaba comenzando a captar el concepto, así que Emma prosiguió.

—Ahora mismo estoy al día con mis distintos proyectos. Estaría encantada de supervisar las tareas de limpieza.

—Magnífico. Bien —dijo Raquel, asintiendo efusivamente. Le tendió la mano, que se parecía más a una garra—. Tú te encargarás de todo. Y Harold's House se asocia con mi empresa. Sabía que todavía se podía hacer algo.

Emma no pudo contar otra vez hasta diez. Tuvo que pellizcarse a sí misma para no chillar, reír como una maníaca o salir corriendo.

—Harry Buchanan está ahí fuera. Por si quieres conocerlo.

— ¿Está ahí? —preguntó mientras sacaba un espejo del cajón superior y se acicalaba agitada—. Dile que pase —ordenó. Emma obedeció.

—Pasa, Harold. Bienvenido —dijo Emma. La sonrisa de Harry hizo que los latidos del corazón de Emma se aceleraran. Entraron en el despacho.

—Raquel, supongo —dijo Harry con un tono de voz cálido. Se acercó para darle la mano.

—Harry. Creo que esta operación de negocios te resulta interesante —comentó Raquel.

—Podríamos colaborar más en un futuro —repuso Harry, sentándose al lado de Emma.

—Estaré encantada, sobretodo teniendo en cuenta que eres uno de los nominados para el concurso de «El hombre más atractivo de Australia». Ya sé que es bastante tarde, pero creo que aún podría mover mis hilos para promocionar tu candidatura en los medios de comunicación. ¡Eres un bombón, querido!

—Bueno, la verdad, Raquel, es que Harry ya no va a poder participar en el concurso de Flirt.

— ¿Por qué no? —preguntó, poniendo una cara que hacía honor a su mote, Rottweiler. Las palabras de su jefa estaban cargadas de veneno y Emma sintió un escalofrío. Pero entonces Harry posó la mano sobre su rodilla y ella se sintió instantáneamente a salvo.

—Porque ya no cumplo los requisitos para estar nominado. Me he comprometido en matrimonio recientemente.

Raquel pestañeó mientras miraba fijamente a Harry y se percataba de la posición de su mano. Después dirigió su mirada a Emma.

— ¿Está comprometido? —preguntó, sorprendida—. ¿Contigo?

Emma no había pensado realmente en cómo iba a llevar a la práctica el plan y se quedó paralizada hasta que Harry la pellizcó suavemente. La necesitaba en aquel momento.

—Sí —repuso, tratando de deshacer el nudo de su garganta—. Estamos comprometidos.

—Y ¿qué pasa? ¿No se podía permitir comprarte un anillo? —preguntó con desprecio.

—El anillo de compromiso es el de mi abuela —explicó Harry antes de que Emma pudiera inventar una excusa para cubrir aquel fallo—. Ella tenía los dedos muy gruesos, y los de Emma son delicados, así que el anillo está siendo adaptado.

Emma sonrió mientras asentía.

—Entonces no hay nominación. Es una pena. En cualquier caso, no podemos dejar que esta gran noticia pase desapercibida. Dejadme que os prepare una fiesta por todo lo alto para anunciar el compromiso. Alquilaremos una sala en el Ivy.

Si Raquel organizaba la fiesta, iba a convocar a la prensa y multitud de gente que ni conocían. La mano de Harry se agarró con fuerza a la rodilla de Emma, quien no tardó en reaccionar.

—Lo siento, Raquel, pero Tahlia y Keely ya se han encargado de preparar una fiesta. Gracias por tu ofrecimiento. Ya te informaremos de la fecha —dijo Emma, improvisando.

La mente de Emma se disparó. Tenía que avisar a las chicas lo antes posible. Se levantó tirando de Harry para que la siguiera.

—Bueno, Raquel, Harry tiene otra cita. Si no te importa, ponte en contacto con el gerente de Harry para fijar los términos del contrato —dijo Emma, pensando que eso la tendría entretenida el rato suficiente para que ella pudiera avisar a las chicas. Lanzó la tarjeta del gerente de Harry sobre la mesa y se marchó antes de que Raquel pudiera decirle nada.

— ¿Qué es eso de la fiesta? ¡Yo nunca he dicho que quisiera hacer una fiesta! —preguntó Harry en cuanto salieron del despacho.

— ¡Mala suerte! —dijo Emma mientras caminaba a toda velocidad y escribía un mensaje de texto abreviado a Keely.

*Nos vemos n 5 min n oficina Tahlia*

—He tratado de minimizar los daños, utilizando a las chicas para evitar a la prensa, ¿vale?

—Vale, pero no hace falta que seas tan desagradable.

Emma calmó el paso e inspiró profundamente.

—Lo siento. Estoy muy nerviosa ahora mismo. ¿Por qué no te tomas la mañana para ti? Necesitarás ver a tu equipo de trabajo. Chrystal te puede indicar algún despacho con teléfono, o puedes hacerlo desde casa si prefieres. Podemos quedar para comer y así te

enseño mi Melbourne —propuso Emma. Necesitaba estar un rato a solas con las chicas para organizado todo.

—He nacido aquí.

Emma envió el mensaje de texto y miró a Harry con frustración. Tenía que mantener todos sus platillos voladores girando, mientras caminaba por la cuerda floja, es decir, su relación con Harry.

—Era una broma, Harry. Ahora vete. Nos vemos aquí a las dos.

La melodía de Copacabana rompió el silencio. Era Keely, pero Emma no podía atenderla en aquel momento.

—Tienes una adicción insana por Barry Manilow —dijo Harry.

—Esa canción me llega al corazón y además se puede bailar, ¿qué más se puede pedir a una canción?

—Por lo que recuerdo, recomienda no enamorarse.

—Así es —respondió ella.

—A las dos —le recordó Harry.

—A las dos— aceptó Emma. Le hizo girar y lo empujó hacia la puerta.

En cuanto él se marchó, Emma se apoyó sobre la pared. Le quedaban pocas reservas de energía pero tenía mucho que hacer antes de las dos. Tenía que informar a sus amigas de las buenas noticias sobre Harold's House, tenía que hacerse con un equipo para habilitar la última planta, tenía que organizar la fiesta del falso compromiso, tenía que hacer las fotocopias de Blondie y además tenía que hacer todo aquello embelesada con la esencia de Harry.

Era demasiado para una chiquilla como ella. Pero era la chiquilla que siempre se había encargado de hacer que todo el mundo a su alrededor estuviese feliz. Entró en su despacho y se sentó en su mesa de trabajo. Encendió el ordenador y allí estaba: Harold's House.

Contempló la pantalla mientras se mordía las uñas. La página reproducía perfectamente los tonos marrones, rojos y grises característicos del paisaje australiano. En el medio de la pantalla había una bonita casa.

Todo lo que había que hacer era señalar a la veleta, al llamador de la puerta o a la ventana, para ser transportado a mil y un mundos diferentes.

Aquella casa era una réplica perfecta de la casa en la que Emma había crecido. Era la casa donde Harry había descubierto sus primeros bocetos y le había regalado sus primeros pinceles. Allí había llorado por primera vez en el hombro de Harry después de que un niño de su colegio la hubiera insultado por llevar aparato. Allí habían celebrado docenas de cumpleaños, de navidades, y allí había recibido la noticia de la muerte de su hermano hacía diez años.

Lo que Emma no lograba comprender era cómo a Harry le costaba tan poco marcharse una y otra vez de aquella casa, de la ciudad, de la

familia, de los recuerdos, de su historia compartida. Harry, quien mostraba aquella casa al mundo entero con orgullo. Pero Emma estaba más decidida que nunca a averiguar la respuesta.

La presentación colorida y caleidoscópica de los nominados para el concurso de Flirt, realizada por Emma, fue todo un éxito.

—Magnífico —dijo Marcie, la elegante directora ejecutiva de la revista, a Emma después de la presentación. Se la llevó a parte del resto mientras tomaban un café.

—Gracias, Marcie. Tu opinión significa mucho para mí.

—Parece que eres una mujer con muchas cualidades. Me han dicho que has sacado a nuestro favorito del concurso —dijo Marcie.

— ¿Harry era el favorito? —preguntó ante la atenta mirada de Marcie. Emma se empezó a sentir culpable.

—Tú deberías de ser la menos sorprendida, querida.

—Eso es verdad.

—Habéis anunciado vuestro compromiso hace sólo un par de días, ¿no es así? —preguntó Marcie, interesada.

—Mmmm... —Emma se mordió el labio.

—Pero se conocen de toda la vida —dijo Keely, metiéndose en la conversación—. Es tan bonito. ¡Están tan enamorados que casi me siento celosa!

— ¿Es así, Emma? —pregunto Marcie sin apartar su mirada penetrante de Emma, quien temió que le pudiera adivinar el pensamiento—. Cuéntame.

—No quiero que salga en la revista. Además, Harry no es ya candidato, así que no os hace falta información —explicó Emma. Lo último que querían era más publicidad del compromiso.

—No es para la revista, es para mí. Cuéntale algo emocionante a una mujer que lleva muchos años casada. Cuéntame vuestra historia de amor.

Emma tragó saliva y miró a Keely, quien le estaba lanzando una mirada de ánimo. Humedeció sus labios y trató de inventar una historia, pero sólo pudo contar la verdad.

—Nos conocimos cuando yo tenía once años y él quince.

—Supongo que sería el capitán del equipo de fútbol —dijo Marcie.

—No, el capitán era Jamie —corrigió Emma.

— ¿Jamie?

—Mi hermano mayor —contestó Emma sin apartar la mirada de Marcie. Sabía que Keely estaba interesada en conocer aquella historia. Las chicas sabían que su hermano había muerto muy joven, pero Emma nunca había dado muestras de querer hablar de ello. Nunca había tenido la fuerza suficiente como para hablar de él con personas que no lo habían conocido. Sintió los ojos pendientes de Keely y se

decidió a contar parte de la historia.

—Harry no era el capitán. Era el gracioso del equipo, el que siempre inventaba nuevas jugadas. También era el único amigo de Jamie que me dedicaba tiempo —reconoció Emma. Y no sólo tiempo, también le había ofrecido su amistad, su consejo, un hombro en el que llorar, una mano siempre dispuesta a ayudar, confianza y la fuerza necesaria para apoyar a su familia cuando Jamie había...

—Entonces, ¿fue amor a primera vista?

—Sin lugar a dudas —respondió Emma. Al menos para ella había sido así.

—Entiendo por qué. Es un chico muy guapo —dijo Marcie con una sonrisa cómplice.

Keely suspiró para llamar la atención de Emma y dirigió su mirada hacia la puerta. Emma siguió su mirada y vio a Harry frente a la puerta hablando con Chrystal, quien estaba jugueteando con sus tirabuzones y riéndose escandalosamente.

Harry se volvió como si hubiera notado que había una sala llena de mujeres mirándolo. Cuando comprobó que efectivamente había una sala llena de mujeres con los ojos puestos en él, sonrió de forma irresistible y Emma pudo sentir cómo todas ellas caían rendidas a sus pies.

Harry miró a Emma y su rostro se iluminó con una sonrisa aún más radiante. Señaló su reloj para hacer referencia a la cita que tenían e hizo un saludo general antes de volverse a terminar la conversación con Chrystal, quien estaba pavoneándose para tratar de recuperar su atención.

Marcie señaló a Emma, cuyo corazón estaba a punto de estallar. Harry casi la había sorprendido contando que estaba enamorada. Aunque, si él lo hubiera escuchado, hubiera pensado que era parte de su artimaña.

—Nunca te perdonaré que hayas privado a nuestros lectores de este ejemplar. No te retiraré el saludo, pero no te lo perdono —declaró Marcie.

—Espero que la presentación repare, en cierto modo, el daño por la pérdida de Harry —contestó Emma, recuperando el aliento.

—La presentación es perfecta. Mucho mejor de lo que me había imaginado. Y la animación de la muñequita que no para de desvanecerse es maravillosa. Hace de hilo conductor durante toda la presentación y tiene el carácter desenfadado que queríamos darle al concurso.

—Me alegra mucho que me digas eso. He disfrutado mucho con este trabajo. Ahora, Marcie, si me disculpas, me tengo que marchar —dijo Emma, ruborizada. No quería seguir mintiéndola —. Por favor, llámame o envíame un correo electrónico si te surge alguna duda en el

último momento. No hay ningún problema para introducir cualquier cambio de última hora.

— ¿Te importa si te acompaño al ascensor? —dijo Marcie, casualmente—. Ahora que no hay nadie escuchándonos, te quería preguntar si lo que hay entre tú y ese niño prodigio es verdad.

—Me temo que sí —reconoció Emma, resplandeciente—. No vais a poder tenerlo.

—No es a él a quien quiero —dijo Marcie.

— ¿Perdona? —preguntó Emma, saliendo del ascensor. Dirigió su mirada al exterior y allí encontró a Harry, apoyado en su moto.

—Señorita Radfield —dijo Marcie, tratando de recuperar su atención— Tengo la intención de cazar tu talento y sacarte de esta empresa.

— ¿A mí? ¿Para qué?

—Tu trabajo ha despertado mucho interés en nuestra central —aseguró Marcie.

— ¿En Nueva York? —preguntó Emma, incrédula.

—Mmm. En Nueva York. Tus trabajos anteriores han sido la razón por la que hicimos este encargo a WWW, querida. Eres una maestra con los pinceles y tu animación es fluida, sencilla y muy atractiva. Apreciamos la simpatía y la juventud que desprenden tus personajes y creemos que podrían renovar la imagen de nuestra empresa e introducirnos en el siglo veintiuno.

A Emma le dio un vuelco al corazón. Marcie no sólo dirigía Flirt, sino una cadena de revistas, periódicos y televisión por cable de amplia difusión. La proyección que podría alcanzar su trabajo era incalculable.

—Quieres decir que me tendría que ir a...

—A Nueva York. Ahora voy a subir a hablar con tu jefa —dijo, poniendo cara de pocos amigos—. Pero mantendremos esta conversación en secreto, ¿vale? —Emma asintió—. Piénsatelo y hablaremos el sábado por la noche en la fiesta. Espero que para entonces ya podamos entrar en los detalles.

—No te preocupes— fue todo lo que Emma alcanzó a decir. Tenía demasiadas preocupaciones.

Marcie apartó la mano de la puerta del ascensor y ésta se cerró.

Emma salió del edificio. Un sol tímido de primavera brillaba y Emma tenía un platillo volador más para vigilar.

# Capítulo 6

NOCHE DE CHICAS CON TITANIC.

*—Ella le suplicó que no se marchara y, aun así, se fue y nunca más lo volvió a ver. ¡Qué típico en un hombre! —clamó Emma al cielo. Keely tomó sus brazos para hacerla aterrizar. Em, no creo que puedas comparar que Harry se vaya a Uluru, con Leo DiCaprio ahogándose en el Atlántico —dijo Keely.*

EMMA estaba en la moto, acurrucada contra la espalda de Harry, dispuesta a enseñarle su Melbourne. Es decir, iban de tiendas a la calle Chapel.

—O sea, que no estabas bromeando cuando me dijiste que me ibas a obligar a comprar ropa nueva, ¿verdad? —dijo Harry mientras aparcaba la moto.

—No. Si vas a ser mi novio te tienes que vestir como tal. Sobretodo mañana que tenemos la fiesta.

— ¿Tan pronto?

—Tan pronto. A no ser que quieras darle tiempo a Raquel para que alquile una sala en el Ivy, avise a toda la prensa y afile sus garras... —dijo Emma, antes de que Harry tapara su boca.

—Vale, listilla. Ya lo he entendido —dijo él. Emma sacó la lengua y mojó la palma de la mano de Harry—. ¡Eh!

—Buchanan, estás perdiendo facultades.

—Ten cuidado, Em. Sabes que siempre las devuelvo.

Emma se mordió el labio. ¿Por qué estaba retándole? Él era el rey de las diabluras. El maestro de los incordios. Un travieso mundialmente conocido. Lo mejor era ignorarlo.

—También está la fiesta del sábado de Flirt —continuó ella.

— ¿En serio estás pensando en ir? —preguntó Harry.

—Por supuesto. Estoy muy orgullosa de mi trabajo en este proyecto y estoy deseando ver cómo sale todo. Me gustaría que, aunque ya no seas candidato, vinieras conmigo.

Emma no quiso decirle nada de que había prometido a Marcie que estaría allí. Todavía no se había hecho a la idea y no podía ponerlo en palabras.

—Pero el sábado es el aniversario, Em —contestó Harry. Obviamente a Emma no se le había olvidado.

—Ya sé qué día es el sábado, Harry. Había pensado que por la tarde podríamos hacer algo especial para Jamie. Los dos. Esa noche es importante para mí y no veo ninguna razón por la que no pueda hacer las dos cosas.

Harry miró hacia otro lado. Emma sabía que si insistía, él terminaría acompañándola, pero lo último que deseaba era presionar

a su novio para que la acompañara, siendo consciente de que le generaba tanto conflicto. Aquel día siempre era complicado.

Ya habían pasado diez años. Aquel sábado harían diez años del accidente de Jamie, y hasta sus padres se habían permitido disfrutar de unas vacaciones. Emma se iba a permitir ir al concurso y no quería estar amargada. Jamie se hubiera emocionado de ver su trabajo en pantalla grande. Si le hubiera sido posible, se habría puesto un esmoquin y una pajarita roja. Sin embargo, Harry era incapaz de permitirse disfrutar de aquel día.

—Relájate, hombre. Ya he ido sola a este tipo de eventos y puedo volver a hacerlo. Pero a la fiesta de mañana sí que tienes que venir. Y ahora vamos a buscar el traje digno de un hombre enamorado —dijo Emma.

—Pero yo tenía otros planes para hoy —contestó Harry mucho más relajado.

— ¿Cuáles? —preguntó Emma, cruzándose de brazos.

—Quizás que fuésemos al zoo, o a ver el entrenamiento de Collingwood Club. Me haría falta una visita al dentista también.

—Harold Buchanan, no hay quien te entienda. ¿No conoces el proverbio que dice: vístete para el trabajo que deseas y no para el trabajo que tienes?

—Y eso es lo que hago.

Emma sabía que no estaba sólo bromeando. Le estaba explicando el motivo de sus largos viajes a Alice Springs, en el Cabo York y en la lejana Tasmania, así como su aversión a la publicidad. ¿No le emocionaba a Harry tener tanto éxito? ¿Tenía su huida que ver con la pena profunda que cargaba sobre sus espaldas?

—Vale, si el mundo fuese perfecto, ¿qué te gustaría ser cuando seas mayor? —preguntó Emma.

— ¿Crees que todavía no soy mayor? —preguntó, sacando pecho.

—Mmm, no estoy segura —repuso mientras lo conducía a su tienda favorita de ropa masculina.

— ¿Por qué?

—Sobretodo porque no me parece que estés muy asentado. No tienes un hogar al que acudes todas las noches, no estás absorbido por tu trabajo ni hay una mujer en tu vida. No eres como ninguno de los adultos que conozco.

—Te tengo que decir, que hay una mujer en mi vida de la que estoy muy orgulloso —contestó Harry, abrazándola por la cintura y haciéndole cosquillas.

—Vamos Harry, Ya sabes a lo que me refiero. No tienes a alguien con quien quieras echar raíces en un lugar concreto. Alguien con quien crear un hogar, tener niños...

Harry paró de hacerla cosquillas, pero siguió abrazándola mientras

caminaban. Emma no pudo evitar deslizar el brazo alrededor de la cintura de él y disfrutar del contacto.

—Harry, ¿y después de esta semana, qué va a pasar? —preguntó sin estar segura de querer saber la respuesta.

—Sabes, princesa, no tengo ni idea —contestó, encogiéndose de hombros. Emma se paró y le miró a la cara.

—Ya me lo imaginaba.

Harry apartó un mechón de pelo del rostro de Emma. Un escalofrío recorrió el cuerpo de ella. Una vez más no sabía cómo interpretar sus gestos.

—Claro que te lo imaginabas. Siempre has sido muy lista —contestó Harry, tratándola como si fuera su hermana pequeña.

—Harry, ¿tienes idea de qué edad tengo? —Harry cerró los ojos mientras calculaba—. Tengo veinticuatro años, tonto.

—O sea, que las arrugas son ya definitivas.

—Suelo detectar cuándo un amigo está tocando fondo, y tú me estás asustando —declaró Emma. Él dio un paso atrás—. Harry, ¿de qué estás huyendo?

En aquel preciso instante una fila de motos pasó por la carretera. Harry se volvió para mirarlas. Incluso Emma se volvió al escuchar aquel ruido infernal. Sabía que Harry hubiera dado cualquier cosa con tal de huir en una de esas motos en vez de afrontar su pregunta. La idea de que él se volviera a marchar tan pronto la asustaba. Tiró de su manga, adoptando una vez más el papel de hermana pequeña que tanto odiaba.

— ¿Qué te pasa?

—La tercera que ha pasado sonaba genial. ¿De dónde habrán sacado esa máquina?

Emma se dio cuenta de que ya no iba a haber forma de recuperar el hilo de la conversación.

— ¿La tercera? —preguntó, mirando al montón de motos que se alejaban por la carretera— ¿Cómo demonios puedes distinguir el sonido de cada una? —preguntó Emma.

—Si pasas el suficiente tiempo subida en una moto, lo sabrás.

Harry sacó uno de los trozos de papel de su bolsillo y empezó a garabatear algo. Siempre había sido así, mantenía un orden que sólo él podía comprender. Cuando era niño siempre llevaba encima papel y lápiz. En cuanto comenzaban las vacaciones ya estaba preparado para diseñar los habituales asaltos a la cercana granja de gallinas. Siempre robaban un par de docenas de huevos para luego tirárselos a otros niños.

Emma lo tomó del brazo y lo introdujo en una tienda, haciendo caso omiso a sus quejas.

—Venga, querido, es tu turno —dijo Emma, escogiendo un traje

que cualquier chico de Melbourne habría estado encantado de llevar para lucirse en algún local de moda.

— ¿De verdad quieres que me pruebe esa camisa rosa arrugada y esos pantalones blancos tan ajustados? —preguntó Harry, horrorizado.

— ¿No te gustan? Has estado fuera de una gran ciudad demasiado tiempo. Estamos en la era metrosexual, amigo. Los hombres cuidan su aspecto físico. Se hacen la manicura, la pedicura y piensan su peinado —afirmó Emma, observando su pelo desordenado y dorado por el sol. Muchos hombres pasarían horas delante del espejo para conseguir ese aspecto tan natural. Pero Emma no iba a reconocerlo delante de él.

—En muchos lugares, si saliera así a la calle, seguramente me lincharían. Los niños se reirían y me señalarían, los hombres se pegarían a la pared y las mujeres... —Harry se quedó sin habla. Iba a continuar con la expresión que él y Jamie siempre utilizaban: «te reto a que...», pero le faltaron las palabras. Finalmente accedió y se metió al probador con el traje.

Emma se quedó pensativa, esperando. Ignoraba lo que le estaba ocurriendo a Harry, pero iba a ofrecerle toda su ayuda.

Se paseó por la tienda tratando de olvidar que Harry se estaba desnudando a unos pocos metros de ella. De repente el recuerdo de una tarde que habían pasado juntos hacía dos años le vino a la cabeza. Había sido la tarde en la que había nacido la idea de Harold's House.

Había sido una noche muy especial en un sitio muy concreto. Habían estado sentados en un banco frente a un bloque de mármol con el nombre de un joven al que ambos habían conocido muy bien. Habían permanecido sentados allí durante horas. Habían hablado de cómo habría sido aquel joven si hubiera podido seguir adelante con su vida. Habían hablado de su hermano, el mejor amigo de Harry. Habían hablado de Jamie.

—Habría sido primer ministro —había dicho Harry—. O quizás especialista en películas de aventuras, o el primer hombre que pisase Marte.

—No. Estoy segura de que ahora estaría casado y tendría siete hijos. Sería el presidente de la Confederación de Asociaciones de Padres y se pasaría el día dando charlas sobre la falta de contenidos infantiles en Internet —había afirmado Emma.

—En cuanto hubiera tenido alguna duda, habría acudido a mí, «el hombre de los planes», para que le hubiera ayudado a resolver los problemas de la confederación o de sus siete hijos.

—Y tú los habrías resuelto, ¿verdad, Harry?

—Por supuesto, siempre estaría ahí para él —había contestado Harry, acurrucándose.

Emma recordaba el momento con total claridad. Se había quedado

sin aire porque en aquella noche tranquila, bajo la luna llena y los recuerdos flotando en el aire, había tenido la sensación de que su Harry había estado a punto de besarla.

Después de unos instantes en los que sólo se había escuchado el rumor del viento sobre las hojas, Harry había sonreído de medio lado y había dicho:

—Habría hecho lo que él me hubiese pedido. Tal y como él hubiera hecho conmigo.

—Mmm, ya sabes que él lo habría dado todo por ti. Te admiraba mucho.

Harry había sonreído y la magia del momento se había esfumado. La mirada de él se había perdido en la oscuridad de la noche. Emma sabía que parte de esa oscuridad, se había alojado en el alma de Harry para siempre.

Finalmente, una idea había asaltado la mente de Harry, quien había tomado su lápiz y un trozo de papel y había empezado a escribir sin parar.

— ¿Me vas a contar qué es lo que estás tramando? —había preguntado Emma— ¿Corren peligro los niños de la zona?

—Al contrario. Creo que ha llegado el momento de compensarlos, después de tantos años que hemos estado incordiándolos.

A Emma le agradaba recordar que Harold's House, esa creación tan altruista que estaba aportando su inocencia y su magia al mundo, se había gestado en aquel momento tan especial.

— ¿Emma? —la voz de Harry interrumpió los pensamientos de Emma, quien al volverse lo vio asomándose por el probador.

Emma había querido gastarle una broma al darle aquel traje, pero a pesar de la camisa rosa y de los pantalones ajustados, Harry seguía teniendo un aire endiabladamente masculino. Los colores pastel ensalzaban su tez morena y sus fuertes piernas se ajustaban a la tela. Si hubieran puesto un cartel con su imagen en el escaparate, ese conjunto se habría agotado aquel mismo día.

Harry estaba de pie con los brazos en jarras, descalzo y sin haberse hecho la pedicura. Emma sabía que si le pedía que se comprara el conjunto lo haría, y se lo pondría sólo por darle gusto.

¿Por qué? ¿Por qué siempre estaba dispuesto a hacer lo que ella le pedía durante una semana todos los años? Harry podía ser dulce e insoportable a la vez. Inalcanzable y a la vez el mejor amigo con el que podía contar.

— ¿Qué te parece? —preguntó Emma, prolongando la agonía de su amigo.

—No estoy seguro, ¿crees que es un traje apropiado para la fiesta?

—No, ¿por qué? —preguntó Emma, conteniendo una carcajada.

—Supongo que tengo la misma pinta que tu camarero Tony, ¿no?

—Quítate esa ropa ahora mismo —dijo Emma, empujándolo al probador.

—Em, deberías de pensar las cosas antes de decirlas, o tus palabras pueden resultar muy sugerentes para un chico —dijo Harry, asomando la cabeza por la cortina.

—Vale, venga —repuso Emma, quien no sabía a qué venía aquel comentario. Harry seguía manteniendo su mirada sin sonrojarse ni sonreír. Había algo nuevo en sus ojos. Emma apartó la vista y se puso a revolver unas camisetas—. Quédate ahí. Ahora te traigo algo más, ¿vale?

—Aquí te espero —prometió Harry, de tal forma que pareció una invitación.

Después de cuarenta minutos de tiendas, bolsas y ropa nueva que les gustaba a los dos, Emma y Harry se dirigieron al final de la calle, donde estaban las tiendas de electrónica, que volvían loco a Harry.

—Tenemos diez minutos antes de que tenga que volver al trabajo —advirtió Emma.

—Vale, de acuerdo. He sido un buen chico. Me he comprado ropa nueva, zapatos nuevos, incluso un potingue para el pelo. Ahora, ¡déjame jugar un rato!

—Vale —dijo Emma, entrando en la tienda. Llevaba una hora dándole vueltas a una idea.

—La moto está en el otro sentido —dijo Harry, incrédulo.

—Déjame hablar a mí.

Emma se dirigió al único dependiente que estaba libre.

—Hola —dijo Emma, sonriente—. Me gustaría comprar una de esas agendas electrónicas que tenéis en aquella vitrina.

El dependiente abrió la vitrina y sacó el artilugio. Emma regateó hasta que consiguió un precio razonable. Harry la miraba confundido. Ella sacó su tarjeta de crédito nueva, la que estaba reservada para los momentos difíciles, porque estaba en una emergencia. Necesitaba algo que sacara a Harry de su secreto y sombrío estado de ánimo. Algo que dibujara una radiante sonrisa en su cara.

— ¿Para qué demonios necesitas tú este chisme? —preguntó Harry cuando el dependiente se marchó a por el aparato.

—Yo no lo necesito —susurró—. Pero tú sí.

— ¿No me irás a comprar eso? —preguntó, impresionado. Emma le abrió la chaqueta. Estaba tan cerca que podía sentir su respiración—. ¿Em?

— ¿Ves esto? —dijo Emma, alzando el montón de trozos de papel que había sacado del bolsillo interior. Tomó el aparato que el dependiente acababa de traer—. De ahora en adelante, todas éstas notas irán aquí, ¿vale?

Harry tomó la agenda electrónica y la observó.

—Puedes descargarte todos los juegos que quieras —dijo el dependiente, sonriendo.

—Vale, si tiene juegos me la llevo —bromeó Harry. Emma sabía que estaba atónito.

—Si compras otra para tu novia, podréis jugar juntos.

—No hace falta —dijo Emma al muchacho con una sonrisa. Harry volvió a la realidad y metió la mano en el bolsillo en busca de su cartera.

—No seas ridícula, Emma. Deja que pague yo.

—De ningún modo, compañero. Ha sido idea mía.

—Emma —susurró—, no tienes ni idea de la cantidad de dinero que he ganado este año.

—Y tú tampoco tienes ni idea de la cantidad de dinero que he ganado yo, así que olvídate. Deja que te lo compre. Me hace feliz hacerte regalos.

—Vale, pero prepárate. Cuando menos te lo esperes te devolveré esta jugada.

Devolver la jugada. Harry había amenazado con devolvérsela varias veces ya en aquella visita. Emma se estremeció. Había tantas cosas que él podría hacer para compensarla...

Era de noche y Harry estaba sentado enfrente de la televisión descubriendo los misterios de su nuevo juguete. Tenía el ceño fruncido.

— ¿No sería más fácil entenderlo si te leyeras las instrucciones? —le preguntó Emma.

—Bah, yo soy un hombre y un hombre no necesita instrucciones. Nacemos con los manuales grabados en el cerebro.

—Entonces, ¿por qué te estás rompiendo la cabeza?

—Porque no consigo que este chisme estúpido funcione —contestó Harry. Emma asomó la cabeza para alcanzar a ver la pantalla. Harry olía a su loción para después del afeitado.

— ¿Por qué no me haces un pase de modelos con tu ropa nueva y, mientras, yo averiguo cómo funciona este aparato?

Harry se puso en pie aliviado y Emma consiguió descifrar en medio minuto cómo se podían tomar notas con la agenda electrónica. La televisión estaba puesta con la película de Notting Hill, pero Emma podía escuchar a Harry silbando en la habitación. Era tan sencillo estar con él. Siempre lo había sido. Con Harry nunca le costaba ser ella misma. No tenía que comportarse como una buena hija, como una trabajadora responsable ni como la hermana quejica. Simplemente era Emma.

Se fijó en la televisión, pero Julia Roberts y Hugh Grant se evaporaron a medida que los recuerdos volvían a invadir su mente.

Cuando Emma había empezado a experimentar con el maquillaje, se había enamorado del rimel. Tenía las pestañas muy largas y le encantaba el brillo del rimel sobre ellas. Pero Jamie se había reído de ella y había dicho que con el rimel tenía una constante expresión de sorpresa. Un día Jamie empezó a meterse con sus pestañas delante de Harry, quien siempre la había defendido.

—Tienes los ojos más bonitos del mundo, Em. No dejes que nadie te diga lo contrario —había dicho Harry tras inspeccionar su rostro para poder emitir un veredicto. Desde aquel día Emma no había vuelto a maquillarse los ojos.

El amor que Emma sentía por Harry tenía su origen en mil pequeños momentos, mil detalles e intimidades, muchas de las cuales ya había olvidado. Harry, mil veces, la había abrazado y secado las lágrimas. Su ternura era capaz de borrar la pena y el miedo. Sin embargo, ¿qué había hecho ella por él?

Al cabo del rato Harry salió pavoneándose con su camisa nueva de color oliva y unos pantalones de color caramelo. Estaba descalzo y despeinado. Era un hombre que a los ojos de todo el mundo parecía maduro, pero muchos de sus comportamientos eran propios de los niños.

—Bueno, ¿qué te parece? —preguntó Harry con los pies clavados en el suelo.

A Emma le parecía que por primera vez desde que lo conocía, era ella la que estaba en su sitio y con todo resuelto. Harry, a pesar de su fuerza y de sus encantos naturales, estaba tambaleándose y ella tenía que ayudarlo a encontrar su camino, fuese como fuese. Quizás fuera entregándole su corazón o marchándose para siempre. Quizás tuviese que aceptar el trabajo en Nueva York. Tahlia hubiese dicho que los astros se estaban alineando y que todo estaba a punto de decidirse. Emma estaba segura de que en poco tiempo iba a llegar el momento de saber qué era lo mejor para él.

— ¿Soy el hombre más atractivo de Australia o no? —preguntó Harry. Emma se levantó y le colocó el cuello de la camisa.

—Harry, te prometo que eres el hombre más atractivo que ha cruzado la puerta de esta casa.

—Em, llevas viviendo aquí menos de un mes. Espero haber sido el único hombre que ha cruzado tu puerta.

Emma sonrió picaramente. Aquella información era confidencial.

# Capítulo 7

SESIÓN MENSUAL DE TAL COMO ÉRAMOS
EN CASA DE EMMA

*—Lovely no lo es todo, Hubble —chilló Tahlia al televisor—. Deberías de estar con alguien que te haga ver que eres mejor de lo que tú te crees.*

LA EXPERIENCIA estaba resultando más difícil de lo que Harry se había imaginado. Compartir un techo. Compartir el baño. Compartir la leche del desayuno. Compartir el periódico dividiéndolo en dos, él los deportes y Emma las páginas dedicadas a la moda. Ninguno de los dos interesados en la depresiva sección de noticias.

Habían convivido otras veces, pero con los padres de Emma o con Jamie de carabina. Al estar los dos solos, todo resultaba demasiado hogareño. Siempre había pensado que la vida que Emma llevaba de paz y tranquilidad, debía de ser rutinaria y claustrofóbica, pero se sentía... a gusto. Era un modo de vida tranquilizador y atractivo.

La sonrisa descarada de Emma de la noche anterior lo tenía desconcertado. Había sido después de ver una película romántica, que sorprendentemente no había estado nada mal. Ella se había levantado para colocarle el cuello de la camisa. Al estar cara a cara, Harry había podido oler su perfume que aún lo acompañaba. Y en aquel instante Emma lo había sonreído. Harry no estaba preparado para que la pequeña Emma, que solía jugar a las muñecas en el estanque de casa de sus padres, despertara sus instintos.

Durmió muy poco aquella noche, aunque por una vez, las pesadillas se vieron desplazadas por la seductora sonrisa que invadió sus sueños.

En aquel momento, volvían a estar juntos pero, para alivio de Harry, con mucha gente alrededor. Estaban en la última planta de Diseños WWW limpiando y recogiendo trastos. El equipo de Harry había recibido la noticia con alegría y había llegado desde Victoria dispuesto a transformar aquel trastero en sus oficinas centrales.

El ambiente era emocionante. Todos tenían muchas expectativas y su pequeña Emma estaba dirigiendo la operación, asegurándose de que todo el mundo estuviese a gusto y cómodo.

Harry la miraba mientras ella charlaba con dos muchachos de su equipo de ventas. Emma se había puesto unos pantalones de chándal rosas que se ajustaban a su pequeño cuerpo, una camiseta blanca y unas zapatillas nuevas con las que correteaba por toda la polvorienta sala. Se había hecho una coleta y no llevaba maquillaje. En aquel momento fue cuando Harry pudo apreciar con detalle los cambios que había experimentado su amiga.

Era algo más que un corte de pelo y ropa nueva. Su cara estaba

más delgada y sus elegantes pómulos no necesitaban de ningún maquillaje que los ensalzara.

Su figura se había definido en unas deliciosas curvas que se amoldaban a su ropa. Además, estaba mucho más segura de sí misma. Era capaz de manejar al grupo con facilidad y gracia. Sin que él se hubiese dado cuenta, se había convertido en una mujer extraordinaria.

Se sintió incómodo al pensar que otra gente, otros amigos y otros hombres habían sido testigos de su transformación, mientras que él había estado rondando por todo el país. Sin establecerse, sin ataduras y sin cuidar aquella relación, porque siempre había dado por supuesto que contaba con Emma. La unión que tenían era para toda la vida. Era inevitable. Necesitaba a Emma incluso para saber quién era él mismo.

Emma lo miró, como si se hubiera dado cuenta de que estaba pensando en ella, y le lanzó una sonrisa que iluminó sus bellos ojos claros. Harry sintió un estremecimiento.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Emma.

—Nada —mintió Harry—. ¿Qué quieres que haga ahora?

En aquel momento entró Raquel en la sala.

—Tú, querido, puedes empezar por invitarme a desayunar mientras arreglan este lugar. Me da vergüenza que hayas visto esto antes de que esté listo.

— ¿Quieres que me vaya a desayunar mientras que ellos trabajan? —preguntó Harry sin pestañear.

—Bueno... no sé.

Harry miró a Emma, quien estaba ocupada quitando unas sábanas polvorientas, sin prestar atención a su conversación. Harry estaba preparado para decirle cuatro cosas a Raquel, pero intuía que Emma no iba a apreciar su caballeroso acto de amor y se mordió la lengua.

—Gracias, Raquel. Quizás en otro momento. Cuando todo esto esté listo y podamos juntarnos todos.

—Oh, de acuerdo. Bueno, tengo mucho que hacer esta mañana. Después me pasaré por aquí —contestó Raquel, retirándose.

A Harry no le gustaba aquella mujer. Sentía que no era honesta. Dudaba de si el plan de Emma para salvar la empresa, iba a funcionar o no. Harold's House funcionaba, daba igual si la sede se ubicaba en aquel edificio o en el gimnasio de un colegio. No había supuesto un esfuerzo hacer aquel favor porque la localización de sus oficinas no era en absoluto relevante. Pero quizás el favor que le estaba haciendo Emma a él sí que fuese más complicado. Quizás fuese cierto que él era el único hombre que había cruzado el umbral de su puerta. Se acercó a ella.

—Podías haberte marchado —dijo Emma—. A pesar de todo, no dejas de ser un cliente. No tienes por qué quedarte a hacer el trabajo sucio.

— ¿No puedo quedarme?

Emma le respondió mirándolo con los ojos entornados, ignorando que lo único que deseaba Harry era estar cerca de ella. ¿Por qué si no había aceptado trasladarse? ¿Por qué si no había respondido a su petición de ayuda? ¿Por qué si no su nombre había sido el único que le había venido a la cabeza cuando había estado buscando a alguien con quien comprometerse? Si ella no se había dado cuenta entonces era porque estaba tan ciega como él. Estaban en el mismo barco, a la deriva y en alta mar.

—Muévete y utiliza esos músculos para algo más que impresionar a las chicas en la playa —dijo Emma. A Harry le gustó ese comentario. No estaba acostumbrado a que ella lo halagara. Estuvo a punto de abrazarla con sus brazos musculosos y de besar su cuello.

Estaban rodeados de gente y Harry se sintió imprudente. Sabía que en casa de Emma, por la noche a solas, era incapaz de ceder a aquel deseo floreciente. Pero todo era distinto en aquel ambiente tan divertido, entre sus amigos y compañeros de trabajo.

Se pasaron todo el día limpiando y Harry no pudo parar de coquetear con Emma, quien reaccionaba con rapidez sonriendo y engatusándolo. Era interesante.

Emma le hacía sentirse muy bien consigo mismo. Se sentía valorado, con posibilidades de triunfar en la vida. Podía sonreír. Era una sensación a la que fácilmente podría acostumbrarse pero ¿para qué? Si elegía pasar más tiempo con aquella persona tan entusiasta y generosa, ¿no se esfumaría entre sus brazos? ¿Tratar de hacerla tan feliz como le fuera posible serviría acaso de recompensa por lo que le había quitado hacía ya diez años?

Aquella noche Emma y Harry fueron a casa de Lachlan y Keely, donde se celebraba la fiesta.

— ¿Estás preparado para esto? —preguntó Emma mientras se arreglaba el escote del top plateado que había escogido.

—Más preparado que tú, por lo que parece. ¡Te quieres estar quieta ya! —Harry llamó a la puerta. Estaba realmente atractivo con su camisa nueva de color oliva, que resaltaba el verde de sus ojos. Keely abrió la puerta y los recibió con abrazos abiertos.

—Pero si es la pareja feliz —dijo Keely. Tomó a Harry por el brazo para protegerlo de la multitud mientras Emma se abría paso entre la gente. Raquel había acorralado a Lachlan en un balcón y Chrystal estaba bailando desaforadamente en medio del salón. Los camareros pasaban con platos llenos de comida.

Tahlia y Keely enviaron a Harry en ayuda de Lachlan, pero en el camino Chrystal lo agarró para bailar.

—Lo siento nena. Yo no bailo —dijo, deshaciéndose de ella hábilmente.

—Hola —dijo Emma a sus dos amigas.

—Hola —contestaron al unísono.

— ¿Qué pasa? —preguntó Emma al ver sus caras de preocupación —. ¿Qué ha ocurrido?

—Estamos preocupadas por ti — admitió Tahlia. Emma se cruzó de brazos.

— ¿Cuál es exactamente vuestra preocupación?

—Es por Harry —susurró Keely.

—Estoy segura de que no me podéis decir nada en contra de él.

Las chicas se volvieron para mirarlo. Se había convertido en el centro de atención de un círculo formado por Lachlan y otros chicos. Sus ojos brillaban mientras contaba alguna de sus aventuras, sus movimientos eran ágiles y su encanto cautivador. Era el novio perfecto.

—Nos gusta —reconoció Keely.

—Creo que hasta yo me he enamorado de él un poco, así que entendemos por qué estás a sus pies —declaró Tahlia.

—Emma, ya sé que el compromiso es provisional, pero tienes más razones, aparte del altruismo, para ayudar a Harry. Estamos muy preocupadas porque cuando él se marche, sólo va a quedar tu sufrimiento. Las dos estamos de acuerdo en que no te teníamos que haber animado a llevar a cabo este plan —dijo Keely, tomando las manos de Emma, quien se estaba mordiendo el labio.

—No voy a sufrir. Sé que esto es provisional. Sé que se va a marchar en unos días. Estoy preparada.

—Aparte, yo también creo que es tu mejor oportunidad para mostrarle lo que se está perdiendo —dijo Tahlia, poniendo el dedo en la llaga.

—Ahora se va a mudar a nuestro edificio. ¿Se va a establecer arriba definitivamente? ¿Va a trabajar con Diseños WWW? —preguntó Keely, incrédula—. Todo suena demasiado bonito, pero está fundado en una mentira detrás de otra. En realidad no es tu novio y no tiene ni idea de lo enamorada que estás de él. Estamos un poco aterrorizadas de que te estés metiendo en un callejón sin salida.

De repente unas manos fuertes abrazaron la cintura de Emma.

— ¿Qué estás haciendo, Harry? —preguntó Emma.

—Estoy asegurándome de que no mientes. ¿Por qué? ¿Estabais hablando de mí? —preguntó, mirándolas. Emma estaba segura de que el rubor del rostro de sus amigas la delataría—. ¡Estabais hablando de mí! ¡Cómo os gusta cotillear a las mujeres! Os prometo que todo lo que ha dicho Emma es verdad. Y ahora, si no os importa, necesito robaros a mi novia un rato.

—Pero sólo un rato —dijo Keely —. Esperamos tenerla para

nosotras solas muy pronto.

— ¿De qué hablabais? —preguntó Harry, conduciéndola a un balcón que estaba vacío.

—Nada. Cosas de chicas.

—Eso es lo que dicen siempre las mujeres cuando no quieren contarle a sus amigos lo que está pasando.

—Bueno, ¿tú qué querías? —preguntó Emma, encogiéndose de hombros.

—No sé. Sólo quería un poco de paz y tranquilidad en medio de este jaleo.

—Son maravillosas, ¿verdad? —dijo Emma, mirando a sus amigas. A pesar de que había cosas que ellas nunca llegarían a entender, se sentía arropada por ellas.

—Sí, son maravillosas —respondió Harry sin dejar de mirarla.

—A ellas también les gustas.

—Me alegro —contestó Harry mientras apartaba lentamente un mechón de pelo de la cara de Emma. Los ojos de él se pasearon por su rostro, por su pelo y descendieron hasta los hombros desnudos. Emma podía sentir su mirada recorriéndola. La mano de Harry se posó sobre su nuca. Entonces, de forma completamente espontánea, Harry se inclinó y la besó en los labios.

Antes de que Emma tuviera tiempo para reaccionar, estaba con los ojos cerrados sintiendo la calidez de los labios de Harry acariciando suavemente los suyos. Como todos los primeros besos, fue perfecto. Limpio y delicado, cálido e impresionantemente bello. A pesar de tener los párpados cerrados, Emma pudo ver una luz dorada y brillante que lo inundaba todo.

Entonces terminó. Emma abrió los ojos sabiendo que la expresión de su rostro era de confusión.

—Tenía que darles algo de que hablar a los espectadores —explicó Harry.

Emma no sabía de qué le estaba hablando, hasta que recordó dónde estaban y miró a través de la puerta de cristal. Todas las personas de la fiesta estaban mirando al balcón y se unieron en un aplauso suave pero entusiasta. Emma enterró la cabeza en el pecho de Harry y escuchó el eco de su risa. Ella no tenía ganas de reír sino de tirarse por el balcón. Durante cada una de las milésimas de segundo que había durado aquel beso, había pensado que era real.

—Vamos, cielo, volvamos con nuestro público —dijo Harry, acariciando sus hombros.

Después de varias horas de juegos de mesa y de farsa, Emma tenía ganas de escapar. Toda la noche, Harry la había estado acariciando, abrazando y haciendo dulces comentarios al oído. Se había comportado como el novio perfecto. Chrystal no había quitado ojo a

Harry en toda la noche y Emma quería largarse antes de que la recepcionista propusiera el juego de la botella.

—Harry, ¿quieres que nos vayamos? —susurró Emma.

— ¿Qué susurran los dos tortolitos? —preguntó Chrystal.

—No hay traducción posible, si no se conoce el lenguaje de los tortolitos —replicó Harry, abrazando a Emma, quien estaba empezando a deshacerse.

—Probablemente es el momento de dárselo, ¿no? —dijo Keely, mirando a Tahlia.

—Claro, os hemos comprado un regalo por vuestro compromiso.

— ¿Sí? —murmuró Emma, sorprendida—. No teníais que haberlo hecho.

—Fue idea de Chrystal —contestó Keely, tratando de explicar la situación a Emma, quien empezó a temblar.

Chrystal entregó a Harry un inocente sobre blanco, aprovechando la situación para mostrar una panorámica de su escote.

—Gracias Chrystal —dijo Harry con una sonrisa picara. Emma, sin querer, pisó a Harry.

— ¿No abres el sobre, cariño? —dijo Emma con un tono de voz empalagoso.

—Mejor lo abres tú, cielo —contestó Harry.

Las manos de Emma temblaron al tomar el sobre. Viniendo de Chrystal podía esperarse unas entradas para un espectáculo mixto de striptease o un vale de ropa interior de cuero. Respiró con alivio al descubrir que era un folleto. Harry se apoyó sobre su hombro.

— ¿Qué es? —susurró tan intrigado como ella. En el folleto había una foto de un molino antiguo en una colina llena de vegetación.

—No estoy segura —declaró Emma, esperando una explicación de sus amigas.

—Os hemos regalado una noche romántica en un hotel de Olinda, en las montañas Dandedong —explicó Keely, encogiéndose de hombros y conteniendo una sonrisa.

Chrystal, sin poder contenerse, tomó el folleto y empezó a explicarlo.

—La habitación tiene una cama con dosel y una chimenea y una bañera relajante para dos. El viernes por la noche es toda vuestra. Hemos pagado un poco más para que podáis salir más tarde de las doce del medio día —dijo Chrystal, guiñando un ojo—. ¿No es el mejor regalo que jamás os hayan hecho?

—Sí, al menos a mí. Gracias Chrystal, gracias a todos. Es un regalo estupendo, ¿verdad que sí, amorcito? —dijo Harry, abrazando a Emma tras apartar a Chrystal, quien se había puesto en medio.

—Gracias a todos. Ha sido una fiesta fantástica, pero más vale que nos vayamos. Mañana hay que trabajar —dijo Emma.

Hubo una sonrisa generalizada y Emma sintió su cabeza flotar. No se creía que iba a pasar una noche romántica con Harry en las montañas maravillosas de Dandenongs. Las cosas se estaban colocando en su sitio, y el momento de la decisión no iba a tardar en llegar.

—Probablemente ya es hora de que tu bebé se vaya a dormir, Keely —dijo Tahlia, lanzando una indirecta a los invitados de la fiesta.

Emma fue a despedirse de Keely.

—Gracias Keely. En manos de otra persona, esto se nos habría ido de las manos.

—No te preocupes, Em. Mientras podamos ayudar, todo está bien. El resto lo tienes que hacer tú, así que ten cuidado, por favor —susurró Keely en el oído de su amiga. Emma la abrazó pero no le podía prometer nada.

Esa misma noche Harry llamó a la puerta del dormitorio de Emma. Suavemente la abrió y se alegró de encontrársela aún vestida sentada sobre la cama. Se quedó en la puerta y miró el folleto que Emma sostenía en sus manos.

—Vamos a ir, ¿verdad? —preguntó Harry. Emma se encogió de hombros.

—No creo que tengamos otra elección. Esto está llegando más lejos de lo que yo había previsto.

—No te preocupes, Em. Lo pasaremos genial. Podemos hacer el viaje en moto y podemos visitar Puffin' Billy —propuso Harry. Pero Emma no sonreía—. ¿Hace cuánto tiempo que no te tomas un descanso?

—Desde tu última visita a la ciudad. Desde que huiste de todo la última vez. Hace meses —admitió Emma con una mirada conmovedora.

—Ése es mi fuerte ¿te acuerdas? Escaparme lejos de todo. Tú ya me has enseñado tu Melbourne, ahora deja que yo te enseñe un sitio maravilloso fuera de Melbourne, ¿vale?

Emma asintió y su sedoso pelo rubio cayó sobre su rostro. Harry contuvo la respiración. La expresión sombría de Emma le recordó al beso que le había dado en el balcón, a la luz de la luna en plena noche, el momento de lo inesperado.

Había sido una noche tranquila y mágica. La belleza de Emma lo había cautivado y no había podido evitar besarla. Los labios de ella lo habían correspondido. La había mentido al decirle que la había besado para que lo vieran los invitados. Aquel beso había sido sólo para él. Había estado esperándolo desde el momento en que Emma se había lanzado a sus brazos en la oficina el primer día. Llevaba años esperándolo...

Emma, instintivamente se recogió el pelo y en un instante dejó de

ser una sirena para convertirse de nuevo en la pequeña Emma. Probablemente era mejor verla así. Harry dio un par de pasos y la besó en la frente.

—Buenas noches, princesa.

—Buenas noches, Harry —respondió ella. Harry abandonó la habitación preguntándose si ella tendría las mismas dudas que él.

# Capítulo 8

DESAYUNO EN SAMMY'S

*— ¿Crees que debería decirle lo que siento? Satine lo hizo y mira lo que le pasó —dijo Emma con la cabeza enterrada entre sus manos. —Em, el mundo no se va a acabar tanto si decides decírselo como no decírselo. Y te tengo prohibido que veas Moulin Rouge sola y por la noche —le recordó Keely.*

EMMA se pasó la mayor parte de la noche elaborando un discurso con el que explicarle a Harry que necesitaba fijar algunos límites. Ni juegos de pies ni besos, aunque la historia pareciera menos convincente. Pero cuando entró en la habitación de Harry por la mañana, vio que se había marchado. Había dejado una nota informando de que estaba corriendo en la playa. Eran las ocho de la mañana y la lluvia caía con suavidad. Era obvio que Harry la estaba evitando.

Emma se sintió tan frustrada que estuvo a punto de enfadarse, con ella misma, con Harry y con los platillos voladores que amenazaban con caerse. Arrastrándose, llegó hasta su trabajo y antes de que pudiera colgar el abrigo, su móvil sonó. Corrió a contestar pensando que podía ser Harry, pero era Tahlia.

— ¿Qué tal, T? —preguntó Emma, sentándose.

—La Rottweiler quería verte en cuanto llegaras. Creo que nos va a despedir a todos. Te lo va a decir a ti primero porque siempre te ha tenido más aprecio. Creo que hay problemas. Justo ahora que me iban a promocionar.

Emma tomó aire y contó hasta tres. No sabía si aquel día iba a poder interpretar su papel de apaciguadora.

—Ni yo estoy despedida ni creo que haya problemas en WWW. Relájate —le dijo a su amiga. Pero en realidad se lo decía a sí misma.

—El horóscopo de hoy dice otra cosa —repuso Tahlia.

—Por mí le puedes decir al horóscopo que se vaya a paseo. Ahora debo irme, esta mujer ya debe saber que he llegado.

—Tenme al corriente de lo que pase.

—Vale —aceptó Emma antes de colgar.

Emma entró en el despacho de su jefa y cerró la puerta. Raquel estaba sentada delante de la mesa, llena de papeles. Tenía las gafas apoyadas en la punta de la nariz y parecía que se hubiese estado tirando de los pelos toda la mañana.

—Señorita Radfield —dijo sin mirarla.

—Sí, Raquel, ¿Querías verme?

—Te necesito para algo que tiene que ver con tu Harry.

— ¿Con Harry? —preguntó Emma, atónita. Pero si ya había

conseguido que se trasladase allí a toda su plantilla—. Bueno, ¿en qué estabas pensando?

—Necesito algo nuevo. Grande. Algo que impulse a WWW mundialmente y que lo haga invencible.

—Harold's House es de lo más grande que hay, Raquel. Es el buscador más importante del mundo para menores de dieciocho años.

Raquel se sorprendió. Era obvio que no tenía ni idea. Emma no entendía cómo podía estar dirigiendo la compañía.

—Sí, sí, eso está muy bien, pero WWW está pasando por... una fase de transición y me vendría muy bien una creación nueva de Harry para superarla —afirmó Raquel

— ¿Te refieres a utilizar el talento y la reputación de Harry para tus propios y peculiares intereses?

Emma era consciente de que su tono de voz no era amistoso, pero ya había escuchado bastante. ¿Aquella mujer nunca tenía bastante? Diseños WWW tenía un equipo excelente que contaba con el reconocimiento de distintos premios. Era un equipo fácil de dirigir con un trabajo muy valorado por parte de las principales compañías australianas. Bastaba con que Raquel no jugara sucio para que todo fuese sobre ruedas. ¿Cómo se las había arreglado para poner a la empresa en apuros?

Raquel había elegido el peor día para hacer peticiones. Los platillos de Emma estaban perdiendo velocidad y se escapaban de su campo de visión. No podía añadir uno más porque todos se harían añicos. Emma se levantó escondiendo sus manos temblorosas detrás de la espalda.

—Te estás equivocando de persona, Raquel. Si quieres algo de Harry, habla con Harry —dijo Emma.

—Así que no controlas a tu hombre, ¿no? Ya sabía yo que no podrías. Un hombre como él necesita a una mujer fuerte que lo tenga firme, y no un perrito faldero.

¡Ya era suficiente! Raquel había traspasado el límite. Emma apoyó sus manos sobre la mesa y la fulminó con la mirada.

— ¿Alguna vez te ha mordido un perrito faldero, Raquel? Te aseguro que no es una experiencia agradable.

—Por favor...

—No me digas por favor, Raquel. Estoy informada de todo el problema en el que nos has metido a todos nosotros —declaró Emma. Raquel estaba boquiabierta—. Harry Buchanan no se va a convertir en la «misión especial» de nadie, así que quítate esa idea de la cabeza ahora mismo. Deja de presionarme o me llevaré a Harry tan rápidamente como lo he traído. Y ahora, tengo que ponerme al día con mi trabajo y terminar de arreglar el piso de arriba para que el equipo de Harry pueda mudarse. Hoy tengo que salir antes para poder

disfrutar del regalo que, tan generosamente, me hicisteis ayer, si te parece bien, por supuesto.

La cara de Raquel estaba colorada, pero asentía sin parar. Emma sonrió gélidamente y se marchó.

Ya en su despacho, sentada en su silla se dio cuenta de que la cabeza le iba demasiado deprisa. En la pantalla del ordenador apareció el aviso de que tenía un nuevo mensaje.

Para: EmmaR@ DisenosWWW.com
De: TahliaM@DisenosWWW.com
*¿Qué ha pasado?*

¿Qué no había pasado?, hubiera sido una pregunta más acertada. Emma era consciente de que la situación estaba a punto de superarla. Había conseguido que sus padres se fueran de vacaciones, había trabajado en la campaña más importante de su carrera profesional, le habían ofrecido un empleo en Nueva York, estaba haciendo todo lo posible para salvar loa trabajos de sus amigas y, por si fuera poco, tenía que controlarse para no lanzarse a los fuertes brazos de Harry.

Además el sábado era el aniversario de la muerte de Jamie. Había estado tan preocupada que no había tenido tiempo para prepararse ni mental ni emocionalmente. Estaba agotada, sin fuerzas.

*Para: TahliaM@DiseñosWWW.com*
*De: EmmaR@ DisenosWWW.com*
*Que no cunda el pánico, T. Raquel sólo quería decirme que todos hemos hecho un gran trabajo en la campaña de Flirt y me ha dejado salir antes hoy. ¡Nos vamos a Olinda ¡ Nos vemos el sábado por la noche.*

Emma envió también un mensaje de texto al móvil de Harry.

*Buchanan voy a casa más te vale estar preparado para recibirme*

Emma apagó el ordenador y la luz y se fue de la oficina antes de su hora por segunda vez en aquella semana. Aquello resultaba bastante significativo en una chica que no había pedido una baja, ni por enfermedad, en su vida.

Emma se negó a hacer un equipaje minúsculo que pudiera ser transportado en la moto, así que Harry alquiló un coche. A Emma le hubiera bastado con un pequeño utilitario, pero cuando Harry alquilaba un coche, siempre elegía uno deportivo con modernas prestaciones.

Una vez que salieron de la ciudad, Emma empezó a sentirse feliz. A medida que avanzaban iban dejando atrás los árboles. A un lado de la carretera había un barranco escarpado y al otro, ascendía una colina cubierta de enormes helechos y maleza. Hasta el aire, húmedo y cálido, parecía ser de color verde.

Emma se había puesto sus vaqueros favoritos, tan desgastados y dados de sí que necesitaba un cinturón para llevarlos. Se quitó las botas y apoyó los pies en el salpicadero mientras se agarraba al

asiento en las curvas que Harry tomaba a toda velocidad. Ella también quería disfrutar de la libertad de sentirse una chica mala, así que trató de relajarse para divertirse con la velocidad.

Giró la cabeza para ver a Harry conducir. Llevaba puestos sus pantalones de color caqui nuevos, una camiseta y unas zapatillas de tela. Con aquellas gafas de sol estaba para comérselo.

— ¿Qué te pasa? —preguntó Harry.

—Nada. Estoy disfrutando del aire puro.

—Si quieres aire puro deberías de venir a Kakadu conmigo alguna vez. O a la selva tropical de Queensland. En el oeste de Australia la tierra es de un color que te harían perder la cabeza.

— ¿Es eso una invitación? Porque si es así, sólo tienes que decirme cuándo quieres que vaya —contestó Emma.

—Cuando tú quieras. ¿Por qué nunca has venido a visitarme? Siempre te quejas de que sólo nos vemos una vez al año pero, ¿por qué no me has buscado nunca? ¿Por qué nunca has salido de Melbourne para conocer los impresionantes paisajes de nuestro país?

«Padres a los que atender. Trabajo que sacar adelante. Amigos a los que apoyar. Ésa es la vida que yo llevo», pensó Emma. Sus músculos se volvieron a poner en tensión.

—Aquél es nuestro desvío —dijo Emma.

Cerca de Belgrave giraron en una rotonda y llegaron al aparcamiento de Puffin' Billy, un viejo tren de vapor en el que iban a viajar a Lakeside para pasar allí la tarde.

Emma se puso las botas y salió del coche. La pregunta de Harry aún rondaba en su cabeza. ¿Por qué nunca había ido en su busca? ¡Porque sabía que si realmente lo buscaba él podría rechazarla y sus sueños se verían truncados para siempre!

Harry salió del coche y lo cerró. Se estiró los pantalones nuevos y se apoyó en el techo del coche mirando a Emma.

— ¿Vas a contestarme o me vas a castigar con tu silencio por haber hecho una pregunta pertinente? —preguntó Harry.

—Puedes pensar lo que quieras, porque hoy no tengo ganas de contestarte, compañero —repuso Emma, apoyada en el otro lado del techo del coche. Se dio la vuelta y caminó hacia el andén por una rampa de madera desvencijada. Harry la siguió y la agarró del brazo.

— ¿Querida, me vas a explicar por qué me estás rehuyendo? —preguntó Harry. Emma podía percibir el sarcasmo en su pregunta. La estaba imitando. Con un movimiento rápido se deshizo de la mano de Harry, pero éste hábilmente volvió a agarrarla. Esa vez tan fuerte, que no se pudo soltar.

—Te odio tanto —le soltó Emma. Harry le dio un beso en la mejilla.

—Qué va. Sé que me quieres un montón.

—Tanto como tú a mí.
—Pues eso es más de lo que tú te imaginas.
Echaron a andar hacia el tren en silencio. Harry disfrutando del pintoresco paisaje y Emma furiosa. Compraron los billetes y Harry se puso a hablar con algunos lugareños. Emma tuvo que tirarle de la manga para avisarlo de que el tren iba a salir.
—Contrólate —dijo Harry, apartando la mano de Emma.
—Contrólate tú.
— ¿A qué viene esto? —preguntó Harry con la mirada confusa.
—Te iba a avisar de que el tren se va. ¡Venga, vamos!
Subieron por las escaleras de hierro forjado y una vez en el tren, los condujeron a una mesa para dos del coche-comedor. El tren salió de la estación y cruzó un puente de madera en forma de curva antes de empezar a atravesar un bosque tropical. Emma se apoyó en el respaldo y miró a Harry. Él la estaba mirando mientras se tapaba la boca. Emma sabía que ocultaba una sonrisa.
— ¿Qué? —preguntó Emma.
—Tú.
—Yo, ¿qué?
—Si te miro un momento veo a mi pequeña Emma tratando de soltarse de mi mano, aun sabiendo que nunca se podrá soltar a no ser que yo la deje.
— ¿Y si miras mejor?
—Si miro mejor casi ni te reconozco. Estás tan cambiada. No es sólo el corte de pelo ni el apartamento. Es algo más profundo que tiene que ver con tu fuerza y con la confianza en ti misma. La forma en la que te has estado dirigiendo a Raquel ha sido una revelación para mí. ¿De verdad que la amenazaste con morderla?
—No iba en serio. Además ¿No eras tú el que siempre me decías que tenía que curtirme? —preguntó Emma. Harry asintió.
—Ahora, que ya has madurado, no sé si necesitas que yo siga naciendo de hermano mayor —dijo Harry. Emma se mordió el labio. Se acercaron.
—Harry, nunca he necesitado que hicieras de hermano mayor —declaró Emma. Harry se echó hacia atrás, como si le hubieran dado una bofetada.
—Em, sabes que sí que lo necesitaste cuando Jamie... —Harry tenía un nudo en la garganta—. Si no ¿por qué me has aguantado todos estos años?
Emma tomó una de las manos de Harry. Tenía la respuesta a esa pregunta en la punta de la lengua, pero no estaba segura de si debía pronunciarla.
—Harry, escúchame. Desde que Jamie se marchó nunca he buscado un sustituto. Él era mi hermano. Mi único hermano. Lo que

necesitaba entonces y lo que necesito ahora es un amigo. Siempre has sido mi mejor amigo y espero que lo sigas siendo.

Harry la estaba escuchando, pero Emma no tenía ni idea de lo que estaba pensando. Lo observó y vio cómo se escondía en lo más profundo de sus ojos almendrados. En aquel momento Emma supo que se mantendría en silencio el resto del viaje hasta Lakeside.

Una hora después llegaron. Emma se puso a pasear y Harry se fue a comprar dos botellas de agua a un kiosco.

Las palabras liaban su cabeza. «Sustituto», «mejor amigo» recorrían su mente como dos bolas de pinball que chocaban con el muro de la verdad: ya no encajaba en ninguna de esas categorías.

Caminó entre las familias que habían ido a pasar un día en el campo. Emma estaba al otro lado del puente y el viento ondeaba su melena. Aquellos vaqueros le sentaban muy bien. Harry miró adonde estaba mirando Emma. Había tres niños pequeños jugando. El niño más grande le había quitado un oso de peluche a la niña, quien saltaba para tratar de recuperarlo. El tercer chico tomó el oso con facilidad y se lo entregó a la niña, quien ni siquiera le dio las gracias.

—Una escena familiar, ¿verdad? —dijo Harry, que ya había llegado al lado de Emma. Ésta dio un respingo porque no se había percatado de su presencia—. ¿Aún lo echas de menos?

—Todos los días —admitió Emma, encogiéndose de hombros—. ¿Caminamos?

Harry asintió y la siguió como un corderito a su pastora. No se podía mover a no ser que ella se lo pidiera.

—No puedo creer que mañana se cumplan ya diez años desde la última vez que hablamos con él —dijo Emma absorta en sus pensamientos—. Todavía puedo escuchar su voz como si acabara de hablar con él por teléfono.

—Lo sé, nena —dijo Harry, cediendo al impulso de rodear la cintura de Emma con el brazo.

—Ya, por eso estás aquí.

Harry asintió, aunque no estaba muy seguro de que fuera cierto. Todos los años volvía a casa en esas fechas para estar con ella, para apoyarla en los momentos más difíciles. Pero también era cierto que la sola idea de la soledad en aquellas fechas le dejaba sin respiración. Muchas veces, cuando estaba solo por las noches le daba muchas vueltas a la cabeza. Si hubiera pasado solo el día del aniversario de la muerte de Jamie, se habría vuelto loco. ¿Un ataque de ansiedad? ¿Borracho en un bar? En cualquier lugar en el que pudiese olvidar las imágenes que tenía grabadas de aquel día, y su responsabilidad.

—Ésa no es la única razón por la que estoy aquí —dijo Harry sin pensar.

— ¿Cómo?

—He venido para disfrutar con mi pequeña princesa.

— ¡Entonces no entiendo nada! —exclamó Emma, pillando a Harry totalmente de sorpresa. Parecía que la conversación que habían iniciado en el tren, estaba inacabada. Emma estaba enfadada, o molesta o avergonzada, pero Harry desconocía el motivo—. Si me echas de menos tanto como yo a ti, entonces ¿por qué no me visitas más a menudo? O mejor aún, ¿por qué no vuelves a casa por el bien de todos? ¿Por qué no te quedas al lado de la gente que te quiere y que te cuida? ¡Cielos, es que no hay quién te entienda!

Harry no respondió a su bronca y Emma continuó caminando, llevando los brazos al cielo sin parar de murmurar.

Ambos se estaban echando en cara que no se visitaban más a menudo, pero Harry sabía que Emma no tenía culpa alguna. Él había dejado bien claro que cuando se iba de Melbourne era libre como un pájaro. Los lugares que él escogía no eran sitios donde Emma pudiera sentirse cómoda.

La excusa de sus largos viajes era que formaban parte de su trabajo para Harold's Home.

Su trabajo era una locura. Él había comenzado partiendo de la idea de emprender un pequeño negocio que, de la noche a la mañana, se había convertido en un gran éxito. Había comenzado picoteando en Internet y de repente era considerado como un niño prodigio de la red.

El problema era que Harry sabía que no se lo merecía. Se sentía tan incómodo con el éxito que había pensado en sabotear su propio negocio para que se viniera abajo. Pero seguramente la suerte estaría de nuevo de su lado y su siguiente invento alcanzaría una éxito mayor que Harold's House.

El sonido de los pasos de Emma alejándose, interrumpió sus pensamientos. La relación con Emma no había sido tan sencilla. Desde pequeña había sido cabezota, con sus propias opiniones y dogmas. Era la persona más fuerte que él hubiera conocido. Había tenido que esforzarse para conservar aquella amistad, y eso la hacía muy valiosa.

No importaba lo lejos que estuviera de la ciudad,

Harry siempre regresaba a Emma y a su vital compañía. Sabía que si no disfrutaba de la energía efervescente de Emma, no iba a tener fuerzas para lanzarse a cualquiera de sus viajes.

Ella lo inspiraba y también lo hacía aterrizar en la tierra. Era su musa y su criterio, su mayor admiradora y la crítica más dura. Era su mejor amiga y... ¿qué? Era mucho más que eso, era difícil ponerle nombre. Quizás su alma gemela.

—Em, espera.

Emma aflojó el paso pero no se volvió para mirarlo. Él se colocó frente a ella, quien lo fulminó con la mirada. Estaba tan guapa, que

Harry tuvo ganas de acariciarla. Al intentar hacerlo, ella se estremeció.

—Vale, vale —dijo Harry—. Emma vamos a firmar una tregua aquí y ahora. Estamos los dos al límite y tenemos razones para estarlo. Mañana va a ser un día duro, así que vamos a intentar poner los dos de nuestra parte para estar tranquilos ahora. Podemos celebrar que estamos aquí, en un maravilloso día de primavera y en la mejor compañía imaginable. No digamos nada de lo que luego podamos arrepentimos. ¿Tregua? —preguntó Harry, ofreciendo su mano.

—De acuerdo. Tregua —aceptó finalmente Emma, después de unos segundos en los que mil pensamientos cruzaron su mente.

# Capítulo 9

NOCHE DE CHICAS CON
FIEBRE DE SÁBADO NOCHE

*— ¿Te vas a hacer el gallito otra vez? —preguntó Tahlia a John Travolta mientras éste se pavoneaba en la pantalla de la televisión de Emma—. Yo también quiero pavonearme. Dadme una ocasión, un motivo, alguien a quien seducir y allí estaré.*

DESPUÉS de un viaje tranquilo de vuelta a Belgrave, Emma y Harry subieron en coche la montaña hasta llegar a Olinda, justo cuando se iba a hacer de noche. El hotel era un antiguo molino restaurado, encantador y pintoresco con un pequeño puente cubierto de enredaderas. Harry sacó el equipaje mientras Emma estaba en la recepción. El responsable los condujo hasta su habitación.

—Ya hemos encendido el fuego. Tan sólo tienen que echar un tronco más antes de irse a dormir y la habitación estará caldeada toda la noche —les aseguró antes de dejarlos solos.

Había una sola cama. Una cama de matrimonio. No había sofá. Harry iba a necesitar la solidaridad de Emma después del día que habían pasado de incomunicación, tensión y algo más flotando en el ambiente.

—Em, por favor, no me hagas dormir en el suelo —suplicó Harry.

—Te puedes quedar con el edredón.

—Em... —contestó al darse cuenta de que ella estaba bromeando.

—Ya hemos dormido juntos otras veces. No pasa nada.

—Sí, cuando tenías doce años, de acampada y con ocho niños más en la tienda de campaña —le recordó Harry. Emma se encogió de hombros y lo miró fijamente.

— ¿Quieres dormir en el suelo o qué?

—Vale, compañera, tú ganas. Los dos dormimos en la cama —dijo Harry después de acariciarla el cuello. Emma volvía a bromear, aquélla era la Emma que él conocía.

—Vamos, en marcha antes de que me arrepienta, zoquete.

Harry se activó de inmediato. Sacó el pijama de su bolsa de cuero mientras silbaba. Tenía ganas de salir a cenar. Emma no paraba de bostezar y Harry se fijó en sus ojeras. Estaba exhausta. La tensión de los últimos días había acabado con ella.

—Em, ¿qué te parece si te preparo un baño?

—No, tú querrás ir a cenar. Me cambio y vamos a buscar... —un tremendo bostezo la dejó sin palabras. Harry sonrió.

—No, no vamos a salir —dijo Harry. La tomó de la mano y la condujo al baño.

Harry le entregó la parte de arriba de su pijama, que todavía tenía

en la mano, mientras preparaba un baño con burbujas y jabón casero de mango. Ella esperó sentada y cuando el baño estuvo preparado, estaba prácticamente dormida.

—Ya está, nena —dijo Harry. Emma soltó un gruñido y extendió los brazos. Por un segundo él pensó que le estaba pidiendo que la desnudara. Se quedó paralizado.

—Venga, Harry, ayúdame a levantarme o voy a dormirme aquí mismo.

Harry salió de su asombro y la levantó. Se marchó del baño antes de que ella pudiera solicitar algún servicio más.

—Tómate tu tiempo. Me voy a cambiar y a ver las noticias.

—Vale.

Harry rezó porque Emma no se quedara dormida en la bañera y tuviera que sacarla desnuda y escurridiza. Se quitó la camiseta y se tumbó.

Media hora después estaba recostado sobre los cojines de flores de la cama. La televisión estaba encendida, pero le había quitado el sonido. La habitación estaba lo suficientemente caldeada como para que sólo le hiciera falta llevar el pantalón del pijama. Harry escuchó el sonido del pestillo del baño y vio a Emma salir con un montón de ropa en la mano y la camisa de su pijama puesta. Estaba realmente atractiva.

—Era la única ropa limpia ahí dentro —explicó Emma—. Lo único que no olía a hoguera. ¿Te importa?

—No. Me alegro de haberme dejado la camisa dentro y no los pantalones, porque ahora tendríamos los dos un aspecto bastante ridículo —consiguió contestar por fin Harry.

—No te preocupes, tu aspecto es ridículo casi siempre —dijo Emma, irónicamente. Pero Harry se dio cuenta de que estaba ruborizada.

Harry no podía soportar verla tan guapa. Estaba sonrojada y con el pelo alborotado tras el baño. Sus piernas suaves y doradas brillaban a la luz del fuego. Tenía las uñas de sus perfectos pies pintadas de rosa y sus impresionantes ojos azules se había oscurecido por el cansancio.

La visión de aquella belleza femenina invitaba a Harry a tener pensamientos prohibidos sobre él y ella. Juntos.

Emma se subió a la cama y gateó como un animal al acecho. Harry se quedó sin respiración completamente atónito. Estaba preparado para... cualquier cosa. Pero en vez de esa cosa que él tanto ansiaba, temía y deseaba, Emma cayó rendida y se durmió. Podía sentir el roce de su cuerpo y oler su aroma inconfundible mezclado con el olor del jabón de mango, pero aquello sólo lo ayudaba a sentirse más confundido.

¿Cómo podía estar pensando aquello? Era Emma. La pequeña

Emma. La hermana pequeña de Jamie. La niña a la que había estado incordiando y protegiendo toda su vida.

Se reprendió a sí mismo por pensar en aquella locura, pero era una locura que llevaba años en su mente. Siempre había estado enamorado de ella. Era un amor que estaba tan arraigado, que ya no podía seguir negándolo.

Ese amor implicaba un montón de problemas de los que llevaba años huyendo. Cada vez se iba más lejos, pero siempre regresaba una semana para cumplir su promesa secreta a Jamie de que siempre ayudaría a Emma.

Harry no podía permitirse preocuparse tanto por alguien. Las personas eran demasiado frágiles y delicadas, y podían desaparecer de su vida en cualquier momento. ¿Cómo podía importarle tanto Emma, quien no tenía ni idea de que la muerte de su querido hermano había sido provocada por él? Si nunca hubiese retado a Jamie a bajar la ladera más escarpada de la montaña, él nunca lo habría hecho. Los chicos orgullosos y sus estúpidos retos. Harry nunca había conocido a nadie con tanta confianza en sí mismo como Jamie.

La pesadilla volvió a su cabeza y Harry sintió cómo empezaba a ahogarse. Se sentía culpable de haber llevado la arrogancia de Jamie al límite. Por haberlo empujado a ir a toda velocidad hasta llegar a una roca resbaladiza y chocar contra unos árboles. Desde aquel instante Harry había pagado su penitencia.

Se sentía avergonzado de que la vida lo sonriera. Avergonzado por disfrutar de la vida alegre que su amigo no podría disfrutar jamás. Encima la hermana de su difunto amigo estaba entre sus brazos y su piel cálida, junto con el crepitar del fuego, invitaban a Harry a las más íntimas fantasías.

El momento de probar su valía había llegado. Tenía que demostrarse a sí mismo que no iba a ceder a sus egoístas deseos. Emma iba a tener lo que realmente se merecía. La vida de Emma iba a ser más feliz y menos complicada si él no estaba a su lado. Él no iba a ser el compañero que siempre había ansiado ser.

Harry bostezó y fue deslizándose en un cálido sueño, sin perder el firme propósito de que tenía que contener sus impulsos hacia Emma por el bien de ella.

Llamaron a la puerta y Harry se despertó. Le llevó unos segundos reconocer dónde estaba. La cabeza de Emma estaba apoyada en su pecho desnudo. Se levantó y se sintió aún más desnudo al no sentir el calor de su cuerpo. Emma se revolvió.

—Harry, no me dejes —susurró ella. Volvieron a llamar a la puerta y Emma abrió los ojos.

—Shhh. Espera aquí —dijo Harry.

—Mantén la cadena echada cuando abras la puerta —pidió Emma

con un tono de voz suave.

—Lo haré —repuso Harry.

Abrió la puerta y se encontró con un hombre ebrio que llevaba un esmoquin y una flor en el ojal.

— ¿Le puedo ayudar? —preguntó Harry. Estaba a la defensiva.

— ¿Joseph? —preguntó el hombre, tratando de mantener el equilibrio.

—No es aquí.

El hombre, finalmente, se dio cuenta de que estaba en el lugar equivocado y, sin disculparse, se dio la vuelta y se marchó tambaleándose.

— ¿Quién era? —preguntó Emma, conteniendo un bostezo. Tenía el pelo alborotado y al mover uno de sus brazos, la camisa se le bajó dejando ver parte de su escote. Harry tomó aire y mantuvo la mirada fija en la alfombra.

—Un descarriado de alguna boda —contestó.

— ¿Qué hora es?

—Las dos —respondió Harry tras consultar el reloj.

—Me he quedado completamente dormida.

—Los dos hemos caído rendidos.

Emma echó un vistazo a la habitación. La televisión y la luz todavía estaban encendidas.

—Tú apagas la tele y yo apago la luz —ordenó Emma.

El resplandor del fuego mantenía la acogedora habitación iluminada y creaba un ambiente romántico. Emma señaló el lado de la cama que estaba vacío.

—Vuelve a la cama, Harry.

Harry se recordó sus buenos propósitos. Aquella chiquilla no era consciente de su turbación y le estaba poniendo difícil comportarse como un caballero. Se detuvo un momento y se dio cuenta de todo. La mirada de Emma la delataba. Estaba despierta y era perfectamente consciente de la situación. Harry volvió a recordar sus propósitos.

— ¿Te pasa algo, Harry? —preguntó Emma en un tono suave y sugerente.

Harry pensó que ella no era consciente de lo que le estaba provocando, tan sólo quería incordiar. Quizás si le daba de su propia medicina, conseguiría que se callara.

Harry se sentó en la cama cerca de ella sin apartar la mirada de sus ojos, esperando que en cualquier momento Emma soltara una carcajada.

Pero ese momento no llegaba.

Entonces Harry tomó el rostro de Emma entre sus manos y la miró fijamente a los ojos, permitiendo que sus verdaderos sentimientos

afloraran. Quería que ella viera cuáles habían sido esos sentimientos durante todos aquellos años. Con su mirada quería explicar el motivo que le había llevado a poner tanta distancia entre ellos, sabiendo que Emma en algún momento se soltaría de sus manos y haría alguna broma para disimular la tensión de aquel instante.

Pero ese momento no llegaba.

Ella lo miraba desde sus profundos y brillantes ojos azules. Sus pupilas estaban dilatadas y su respiración era entrecortada.

Harry, en su interior, sabía que no debía aprovecharse de la situación y que debía cumplir su promesa. Entonces Emma humedeció sus labios lentamente y un sonido instintivo salió por boca de Harry.

—Em —le advirtió.

—Harry —contestó Emma en un tono seductor.

Ella lo miró con deseo. ¿Cómo podía un hombre resistirse a aquello? Harry sintió un abismo abrirse a sus pies. Sus instintos eran incontrolables, así que decidió nacerle saber a Emma cuáles iban a ser las consecuencias de sus actos si no tenía cuidado.

—Emma, me muero de ganas de besarte —declaró, esperando tener una carcajada o su incredulidad por respuesta.

Pero una vez más eso no ocurrió.

Emma parpadeó. ¿Había dicho Harry realmente lo que ella pensaba que había dicho? Estaban en plena noche, en un lugar mágico, quizá estuviera dormida y todo fuera un sueño. Si era así, no iba a ser ella quien le pusiera un final. Era un sueño que quería estirar al máximo. Los platillos voladores fueron perdiendo velocidad hasta quedarse quietos. Aquél era el momento que Emma había estado aguardando. El balón estaba en su tejado.

—Entonces bésame —dijo Emma sin saber de dónde había conseguido sacar las fuerzas para pronunciar aquellas palabras. Quizás de la mirada de confusión y deseo que la estaba atravesando.

—Em, piensa lo que estás diciendo. ¿Por qué tendría que besarte? No estamos en una fiesta con amigos dudosos ni compañeros de trabajo a los que impresionar —consiguió decir Harry, titubeando. Después de su alarde de masculinidad y atrevimiento sólo podía balbucear.

—Podrías tratar de impresionarme a mí —respondió Emma. Harry se quedó paralizado.

Emma, al darse cuenta de que él no iba a dar el primer paso, tomó la iniciativa. Si había estado buscando el momento perfecto para dejarle bien claro a Harry sus sentimientos, lo había encontrado. Sin más preámbulos, Emma se inclinó para besar al amor de su vida.

Los labios de Harry se congelaron y se quedó sin respiración mientras la miraba atónito. Emma no se rindió. Se separó para volver a acercarse a sus labios lentamente, dándole tiempo para que tuviera

la oportunidad de rechazarla. Cuando sus labios finalmente rozaron los de Harry, éstos la recibieron con una caricia cálida y suave.

Desde aquel instante, Emma se dejó arrastrar por las emociones que guiaban su cuerpo. El beso de Harry le llegó al alma. Algo se encendió en su interior al darse cuenta de que estaba siendo correspondida. El fuego crepitaba. Emma se tumbó sobre la cama llevándose con ella a Harry, quien ya había dejado a un lado sus dudas.

Harry la deseaba. Harry, su Harry. El mejor hombre que ella jamás hubiese conocido. El hombre más atractivo, más amable y más guapo, la deseaba.

Emma necesitaba tomar aire. Apoyó su mejilla en la de él. Tomó su mano y la condujo a los botones de la camisa de pijama que llevaba puesta. Los hábiles dedos de Harry dudaron. Emma estaba ansiosa.

—Date prisa, Harry —susurró en su oído. La mano de Harry se paró y Emma levantó la cabeza para mirarlo—. ¿Harry?

—Em, ¿qué estamos haciendo? —murmuró. Emma pudo notar el tormento en sus palabras.

—Harry, por favor, estoy haciendo lo que quiero.

—Em, si elegimos este camino, ya no hay vuelta atrás.

— ¿Qué camino?

—Éste —contestó, acariciándola. Emma se estremeció.

— ¿Hacer el amor? —preguntó Emma, claramente. Estaba deseando mostrarle al hombre que amaba sus sentimientos más íntimos.

Emma dejó correr sus dedos por el pelo de Harry y por su nuca. Miró sus profundos ojos almendrados. Tomó de nuevo su mano y volvió a colocarla en el botón superior de su pijama. Pero esta vez, ella lo ayudó a desabrocharlo, mientras un escalofrío hacía vibrar todo su cuerpo. Harry dejó de contenerse. La besó ávidamente, desatando toda su pasión. Se tumbaron sobre los almohadones y él se encargó de terminar de quitarle la camisa, hasta que estuvo completamente desnuda bajo su cuerpo.

Emma estaba sumida en un mar de sensaciones y aceptó complaciente, sin oponer ningún tipo de resistencia. Instintivamente parecía saber cómo darle placer al cuerpo de Harry. Adoraba aquel cuerpo, tanto como él adoraba el de ella. Emma nunca se había sentido tan llena de vida. La vitalidad enérgica de Harry encendía su cuerpo y el amor que sentía por él, brillaba en su interior.

Emma perdió la noción del tiempo... Harry no dejaba de mirarla con deseo. Recorrió todo su cuerpo. Acarició cada rincón, incluso los más íntimos. Emma no sólo no tuvo vergüenza, sino que sintió que Harry la estaba adorando.

—Emma, mi pequeña princesa, eres tan bonita.

El cuerpo de Emma volvió a estremecerse al escuchar en boca de Harry, su Harry, aquellas palabras de amor.

—Yo nunca supe. Yo nunca creí que… —titubeó Harry con el corazón latiéndole a toda velocidad. Emma puso un dedo sobre sus labios temblorosos.

—Créetelo, Harry, créetelo —dijo Emma mientras acariciaba su nuca.

Lo besó de nuevo y sintió el sabor salado de las lágrimas. Era un momento tan bello, que no importaba si las lágrimas habían brotado de los ojos de él o de los de ella.

Horas después Emma cayó en un profundo sueño. Se sentía plena y completamente feliz. Antes de rendirse al sueño se preguntó por qué había tardado tanto tiempo en atreverse a expresar sus sentimientos.

El sábado llegó, y con él, el décimo aniversario de la muerte de Jamie.

Harry se miró en el espejo del cuarto de baño. Apenas se reconocía. Se gustaba a sí mismo cuando su rostro parecía curtido por el sol y por el polvo rojo de la tierra. Había días en los que parecía mayor de lo que era y más sabio. Así era como se gustaba.

Pero aquel día estaba recién afeitado y muy limpio.

Era el chico de los ojos bien abiertos que tan bien conocía. Se parecía al muchacho sonriente que salía en las fotos con Jamie. Brazos cruzados y una sonrisa radiante tras haber ganado algún partido. Las fotos de las acampadas, los cumpleaños y las Navidades. Hasta el día en que Jamie lo había convencido para que no fuera a clase a la universidad, y así poder disfrutar de un día en la nieve.

Otro pensamiento asaltó su mente. Emma. Se sujetó al lavabo al imaginarla tendida sobre la cama envuelta con las sábanas después de haber pasado la noche entre sus brazos.

¿Por qué había ocurrido? ¿Cómo había ocurrido? ¿Finalmente había cedido al deseo de seducirla? No. Ella lo había deseado tanto como él.

Recordó las palabras de Emma: «Créelo». ¿Era posible que aquello ocurriera entre ellos?

Harry se miró de nuevo al espejo, pero no había ni rastro de su habitual mirada contrariada, reflejo del dolor secreto que albergaba. Tan sólo había una sonrisa clara y sincera iluminando su rostro.

Emma se estiró ocupando toda la cama. Se sentía cargada de energía, llena de vitalidad. De repente recordó el motivo. Harry. Toda la noche ella y Harry juntos.

Abrió los ojos. Los pájaros cantaban, el fuego chisporroteaba y el sonido de la ducha salía del baño.

¿Era cierto lo que había ocurrido? ¿Había pasado la noche con Buchanan? ¿Estaba Harry dándose una ducha para borrar las huellas

de sus caricias? Después de aquella noche de pasión dudaba de si se convertirían en amantes o en unos completos desconocidos.

El sonido del agua paró y Emma se tapó, tratando de protegerse de las respuestas a todas las preguntas que la acechaban. Harry salió del baño cubriéndose con una toalla y canturreando un clásico de los Bee Gees. Parecía tan resuelto. Emma cada vez se sentía más pequeña.

—Buenos días, preciosa —dijo Harry, dándole un beso en la frente.

—Harry, sobre lo de anoche...

— ¡Ah, esas famosas palabras!

—Famosas o no creo que tenemos que ver con perspectiva lo que ha ocurrido para poder hoy mirarnos a los ojos.

—Yo no tengo ningún problema con lo que ha ocurrido, y ¿tú? —preguntó, mirándola amablemente pero algo tenso.

—Yo sí —contestó, tratando de mantener su mirada. Los recuerdos de la noche invadían su cabeza.

Harry se sentó en el borde de la cama. La toalla apenas si le cubría. Acarició el rostro de Emma.

—Em, en serio, no tienes que asustarte al mirarme a los ojos. En este momento no hay nada que puedan hacer tus preciosos ojos azules para hacerme aterrizar en la tierra.

Emma no podía desconfiar de él después de esa respuesta. Pero se sentía insegura. Sabía que Harry podía elegir a la mujer que quisiera. Ella no era lo suficientemente especial, sobretodo habiéndose entregado ya a él. Miró hacia otro lado y trató de mantener la compostura.

—Em, cariño —dijo antes de tomarla instintivamente entre sus brazos, preguntándose qué era lo que podía estar atormentándola después de una noche tan maravillosa.

Emma se había entregado con tanta alegría, que le había hecho sentir el hombre más feliz del mundo. Después habían dormido abrazados en una burbuja de paz. Se había sentido tan a gusto que las pesadillas, que llevaban acompañándolo diez años, habían desaparecido.

—Vale, vamos a hablar de lo que ha pasado —dijo Harry. Emma se encogió de hombros. Harry desconocía los motivos de su repliegue porque él acababa de renacer, el mundo era casi perfecto—. Emma, lo último que desearía es que te sientas mal por lo de anoche. Ha sido una noche... increíble.

Había sido mucho más que increíble. Harry no encontraba las palabras para expresar sus sentimientos, pero empezaba a comprender el encanto de las películas románticas que tanto gustaban a Emma.

Ella se sentó frente a él con la mirada confusa. Su delicioso cuerpo estaba enrollado en una sábana. Era como si todo lo que había

ocurrido, para ella, hubiese sido un error.

—Em, este viaje me ha hecho pensar en algo. Algo muy importante, y lo que ha ocurrido esta noche, no ha hecho sino confirmármelo —dijo Harry. Se puso de rodillas y tomó sus manos mientras la miraba—. Em, esta vez te quiero pedir, de verdad, que te cases conmigo.

El corazón de Emma dejó de latir. Era incapaz de soportar más sorpresas. Emma soltó sus manos de las de Harry y las llevó a su sufrido corazón. Harry, su Harry le estaba pidiendo matrimonio. En otras circunstancias lo habría contestado inmediatamente, para no darle tiempo a echase atrás.

En cualquier otra circunstancia, habría aceptado y hubiese sido el momento más feliz de su vida. Pero no después de lo que había ocurrido en los días anteriores y en aquella noche... Harry no había demostrado ningún tipo de romanticismo y eso para Emma era fundamental. Reunió las pocas fuerzas que le quedaban y tomó sus manos de nuevo. Lo miró fijamente.

— ¿Por qué, Harry? —preguntó. Harry respiró hondo. Estaba claro que su propuesta era seria, su Harry estaba molestándose en pensar.

—Em, podríamos hacerlo. Podríamos hacer que lo nuestro funcionara. Somos amigos y ésa es la mejor base para una relación. Tu familia me adora y les encantaría verte a mi lado. Y además está lo que ocurrió anoche. Creo que ya hemos demostrado que nos complementamos en las cuestiones más importantes.

Todo lo que estaba diciendo tenía sentido, pero para Emma, algo fallaba. No le bastaba con tenerlo a su lado, quería que fuese suyo en cuerpo y alma.

—Harry, no estamos en Las Vegas. No podemos ir a una iglesia, besarnos y listo —dijo, sonriendo. Harry frunció el ceño. Emma estaba tan impresionada que no terminaba de creerse que Harry estuviese locamente enamorado de ella. Los dos estaban a la defensiva—. Para casarte tienes que solicitarlo con un mes de antelación —dijo, acordándose de sus conversaciones con Keely.

—Lo solicitaremos —respondió Harry. Se levantó y se puso a caminar por la habitación—. Hoy mismo, en cuanto lleguemos a la ciudad.

Emma se levantó sujetando la sábana que la cubría y tomó las manos de él.

—Harry, ¿puedes asegurarme que vas a estar aquí dentro de un mes?

—Bueno, he trasladado mis oficinas al edificio donde están las tuyas. ¿Te dice eso algo? —respondió, observándola.

—Pues sí, porque me he dado cuenta de que en toda la planta no hay ni un solo lugar, ni una sola mesa reservada para ti, el gran jefe.

—Nunca he tenido mi propia mesa. Cuando estoy en la ciudad utilizo cualquier escritorio que esté vacío.

—Y ¿eso es lo que harías con nuestro matrimonio? ¿Acoplarte a mi espacio cuando se te ocurriera pasar por la ciudad, en vez de crear un hogar común? Una cosa es hacer eso en el trabajo y otra muy distinta es hacérselo a tu propia esposa.

—Pensé que esto era lo que querías. Pensé que sería la forma de hacerte ver que lo que ocurrió anoche para mí fue… importante —contestó, exasperado. Emma agitó la cabeza. Aquello era demasiado para ella.

—Harry, no entiendo nada. Estoy tratando de comportarme como una adulta. Quiero pensar en lo que ocurrió anoche, para comprender por qué de repente has tomado esta decisión. Y no lo logro entender. Por lo tanto, supongo que la gran pregunta que necesito hacerte antes de seguir hablando es: ¿me quieres?

Harry se quedó boquiabierto. Estaba a punto de cerrarse en banda. Emma sabía que estaba librando una batalla interior contra sus instintos de huida.

Pero aquella situación no se podía resolver con una sonrisa descarada. Era el momento de la sinceridad absoluta. Emma tomó el rostro de Harry entre sus manos.

—Harry, entiende que si realmente estás esperando que acepte tu proposición, antes me tienes que decir cuáles son tus sentimientos.

Él la miró fijamente. El mundo dejó de girar unos instantes.

—Primero, dime tú que no me quieres —contestó Harry.

# Capítulo 10

NOCHE DE CHICAS CON NOTTING HILL

*—Lo siento, Lachlan —dijo Keely—. Si algún chico me dijera que lo único que espera de mí es que lo ame, no me importaría ni que fuera Andy ni el Padre Jerry de la emisora de radio, yo sería toda suya.*

EMMA dio un paso atrás rehusando enfrentarse a la pregunta de Harry. Él agarró sus manos con fuerza manteniendo la mirada clavada en la de ella. Emma trató de soltarse.

—Harry, me estás haciendo daño.

—Entonces deja de luchar contra mí, Em. Deja de luchar contra ti misma.

— ¡Deja que me vaya! —exclamó ella, consiguiendo deshacerse de las manos de Harry. Se sentó en la cama tratando de recuperar la calma, pero no había en la habitación suficiente oxígeno para tranquilizarla.

—Vamos, Em. No estoy ciego. Me atrevería a decir que llevas algún tiempo sintiendo algo por mí.

« ¿Algo?», pensó Emma a punto de estallar. Harry se sentó al otro lado de la cama.

—Jamie siempre solía reírse de mí. Te llamaba «mi princesita», y bromeaba diciendo que yo era el príncipe que te protegía de los dragones. Tenía razón —explicó Harry mientras acariciaba la nuca de Emma.

—También a mí me hacía rabiar con lo mismo —admitió Emma.

—Claro que lo hacía. Su misión en la vida fue mantenernos tan unidos el uno al otro, que ambos hemos ido rechazado las oportunidades de encontrar a otras personas.

— ¿De verdad piensas eso?

— ¿Quién sabe, Em? Es lo mismo, pero siempre me ha gustado enfocarlo así. Creo que Jamie todavía está en nuestras vidas y que tenemos la tarea de cumplir las promesas que le debemos.

Emma necesitó reflexionar sobre aquellas palabras para comprenderlas. Sintió que el corazón se le helaba.

—Por eso es por lo que vienes todos los años. Vienes para cumplir una promesa —dijo Emma con voz de circunstancias.

Harry se mantuvo en silencio. Un silencio que quería decir sí. Emma se arropó más con la sábana tratando de luchar contra el frío que la invadía. En la vida había supuesto que Harry estuviera enamorado de ella. Pero siempre había creído que tenían una amistad. Nunca había pensado que Harry le tuviese lástima.

—Supongo que lo que acabas de decir clarifica mucho las cosas.

Según tu punto de vista, yo siento algo por ti y tú tienes que protegerme para cumplir el deseo de un hombre muerto —dijo Emma, esperando que Harry desmintiera tal afirmación. Pero no fue así.

—Em, tú… tú no has contestado a mi… proposición.

—Dame… un poco de tiempo. Vístete y recoge las cosas mientras yo me doy una ducha rápida. Podemos seguir hablando en el camino de vuelta a Melbourne, ¿vale? —propuso Emma. Su cabeza estaba demasiado saturada como para seguir pensando.

Emma se pasó una hora debajo del agua. No podía parar de llorar. Era el fin de una era y el fin de su amistad con Harry. Daba igual la respuesta que le diera. Nada volvería a ser lo mismo.

Con la mente más clara, Emma entró en el coche. La sonrisa del rostro de Harry se apagó cuando vio la sombría expresión de Emma. Ella odiaba tener que rechazarlo, pero no tenía otra elección. Había llegado el momento de dejarlo marchar.

—Harry, me han ofrecido un trabajo en Nueva York.

— ¿Que te han ofrecido un trabajo en Nueva York? —repitió, asombrado. A Emma le irritó su tono de voz.

—Sí. ¿Te parece tan increíble?

—No. Pero no quiero que desvíes nuestra conversación en otra dirección —aseguró Harry, dirigiéndose hacia ella para mirarla a los ojos—. ¿Me estás diciendo que quizás te vas a ir a vivir a la otra punta del planeta? —preguntó. Emma asintió— ¿Desde cuándo lo sabes?

—Desde hace unos días.

— ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque no creo que cambie mucho el panorama. Nos casemos o no, tú vas a seguir viviendo en la Conchinchina. En cualquiera de los casos, no nos vamos a ver mucho.

— ¿Estás considerando en serio la oferta? —dijo él tras pensar unos instantes.

—Sí.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo? Si todo te va estupendamente aquí. Sólo llevas dos meses en tu apartamento. Te encanta tu trabajo. Tus amigos están aquí. ¡Y tu familia! ¿Cómo se las apañarían sin ti? —preguntó Harry. Emma se daba cuenta de que estaba alterado. No era su estilo recurrir al chantaje emocional—. ¿No es una pena abandonar tu nuevo apartamento?

—Para nada —dijo misteriosa, tratando de hacerle pensar.

— ¿Por qué yo iba a venir? —dijo Harry, cayendo en la cuenta. Emma asintió.

—Pero ¿por qué? ¿Qué importaba que tuvieras tu propia casa para mi visita? Me he quedado en casa de tus padres millones de veces.

Emma ya no soportaba más la ceguera de Harry. Tomó el rostro de él entre sus manos y se acercó tanto que sus narices casi se rozaron.

—Porque te quería sólo para mí, ¡tonto!

Emma vio la confusión de Harry reflejada en sus preciosos ojos. Como parecía no haberla comprendido se dispuso a hacerle una demostración. Se acercó hasta que sus labios se encontraron en un beso rápido. Era un beso fruto de la frustración y la decepción. Sabía que era la última vez que iba a disfrutar de los labios del hombre al que amaba

—Entonces eso significa que sí.

—Harry, tenías razón. La noche de ayer fue increíble y yo te he adorado desde el momento en que entraste en mi vida con una manzana roja en la mano. Pero no me voy a casar contigo para que cumplas una promesa que crees que tienes con Jamie. La respuesta es no. Y ahora, nos espera un largo día, así que creo que es el momento de volver a casa.

El viaje a Melbourne fue tranquilo pero difícil. Ambos sabían que no podían separase para tratar de curar sus heridas. Tenían que ir a visitar la tumba de Jamie.

Desde que Jamie había muerto, Emma, sus padres y Harry habían decidido celebrar la vida de su hermano. El primer aniversario, Harry decoró toda la casa y dieron una fiesta en honor de Jamie con todos sus amigos.

Otros años había ido a montar a caballo o en globo. Siempre trataban de realizar actividades que habían vuelto loco a Jamie.

Cuando llegaron a la puerta del bloque de apartamentos, Emma agarró su bolsa y salió del coche. Harry arrancó sin despedirse y se fue a devolver el coche. Emma no se molestó. Después de la noche apasionante que habían pasado juntos, ella lo había rechazado. Tenía gracia que al final hubiera sido ella quien hubiera dicho que no, pero el compromiso que él le había propuesto había sido demasiado endeble.

Al llegar al apartamento, se duchó de nuevo y se puso unos vaqueros limpios con un jersey negro. Necesitaba sentirse limpia y fresca.

Estaba sola en su apartamento y los recuerdos del día de la muerte de Jamie comenzaron a invadir su mente. Decidió bajar a la calle y tomar un taxi para ir al cementerio. Desde la puerta del portal, pudo ver a Harry apoyado en su moto, mirándola. Estaba muy guapo, la brisa marina despeinaba su pelo. Se dirigió hacia él, sabía que estaba esperando a que ella marcara la pauta.

—Vámonos —dijo Emma, tomando su casco.

Durante todo el trayecto se agarró a él con todas sus fuerzas. Podía percibir su inconfundible olor y las lágrimas brotaron de sus ojos, pero no había ni rastro de ellas cuando llegaron al cementerio. Se dieron la mano y se dirigieron hacia la tumba de Jamie.

Las piernas de Emma se pusieron a temblar, así que se sentó en el banco que había frente a la tumba, mientras Harry permanecía de pie frente a la sepultura. Estaba encorvado y tenso. A pesar del paso del tiempo, la herida no se había cerrado.

Emma de repente fue consciente de que no podía dejar a Harry solo, aunque ella se sintiera dolida. Estaba tan solo. Él siempre había sido el fuerte, el que se había asegurado que ella y su familia estuvieran bien. Pero ninguno de ellos había podido nunca averiguar qué era lo que Harry necesitaba para estar bien. Era el momento de que ella dejara a un lado sus miedos, su debilidad y sus conflictos para darle a Harry todo el amor que tenía. Emma se levantó con las piernas aún temblorosas y se puso al lado de él.

Harry sintió su presencia antes de que ella lo tocara. La envolvió con un abrazo cálido y largo. Había llegado el momento de decir la verdad. Harry tenía que hacer una confesión más.

—Em, te tengo que contar una cosa del día de la muerte de Jamie —dijo finalmente.

— ¿El qué, Harry? —dijo Emma en un suave tono de voz.

—Em, fue... fue todo culpa mía. Ese día Jamie bajó tan deprisa sólo porque yo lo había retado. De hecho dije esa frase: «Te reto». Ya sabes que él nunca se podía resistir a un desafío. Si no hubiera sido por mí, él estaría aquí hoy. Llevo años intentando compensaros, pero ya sé que no puedo hacer nada.

Harry se esperaba que Emma rompiera a llorar y le recriminara que había arruinado su amistad. Pensaba que no iba a querer volverlo a ver el resto de su vida.

—Harry, eso es lo más ridículo que he oído en mi vida. Jamie nunca hacía algo que no quisiera hacer. Era más cabezota que nosotros dos juntos. Sin ti a su lado, hubiera saltado del tejado de casa con una capa, se hubiera tirado por una cascada metido en un barril o cualquier cosa más estúpida. Tú siempre frenaste sus impulsos y le pusiste los pies sobre la tierra.

El corazón herido de Harry se sintió reconfortado, hasta que se acordó de que Emma era una experta en hacer sentir bien a todo el mundo.

En aquel preciso instante, Harry fue plenamente consciente de que amaba a aquella mujer. Llevaba años amándola. Amaba su honestidad y su fuerza inquebrantable, capaz de superar las experiencias más atroces. Era la mujer más impresionante que jamás hubiese conocido, y la más impresionante que jamás conocería.

Emma lo miró con sus luminosos ojos azules.

— ¿Se puede saber en qué estás pensando? —preguntó. Harry supo que, una vez más, le había leído el pensamiento. Emma se soltó de su abrazo y apoyó sus manos sobre el pecho de Harry.

—Harry, antes tenías razón. Ya sabes lo enamorada que estoy de ti. Lo he estado desde que era una niña. Pero ya no soy una niña. Si quieres seré tuya y el sueño más grande de mi vida se hará realidad. Si no, me marcharé a Nueva York a empezar una nueva vida. Me libraré de la tortura anual de tenerte a mi lado unos días sabiendo que voy a estar pensando en ti los once meses restantes. Por lo tanto, si tu oferta de matrimonio sigue en pie, te hago saber que la acepto.

Harry sintió que estaba levitando. Todo lo que siempre había deseado estaba al alcance de su mano, sólo tenía que atreverse a aceptarlo. El único problema era que él no merecía a Emma. Había sido una locura proponerle matrimonio. Había sido egoísta por su parte anteponer su propia felicidad. Sabía que ella terminaría aceptando. Trató de confesárselo, pero él era mucho más cobarde que Emma. En otra vida, quizás hubiera luchado hasta el final por hacerla suya. Pero, tal y como habían transcurrido los acontecimientos, sentía que no estaba a la altura de Emma. Sólo había una forma de demostrarle su amor.

—Ésa no es vida para ti —dijo Harry mientras sentía la calidez del cuerpo de Emma.

—Todo lo que tienes que hacer es pedirme que me quede y lo haré. Pídeme que viva contigo en Melbourne o que viaje contigo a los confines de este país y allí estaré. Todo lo que tienes que hacer es pedir —declaró Emma. Harry inspiró profundamente. Sabía que estaba a punto de romper aquel precioso corazón.

—Em, eras tú la que tenías razón antes. Yo no me merezco esto, no te merezco a ti y nunca te mereceré. Eres demasiado maravillosa para acabar con un tipo sombrío y emocionalmente inmaduro como yo. Ésa es la razón por la que siempre he huido y es la razón por la que voy a volver a huir.

— ¿Es eso verdad? ¿Te vas a volver a marchar? Harry, me haces sentir como una peonza que no sabe dónde va a aterrizar. ¿Me puedes iluminar y decirme cuándo te vas y por qué?

—Em, si hubiera alguien en el mundo con quien quisiera pasar el resto de mi vida, ésa serías tú. Pero quiero librarte de mí. He sido tremendamente egoísta todos estos años tratando de mantenerte cerca. Deberías irte a Nueva York. Deberías vivir tu vida lejos de mí, de tus padres, sin este aniversario señalado en rojo en tu calendario. Tus padres han tenido una buena idea al irse de vacaciones. Es hora de que cambien las cosas.

Tenía las manos de Emma entre las suyas. La mejor manera de cumplir su promesa con Jamie era dejar que Emma se lanzara al mundo y encontrase la felicidad. Si la retenía entre sus brazos y no la dejaba marchar, iba a sentir que había escupido a su amigo en la cara. Harry se mordió el labio hasta hacerse sangre. Los misteriosos ojos de

Emma ponían en evidencia que aún tenía algo que añadir.

—Harry. Dime que anoche me hiciste el amor porque te resultaba fácil y no porque me deseabas tanto como yo a ti. Dime que no vives en Melbourne, no porque constantemente sientes ansias de conocer mundo, sino porque tienes miedo de no quererte marchar nunca. Dime que no me quieres y no volveré a sacar este tema de conversación.

Aquélla era la oportunidad de que los dos quedaran libres. Era el momento de dar alas a su pequeña Emma. La oportunidad de deshacer el nudo que lo mantenía atado a un terrible episodio de su pasado y del que necesitaba desatarse desesperadamente. «Tengo que decirle esta mentira. Es la única forma de entregarle su libertad. Es por el bien de los dos», pensó Harry.

—Em, no te quiero —mintió Harry, sintiendo un sabor amargo en su boca.

Emma se tambaleó y una gran lágrima corrió por su mejilla. Parpadeó furiosa antes de darse la vuelta. Besó la tumba de Jamie reposando la cabeza sobre el mármol durante unos instantes. Era la comunión silenciosa de los dos hermanos. Después se levantó y, sin mirar atrás, se fue.

Harry no pudo hacer otra cosa más que dejarla marchar.

# Capítulo 11

CAMINANDO A TRAVÉS DE LA FRÍA
TRANQUILIDAD DE UN CEMENTERIO.

*La mente atormentada de Emma se tranquilizó al recordar las palabras de una de las heroínas de sus películas, que había sobrevivido a las peores circunstancias. Tan sólo necesitaba una pizca de la resistencia infinita de Scarlet O'Hará. —Olvídate de mañana y dime, por favor, cómo sobrevivir al día de hoy —se dijo Emma en voz alta.*

EMMA estaba tratando de hacer todo lo que podía para recuperarse y estar lista aquella noche para el concurso, pero su apartamento le resultaba demasiado claustrofóbico. Veía a Harry por todas partes. En el baño estaba su cepillo de dientes. Su chaqueta estaba colgada junto a la puerta. Un paquete de sus cereales favoritos estaba sobre la encimera de la cocina. Toda la casa olía a él.

Pero Harry no había vuelto a ella. Durante las dos horas más largas de su vida, Harry no había vuelto a casa. Emma no pudo parar de llorar mientras intentaba escoger un conjunto para aquella noche. Reuniendo las últimas fuerzas que le quedaban, consiguió llegar a la puerta de la casa de Tahlia con varios modelos debajo del brazo y varios kilos de maquillaje que trataran de disimular su tristeza.

Tahlia le abrió la puerta vestida con un elegante albornoz chino, mascarilla facial verde por toda la cara y rulos en el pelo.

—Tahlia, no puedes abrir la puerta con esas pintas. ¿Y si fuera el hombre de tu vida dispuesto a llevarte conmigo? —preguntó Emma. Tahlia la miró durante unos instantes. Emma sabía que tenía la cara roja y los ojos hinchados de tanto llorar. Mantuvo la mirada de su amiga suplicándola que no hiciera preguntas—. Bueno...

—Te sirvo un vaso de vino y me esperas media hora mientras me arreglo, ¿vale? —preguntó Tahlia con una sonrisa comprensiva en la cara. La hizo entrar en la casa y, una vez dentro, le dio un fuerte abrazo —. ¿Quieres hablar de lo que te ha pasado?

—No —contestó Emma.

—Como tú quieras —dijo, conduciéndola a su habitación—. ¿Qué tal un buen vaso de vino?

—Sería como maná caído del cielo.

—Lo he comprado en la bodega de Adelaide Hills. A esta mascarilla aún le quedan quince minutos, así que si quieres pasa tú primero al baño.

—Gracias —repuso Emma, abrazando a su amiga.

Cuando se quedó sola escogió el modelo para aquella noche. Era un vestido plateado y bordado que le llegaba a la altura de la rodilla, con escote en forma de pico y una pronunciada abertura. Si necesitaba

un vestido que le hiciera sentirse a gusto consigo misma, aquél era el adecuado.

Se vistió y entró en el baño de la habitación. El espejo le dijo lo que ya sabía. Estaba pálida, agotada y completamente infeliz. Inspiró profundamente y se dispuso a maquillarse para parecer fuerte y elegante. Al final aplicó rimel sobre sus pestañas.

Cuando se miró de nuevo al espejo se encontró diferente. Más mayor y más sabia. También más triste. Pero la tensión que había estado acumulando ya había sido liberada. Todo estaba aclarado. Pero ¿cómo se iba a enfrentar a la noche que tenía por delante?

Tahlia llamó a la puerta y Emma volvió a inspirar para tomar fuerzas.

—Pasa —dijo Emma.

— ¡Vaya! ¡Estás impresionante!

—Todo por el bien de la empresa.

—Olvídate de la empresa, Em. Esta vez, hazlo por ti —dijo Tahlia después de quitarse la mascarilla facial.

— ¿T? —dijo Emma, pensando en el consejo que le acababa de dar su amiga.

—Dime, Em —contestó tras pintarse los labios.

— ¿Has pensado alguna vez en aceptar otras ofertas de empleo?

—Si la oportunidad fuera buena y el momento adecuado, me lo pensaría. Espero quedarme en Diseños WWW mucho tiempo, pero nunca se sabe —contestó Tahlia mientras recogía sus sedosos tirabuzones en un sofisticado moño—. Además, el puesto de trabajo nunca es tan importante como los compañeros. Pero nosotras no necesitamos trabajar juntas para seguir siendo amigas, Em. Siento decirte, que aunque cruces el océano, Keely y yo siempre estaremos en tu vida.

—Pero ¿cómo te has...?

— ¿Cómo me he enterado de la oferta de trabajo en Nueva York? Marcie vino a pedirme referencias antes de hablar contigo. Le dije que te tanteara, que no perdía nada.

—Pero ¿y qué hay de...?

— ¿Qué hay de Harry?

— ¡Deja de adivinar mis pensamientos! —exclamó Emma, irritada ante la afinada intuición de su amiga.

—Esa pregunta la tienes que contestar tú. Yo sólo te recuerdo que puedes ser tú misma y amar a otra persona —dijo Tahlia. Emma la abrazó.

— ¡Eh! ¡Cuidado con las horquillas!

— ¡Perdona! Pero pase lo que pase, nosotras seguiremos siendo amigas siempre, ¿verdad?

—Por supuesto —aseguró Tahlia.

¿Había algo más importante en la vida que los amigos para siempre? Keely y Tahlia pertenecían a ese tipo de amistades. Les podía contar cualquier cosa.

Podía reír y llorar con ellas, hacer el tonto y ver películas de chicas. No había condiciones, por encima de todo se querían.

Era igual que con Harry, quien había sido testigo de su sarampión y de su primer novio, de sus notas buenas y de las malas. La había acompañado cuando había perdido a su hermano. Sus vidas estaban entrelazadas de forma inexorable. Por siempre unidas. Amigos para siempre. No tenía sentido que se dieran ultimátums.

Emma deseó que Harry llegara a sentir lo mismo algún día.

Harry se había quedado durante mucho tiempo en la tumba de Jamie después de que Emma se marchase. Había mucho que reflexionar y que decir.

La tensión sexual que había estado latente durante años entre él y Emma había salido a la luz. Pero Harry no se sentía satisfecho. Quería más. No le bastaba con su ágil cuerpo, su suave piel o su ardiente pasión. Quería su corazón. La quería entera. En aquel momento tenía la sensación de que la había tenido en la palma de su mano y la había aplastado.

—Ya está hecho, amigo. La he rechazado —dijo Harry, sentado sobre la tumba de su amigo, tratando de convencerse a sí mismo. La sola idea de que Emma cruzara el océano le rompía de nuevo el corazón.

Fue entonces cuando todas las piezas encajaron en su mente.

La confesión de Emma. La forma en que lo había seducido. El modo en el que habían entrelazado sus cuerpos la noche anterior.

—Jamie, ahora es el momento de que te haga una confesión. Llevo años haciendo penitencia para tratar de compensarte por mi estupidez. Pero ¿sabes qué, amigo? Dejarla marchar sería el error más grave de mi vida. Así que, espero tener tu aprobación, porque no me queda otra elección. Mi vida sin ella es la sombra de lo que podría ser a su lado.

Sentado sobre la tumba, Harry deseó escuchar... una bendición, una risita. Algo diferente a aquel silencio que abría un abismo a sus pies. Los recuerdos se agolpaban en su mente.

A Jamie siempre le había encantado que él cuidara de Emma. Cuando bromeaba con que Emma y Harry iban a acabar juntos, éste, entre risas, le había llegado a prometer que llamarían a su primer hijo Jamie.

Quizás no hubiese sido sólo una broma. Quizás aquélla hubiese sido la forma en la que Jamie les había dado su aprobación.

De repente, Harry sintió una fuerte palmada en la espalda. Miró a

su alrededor, pero no había nadie. Se levantó y estiró sus extremidades, estaba nervioso. Corrió hacia su moto, se puso el casco y aceleró. En el fondo de su cabeza podía escuchar la voz descarada de Jamie, diciéndole:

—Hazlo, compañero. Te reto a que vayas a por ella.

Harry deseó con todas sus fuerzas que no fuese demasiado tarde.

Acababa de anunciase el nombre del hombre más atractivo de Australia.

Marcie, la directora ejecutiva de la revista, estaba entregando el galardón a un jugador del Collingwood Football Club, muy masculino y tremendamente musculoso. La multitud allí congregada enloqueció. Las mujeres se desmayaban, los fotógrafos disparaban sus cámaras y Tahlia se dio cuenta de que el chico del escenario iba a dar mucho que hablar.

Emma se volvió para abrazar a Harry, porque el ganador formaba parte de su equipo de fútbol favorito. Pero Harry no estaba allí. A pesar de la conversación que habían mantenido, Emma albergaba la secreta esperanza de que Harry apareciera en el último momento y la acompañara en aquella noche tan especial. Pero no había sido así.

Emma observó a la gente en la pista de baile. Las parejas bailaban una balada romántica. Hundió la cuchara en su cóctel de gambas y disfrutó del sabor del marisco.

—Bueno, Emma, ¿has pensado mi propuesta?

Emma se giró y se encontró con Marcie, vestida con un elegante traje que debía de haber costado más dinero que su sueldo de un mes.

—Lo he pensado un poco —contestó Emma, levantándose para charlar con ella.

—Y ¿qué me dices? ¿Estás preparada para hablar?

—Si quieres te puedo dar una respuesta al final de la noche —titubeó Emma. Todavía se sentía muy frágil.

—De acuerdo. Hablaremos luego —contestó. Los diamantes de su pulsera brillaban por toda la sala. Emma se sentó de nuevo.

—Entonces, ¿nos vas a dejar para irte a Nueva York o no? —preguntó Keely.

—Pero ¿cómo demonios te has enterado? —replicó Emma.

—Me lo contó Tahlia —dijo Keely con expresión de inocencia.

—Me rindo. Quizás debería dejar que decidierais vosotras dos por mí. Sería mucho más fácil. No más decisiones. No más sorpresas.

— ¿Emma Radfield?

Emma se volvió y vio a un camarero frente a ella observándola con expectación. Ella se estiró y se llevó una mano al corazón.

—Soy yo —contestó.

El camarero colocó enfrente de ella, sobre la mesa, un sobre blanco y encima una manzana roja. Le lanzó una sonrisa cómplice y

desapareció entre la multitud.

Keely y Tahua la animaron a abrir el sobre, pero los ojos de Emma estaban recorriendo la sala con detenimiento.

Una manzana. Una manzana roja. Harry. Tenía que estar cerca, pero no lo veía.

— ¿Qué está pasando, Em? —preguntó Tahlia—. Las buenas noticias no llegan en un sobre blanco.

—No sé —dijo Keely, entusiasmada—. Quizás sea un juego de pistas y ésta sea la primera. A veces regalan una suscripción anual a la revista, un coche, cosas así.

—Keely, no estamos en el instituto —le recordó Tahlia.

—Vale, pues a lo mejor es una citación para un juicio —sugirió Keely.

— ¿Y la manzana? No voy a tener en cuenta lo que acabas de decir. Responsabilizaré a tus alteradas hormonas —dijo Tahlia.

—Quizás sea una oferta formal de Marcie. Parece más lógico —insistió Keely

— ¿Por qué no lo abres Emma? Así saldremos de dudas.

Pero Emma se había adelantado a sus amigas y estaba desdoblando la hoja de papel que había estado en el interior del sobre. En la hoja había escritas dos columnas. Una recogía los requisitos que tenía que reunir la novia, y la otra, los del novio. Ambas columnas estaban escritas con la inconfundible letra de Harry.

—Bueno, ¿qué es? —preguntó Keely, expectante.

—Es una solicitud de matrimonio para dentro de un mes —respondió Emma. Tahlia lanzó un largo silbido.

—Eso era justo lo que iba a decir yo ahora —dijo Keely, antes de caer en la cuenta de lo que aquella solicitud significaba—. ¡Oh, Emma, cariño! Harry te ha pedido matrimonio. Esta vez es cierto. Es eso, ¿verdad?

Emma dio la vuelta a la hoja. Harry ya la había firmado en presencia de una abogado. Sólo quedaba un espacio para la firma de Emma y la de su testigo.

—Eso parece —respondió Emma.

Tahlia se acercó a Emma y tomó su mano. Era consciente de que Emma no estaba tan sorprendida ante aquel papel.

—Em, ¿estás bien? —preguntó Tahlia.

—Estoy mejor que bien, Tahlia —repuso. Le dio un beso en la mejilla y se levantó.

Entre la multitud, buscó el rostro de un hombre moreno que conocía a la perfección. Pero no había ni rastro de él. Había demasiada gente, demasiados chicos morenos, pero no el que ella deseaba.

Quería encontrarlo y seguir el juego de pistas que le había

preparado. Sólo él podía haber tramado ese plan. Miró de nuevo al papel y lo agitó frente a sus amigas.

—No puedo firmarlo —dijo.

— ¿Por qué no? ¿Necesitas un bolígrafo? Yo tengo uno —dijo Keely, rebuscando en su enorme bolso—. Aquí está.

—Necesito algo más. Necesito un testigo. Necesito un juez de guardia, un médico colegiado o un miembro de la policía federal —dijo Emma muy agitada.

—Lachlan es juez de paz. Él es nuestro hombre. Bueno, es mi hombre, pero te prestaré su mano para firmar unos segundos. ¡Lachlan! —exclamó Keely, tratando de tranquilizar a su amiga.

Lachlan se dio la vuelta y antes de que se diera cuenta estaba garabateando su nombre y la fecha debajo de la temblorosa firma de Emma.

—Y ¿ahora qué? —preguntó Keely, quien estaba disfrutando con la intriga mucho más que Emma.

¡Cómo iba a disfrutar Emma si lo que quería era encontrar ya a Harry! Necesitaba que le explicara todo y que le asegurase que la petición era real y no una alucinación de su mente. «Harry, ¿dónde estás?», preguntó su voz interior.

De repente las luces de la sala desaparecieron. Después de unos inquietantes segundos, una bola de discoteca de espejos se iluminó en el centro. La sala quedó iluminada por pequeñas ráfagas de luz con los colores del arcoiris. El público quedó fascinado.

—No había visto este espectáculo en la programación —susurró Keely, excitada.

Pero Emma estaba paralizada. Tenía la piel de gallina y trató de mantener la respiración.

Cuando todo el público empezó a pensar que el espectáculo estaba terminando, se escuchó una voz por el sistema de megafonía.

—Princesa, esta canción es para ti.

La música comenzó a sonar. Emma reconoció los primeros compases al instante. La voz de Barry Manilow surgía desde todos los altavoces de la sala.

Harry. Era Harry quien le estaba dedicando su canción favorita.

# Capítulo 12

NOCHE DE CHICAS CON PRETTY WOMAN

*—Parece tan sencillo. El la salva a ella. Ella, lo salva a él. Y después viven felices. El problema es que yo no creo que esté preparada para salvar a nadie —dijo Tahlia. —Yo apenas puedo encargarme de mí misma... —añadió Keely. —Quizás ése sea el problema. Hasta que no estemos preparadas, ¿cómo podemos esperar un final feliz? —preguntó Emma con la cabeza apoyada en el hombro de Tahlia.*

LOS OJOS de Emma recorrieron la sala cubierta de pequeñas luces de colores. Y allí estaba él. Su Harry.

La mirada de Emma se encontró con los ojos de Harry. Emma estuvo a punto de desmayarse.

Tuvo que pellizcarse para asegurarse de que no estaba sumida en una de sus fantasías. Era verdad, su chico musculoso se había puesto un modelo sacado directamente de Copacabana. Llevaba la camisa rosa y los pantalones blancos que le había obligado a probarse el día que habían ido de compras. Y se había peinado con gomina.

Él, que era el chico que nunca bailaba, estaba contoneándose en el centro de la pista, mirándola como si no existiera nadie más en el mundo.

Emma, mientras descendía por las escaleras para llegar a la pista, se sintió como Julieta en su balcón.

La gente abrió un pasillo para que ella fuera a encontrarse con la mano que él le estaba ofreciendo. Emma sintió cómo toda la sangre de su corazón se le subía a la cabeza, pero era consciente de que aquella luz disimulaba su rubor.

Un foco se encendió sobre ellos. Emma, deslumbrada, corrió a encontrarse con los brazos que la esperaban. Harry la abrazó y comenzó a dar vueltas con ella entre sus brazos, como si fuera la heroína de un musical. Emma se sintió como Baby en Dirty Dancing. Como Fran en El amor está en el aire.

Cuando sus pies volvieron a tocar el suelo, Emma abrió los ojos y se encontró con que todo el público estaba bailando aquella canción. La canción más fabulosa que jamás se hubiese compuesto.

—Hola —dijo Harry en un tono de voz, que hizo que Emma se estremeciera.

—Hola —contestó Emma, emocionada.

—Bueno, ¿qué piensas de mi nueva imagen? —preguntó. Emma arqueó una ceja mostrando su asombro.

—Estás estupendo.

—Me he vestido así para ti —contestó, guiñándole un ojo.

—Bueno —dijo Emma, abrazándolo—, ¿sabes qué más puedes

hacer por mí?

— ¿El qué?

—Prométeme que nunca te vas a volver a vestir así.

— ¿Mi aspecto no es lo suficientemente masculino para ti? —preguntó Harry tras soltar una carcajada.

—La verdad es que no. Me gustan los hombres más salvajes.

— ¿Hombres? ¿En plural? —preguntó Harry.

—Bueno, ahora que lo mencionas, me acaban de hacer una oferta bastante buena —dijo Emma, mostrando el papel que acababa de firmar.

—Y ¿qué piensas de la oferta?

—Te iba a preguntar si ibas en serio, pero te conozco muy bien. Si te lo pregunto me amenazarás con tirarme al recipiente del ponche.

— ¿Y si te digo que iba en serio?

—La cuestión es que, no estoy segura todavía de tener ese día libre. Tengo que consultar mi agenda.

—Te las vas a tener que apañar para tener ese día libre —dijo Harry, apretándola aún más contra su cuerpo.

—Harry…

—Em, he sido un idiota. Llevo tanto tiempo huyendo de esto. Huyendo de los focos, del éxito y de ti. De ti, que eres la personificación de todo lo bueno que me ha ocurrido en la vida. Pero ¿sabes qué? Ya he cerrado el círculo. Así que, Em. Princesa. Mi pequeña…

Harry besó la punta de la nariz de Emma, quien, si no hubiese estado sostenida por los brazos de Harry, se habría desvanecido.

Emma estaba muy emocionada. El mundo entero daba vueltas a su alrededor. Pero tenía que estar atenta. Quería recordar cada uno de los detalles de aquel momento inolvidable. La música, la gente, las luces. Todo era fantástico, maravilloso, perfecto. Aunque todo se evaporaba para Emma cada vez que el rostro de Harry se iluminaba con su irresistible sonrisa.

—Emma Radfield —dijo Harry como si fueran los dos únicos invitados en la sala—, tan sólo espero que seas capaz de perdonarme por haber tardado tanto tiempo en dar este paso. Espero que puedas perdonar a este torpe australiano y que te cases con él. Emma, ¿vas a ser mía? —preguntó, sacando un anillo de diamantes que encajaba perfectamente en el dedo de Emma.

— ¡No me digas que perteneció a tu abuela! —exclamó Emma entre risas. Harry sonrió.

—No estaba bromeando. Sus dedos eran muy gruesos y he tenido que arreglarlo. Si lo aceptas, tuyo es.

Emma sollozó de emoción y enterró su cabeza en el hombro de Harry. Después de unos instantes, él tomó su rostro para mirarla.

—Podría pensar que eso es un sí, pero no estoy completamente seguro —dijo.

Emma se recuperó y le mostró el papel que aún tenía en la mano. Harry lo examinó ansioso por encontrar la firma de ella. Emma recuperó el aliento.

—Por supuesto que sí, Buchanan. Yo siempre he sido tuya. Tan sólo he tenido que esperar a que tú te dieras cuenta de que eras mío también.

Harry la tomó entre sus brazos y la besó, sin darse cuenta de que estaba arrugando la solicitud.

Se besaron como dos amantes que han pasado mucho tiempo sin verse. Se besaron y sus lágrimas se fundieron. Eran dos almas gemelas que navegaban en el mismo barco.

La canción terminó y una voz los llamó desde la parte de arriba de la sala.

— ¡Eh, vosotros dos!

Emma se soltó del abrazo y vio que había un círculo de gente alrededor de ellos. Pero era un círculo de amigos.

— ¿Entonces? —preguntó Keely, emocionada.

— ¿Entonces qué? —volvió a preguntar Harry inocentemente mientras abrazaba la cintura de Emma.

— ¿Tú qué crees, Keely? Por lo que yo veo, vamos a tener otra boda pronto. ¡Música! —exclamó Lachlan.

— ¡Oh, no, Lachlan! ¡No bromees! —dijo Keely.

— ¿Podemos permitirnos tener dos bodas seguidas en el mismo grupo de amigos? —preguntó Harry.

— ¿Entonces...? —insistió Keely.

Emma no aguantó más tiempo. Estaba a punto de romper a llorar de tanta felicidad.

—Harry y yo nos vamos a casar —confirmó.

Antes de que se diera cuenta estaba rodeada por los abrazos de sus amigas. El perfume femenino y las lágrimas de felicidad la envolvieron.

—Em, me alegro tanto por ti —susurró Tahlia en el oído izquierdo de Emma—. Te lo mereces, cariño, no lo olvides. Si le entregas tu hermoso corazón, no te arrepentirás.

Emma se sintió un poco mal por Tahlia. Le deseaba toda la felicidad que ella estaba sintiendo en aquellos instantes.

—Emma, Emmy, Em —dijo entrecortadamente Keely en el oído derecho de Emma—. ¿Verdad que es el sentimiento más maravilloso del mundo?

Emma abrazó a las dos mientras trataba de contener las lágrimas. Si no tenía cuidado, su imagen no iba a ser la adecuada y aún representaba a Diseños WWW. Pero no era el momento de

preocuparse por el trabajo.

A Emma ya le daba igual cuál fuera su aspecto porque los ojos de Harry la miraban como si fuera la criatura más fascinante que jamás hubiese visto.

—Disculpadme un momento —dijo Harry a Lachlan mientras contemplaba a Emma. Se abrió camino entre la multitud y se acercó a ella.

— ¿Bailas conmigo? —preguntó él.

—Señor Buchanan, sería un honor.

Emma sonrió a sus amigas, quienes la contestaron con otra sonrisa. Harry la condujo a la pista de baile y la tomó entre sus brazos. Mientras disfrutaba del abrazo de Harry, notó que él estaba arreglando el cuello de su camisa.

— ¿Te pica? —preguntó Emma.

—Qué va, estoy fabricado para llevar polyester rosa. Así que vamos a aclarar esto de una vez, ¿no me puedo volver a poner este traje, aunque sea en privado?

—Está bien. Quizás puedas ponértelo para las noches íntimas en las que Tony y Lola quieran salir a jugar —permitió Emma.

—Parece un buen plan. Y hablando de planes, ¿nos vamos a ir a Nueva York, o qué? —preguntó Harry. Emma parpadeó, atónita—. Si quieres aceptar ese trabajo en Nueva York, acéptalo. Ya te habrás dado cuenta de que mi trabajo es completamente móvil.

—Es verdad. No sé. Quizás.

Emma se sorprendió de la facilidad con la que se había olvidado de todo aquella última media hora. La decisión tendría que esperar un poco. Keely estaba tranquila con Lachlan a su lado. Tahlia, dispuesta una vez más a aceptar los cambios tal y como venían. Sus padres estaban disfrutando de unas románticas vacaciones buceando en el mar. Todo estaba en orden. Nadie necesitaba de sus cuidados. Parecía que era el momento adecuado para satisfacer sus propios caprichos.

Como si le hubiese leído el pensamiento, Harry la acarició el pelo y Emma se apoyó en su hombro como si fuese la cosa más natural del mundo.

—No recuerdo nunca haber sido tan feliz, Buchanan —dijo Emma.

—Princesa —contestó Harry sin dejar de acariciarla—, esto es sólo el principio.

**Fin.**

* * * * *

No te pierdas el último libro de la Serie

*COTILLEOS EN LA OFICINA:* **Enamorando al jefe**, de Darcy Maguire